

TERROR

ANTOLOGÍA

Federico Andahazi

Marcelo Birmajer

Pablo De Santis

Mariana Enriquez

José Pablo Feinmann

Jorge Fernández Díaz

Federico Jeanmaire

Alberto Laiseca

Guillermo Martínez

Paula Pérez Alonso

Claudia Piñeiro

Gabriel Rolón

Guillermo Saccomanno

Lectulandia

Trece cuentos de terror. Trece historias escalofriantes en las que el horror se hace presente en la instancia de la muerte, en los pactos diabólicos y los ritos satánicos, en la explotación y la tortura, a través de la sexualidad, en el amor posesivo, en el afán de eternidad, en los vínculos familiares, en los mecanismos inconscientes de la mente, en el vampirismo. En la presencia del mal, incluso en los niños. Trece relatos en los que, cuando el pánico se desata, ya no hay chance para huir. Inéditos, escritos especialmente para esta antología, en algunos de estos cuentos el terror se fusiona con lo sobrenatural, en otros emerge directamente en la realidad cotidiana. Y también aparece encerrado en los confines de la mente como anticipo de lo que va a suceder. En todos asoma lo siniestro, lo espeluznante, pero también hay lugar para la ironía y el humor. Se imponen dos constantes: la riqueza argumental en el tratamiento del terror y la calidad narrativa. Escritas por trece de los autores argentinos contemporáneos más reconocidos, tanto los amantes del género como los neófitos tendrán la oportunidad de adentrarse en estas magníficas historias que exorcizan los miedos más primitivos e invitan a leer sin parar.

Lectulandia

AA. VV.

Terror

Trece cuentos inéditos

ePUB r1.0

Ariblack 13.10.13

Título original: *Terror*
AA. VV., 2012

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

No intentes huir

1

En su ensayo *Lo bello y lo siniestro*, Eugenio Trías sostiene que lo siniestro es condición y límite de lo bello: «debe estar presente bajo forma de ausencia, debe estar velado, no puede ser desvelado». Si algo caracteriza al relato de terror es, justamente, la transgresión parcial de esta ley. Para que el terror tenga lugar, sea efectivo, lo oculto debe salir a la superficie, emerger. La cuestión es que, cuando se manifiesta, no lo hace a los gritos, sino susurrando perversamente en el oído de alguien. Se revela a medias, ante un solo personaje o unos pocos que, lejos de ser privilegiados por ser destinatarios de cierto conocimiento escondido, son víctimas. Corroborar la sospecha de que algo inquietante tiene lugar, buscar su origen, conduce al infierno. Entender se paga con el cuerpo, con la vida.

La amenaza latente estalla dentro del texto. Y los protagonistas lo saben o, por lo menos, intuyen esta amenaza implícita. Son, parodiando a Pirandello, *personajes en busca de lo oculto*, atraídos misteriosamente por lo siniestro, dispuestos a desenterrar lo que sea. Perciben por dónde va el peligro y hacia allí se dirigen como los insectos, atraídos por la luz de una lámpara. Una fuerza irrefrenable, que viene de otro lado — no se sabe de dónde, no se da explicaciones—, los succiona sin remedio. Dicen lo que no deben y preguntan cuando deberían callar, hacen lo que no corresponde y se acercan cuando tendrían que huir. Piensan «mejor no», pero aun así van. La «trama arácnida» en la que caen hace que siempre, sin excepción, sea tarde para las frases «no debí haber entrado» o «mejor no hubiera venido».

¿A qué obedece este despliegue narrativo? ¿Qué objetivo persigue? Como en espejo, si el lector llega hasta la última página, hará el mismo recorrido de la víctima, se convertirá en testigo y, a la vez, en cómplice de la trampa. Porque ya sabemos con lo que nos encontraremos: historias en las que alguien es cazado, en las que lo siniestro, bajo alguna de sus formas y con distinta intensidad, sale a la superficie y se hace visible. El vértigo por el que atraviesan los personajes será el timón de la lectura, y el texto permanecerá, paradójicamente, horripilante y bello. No es casual que en todos los cuentos de esta antología lo siniestro sea un ingrediente imprescindible y que varios de ellos hagan referencia, a la vez, a la belleza, a lo estético.

2

Se ha escrito poca teoría sobre el género de terror, mucho menos de la que se produjo sobre el fantástico —con el que coincide cuando lo sobrenatural está presente— y el policial, en el que hay también víctimas, crímenes, crueldad, suspenso. Sin embargo, es uno de los géneros más exigentes y canónicos. En la medida en que estas historias no cuenten con ciertos ingredientes imprescindibles, no lograrán producir ninguno de los efectos esperados en el lector o en aquel que escucha.

El género de terror modeló su forma gracias a una larga tradición no sólo escrita, sino también oral, de origen popular, y se reactualiza incorporando ciertos reajustes temáticos y técnicos, de acuerdo con las diversas épocas y lugares donde se produce. Basta recordar los relatos de diferentes pueblos y las leyendas urbanas sobre fantasmas y aparecidos, las almas en pena que hacen algún reclamo, las casas embrujadas, los enterrados vivos, los angelitos y también los niños malditos, los poseídos por el diablo, los pactos de sangre, los juegos en los que los muertos se comunican con los vivos.

Las historias de terror se alimentan sobre la propia naturaleza del miedo: siempre es menor la fuerza de las víctimas que la potencia de aquello que deben enfrentar. Hay una desproporción evidente entre la capacidad del personaje y el desafío externo que se le impone. Posiblemente porque, como señaló Freud en su ensayo *Lo siniestro*, «la ficción dispone de muchos medios para provocar efectos siniestros que no existen en la vida real».

A la disparidad de fuerzas, se suman la soledad, el silencio y la oscuridad: tres factores que, según Freud, están vinculados directamente con la angustia infantil. (Y asegura que esa angustia nunca se extingue del todo.) El silencio, la imposibilidad de compartir con otro el padecimiento y el aislamiento son núcleos importantes del canon de la narrativa de terror. Ese «silencio inhumano» del que habla uno de estos cuentos. La mudez que acompaña al pánico, mientras el otro sigue en lo suyo, no sospecha y, cuando se le advierte, no cree. Va por otro camino, se distrae con otra cosa, vive una realidad diferente. Si acaso aparece, lo hace a destiempo: cuando el miedo de la futura víctima resulta ilusorio y fastidioso, incomprensible, o cuando el suplicio ya ha tenido lugar.

La víctima padece sola, se interroga sola. En cuanto alguien la elige, todo conduce a apartarla. El proceso de aislamiento comienza a funcionar de a poco, hasta que el horror se hace presente. Y si los afectados son varios, no hay margen para las alianzas, ni para la confabulación.

Entendimiento y concreción del terror son inseparables. Ningún personaje de

estos trece relatos, una vez que comprende dónde se ha metido, logra escaparse, huir. Ni por mucho que corra. Aunque no todos los finales conducen a la muerte, las escenas de padecimiento físico o de trauma psicológico son inevitables. Si se salvan, el miedo y el recuerdo de lo ocurrido los perseguirán mientras vivan. Y este detalle aparece en la letra, se explicita.

La posibilidad de pedir ayuda no se concreta. Es una acción siempre postergada, una ilusión que calma. Lo mismo ocurre con los posibles recursos para defenderse: no sirve tener armas guardadas en algún cajón, cuchillos, ser fuerte, ni contar con alguna otra capacidad para enfrentar aquello que amenaza. De nada vale intuir, tener información, conocer. Por el contrario, ésa es la señal anterior a la catástrofe, lo que suele acercar al fin. Tal vez, como se señala en uno de estos cuentos, las víctimas tienen una «rajadura, esa debilidad esencial, por donde el susurro puede entrar».

3

La crueldad aparece abrochada al dolor físico y al trauma psicológico, a la muerte concreta o al miedo a la muerte. No hay espacio para la ternura ni para la compasión. El «sujeto maligno», los sentimientos oscuros lo tiñen todo. Otra vez se vuelve a la horda, y resurgen las marcas de la bestialidad. Hay una memoria milenaria que se reactiva. Lovecraft recuerda que el terror es «tan antiguo como el pensamiento y el habla humanos».

No hay tercero al que apelar. No hay representantes del orden ni ninguna ley que se imponga. Nadie que cuide, que rescate. Ningún conjuro pone a salvo. Las llaves y los cerrojos no cumplen su función: todas las puertas y las ventanas pueden ser abiertas. No hay atajos ni refugios. Tras la simulada quietud inicial, emerge la «encerrona trágica». Adviene el triunfo de lo irracional, de lo instintivo. O del más allá. Sólo hay víctima y victimario, y el enfrentamiento es desparejo. Puro desorden y derroche tanático. El mal es aquí estrella principal, imposible disputarle protagonismo. La razón queda afuera.

Fernando Ulloa habló de «la malignidad de lo siniestro», lo relacionó con lo oculto deliberadamente, con lo secreto. Donde hay terror, hay maldad e impunidad. ¿Cómo luchar entonces, fuera de la fe y si no hay ley, contra las fuerzas del mal? En estos relatos, parece una empresa imposible. La narración suele finalizar cuando el crimen o la tortura acaban de cometerse o están a punto de ocurrir, y ya nada puede hacerse. Y en aquellas historias en las que el terror planificado recibe castigo, ese castigo es también terrorífico.

4

Algunos de los autores de estos trece cuentos han incorporado en sus historias lo sobrenatural: ceremonias con cadáveres, vampiros, exorcistas y sanadores, muertos que resucitan, mujeres escalofrantes, esperpentos, seres del inframundo. Otros enraizaron el terror en la realidad cotidiana y reconocible, con la inclusión de torturas, asesinatos por venganza, explotación de niños y rituales satánicos. Y todo resulta posible, no hay aquí lugar para la inocencia; hasta un bebé puede ser amenazante, peligroso. En otros, la deriva de la mente se impone sobre todo lo demás, y se traspasa las fronteras entre dos mundos, para quedarse en la vereda de lo irreal o en el más allá de la locura.

No podían faltar los murmullos, los gritos, los golpes, las maldiciones, los rasguños, los colmillos afilados, los mordiscos, el llanto, el sudor, los temblores, el frío, la sangre, las pesadillas, el delirio, las ojeras, la palidez, las pieles horrendas. Ni los ataúdes, los cementerios, los violadores de tumbas, la morgue, la oscuridad, la luna llena, los instrumentos medievales de tortura, el silicio y el látigo, las hojas de afeitar. Lo atroz y la desgracia tatuada en la frente. Cuando el terror irrumpe, lo arrastra todo, porque hay alguien que ha planificado minuciosamente lo que va a suceder. Los pocos protagonistas que logran escapar acusan el golpe, la marca traumática. Y ya no quieren regresar ni recordar.

Como en las pesadillas, una vez traspasado el umbral de cada título, el dispositivo del horror ya se ha activado. Es imposible detenerlo.

GRACIELA GLIEMMO

Buenos Aires, septiembre de 2012

Las bellas criaturas de Natán Negroponte

Federico Andahazi

Quizá fueran demasiados actores para un solo espectador. Sin embargo, la escena era tan perturbadora que acaso nadie más hubiese estado dispuesto a presenciarla. En apariencia, lo único que tenían en común los integrantes de aquel elenco, perfectos desconocidos entre sí, era su inquietante belleza: mujeres de edades tan distintas compartían, sin embargo, una expresión beatífica; ojos de miradas transparentes suspendidas en un punto ubicado fuera de este mundo y labios encarnados que mostraban una felicidad conmovida rayana en el llanto. El silencio y la penumbra del recinto, en el que se imponía la presencia de los mármoles, agregaba una angustiosa tensión teatral que contrastaba con la placidez de los presentes. A pesar del mutismo, parecía haberse establecido una secreta comunión entre todos. Los hombres, fueran jóvenes, viejos o niños, exhibían unas sonrisas perfectas, peinados cuya naturalidad no parecía hecha por el vulgar paso de un peine, sino por una brisa, azarosa pero precisa, que les hubiese dejado una casual armonía. Las mejillas plenas de un color vital les conferían a todos una dicha difícil de comprender bajo esas circunstancias. Los trajes, los vestidos, las alhajas y los tocados eran tan elegantes como austeros. El vestuarista no podía ser mejor. Estaban todos espléndidos. Sin embargo, si se observaba con detenimiento, no era sólo la belleza lo que los unía: todos ellos, hombres, mujeres y niños, tendidos cuan largos o breves eran, acababan de ser escrupulosamente arreglados para lucir magníficos durante sus propios funerales, antes de que, por fin, les dieran sepultura.

Natán Negroponte, de pie en el centro de la morgue, hizo un recuento sumario extendiendo el índice: eran nueve muertos; cinco sobre la mesada de mármol a su izquierda y cuatro sobre la de la derecha. Natán era un hombre afortunado: a sus treinta y cinco años podía jactarse de ganar un sueldo que le permitía vivir holgadamente haciendo el trabajo que más le gustaba: arreglar muertos y dejarlos presentables para el velatorio. Era el suyo un arte tan difícil como efímero: otorgar belleza, color y vitalidad allí donde la muerte había hecho su nido macabro; prolongar la apariencia de la vida antes de que los cuerpos se hincharan llenándose de gases pútridos y, finalmente, los gusanos se ocuparan de arruinar sus magistrales arreglos. Bastaba que aquellos cadáveres de aspecto pétreo pasaran por sus manos habilidosas, para que quedaran tocados por una belleza inédita; los que no habían sido obsequiados con el don de la hermosura o, incluso aquellos que, lisa y llanamente, fueron condenados a la fealdad, luego de ser sometidos a las artes de Natán Negroponte cobraban un aspecto luminoso, una rara belleza postrera que la

naturaleza les había negado en vida. Los deudos de los muertos tratados por sus manos no podían disimular la admiración al asomarse al cajón. Pero no solamente les otorgaba una belleza física, por así decirlo: a juzgar por la expresión de naturalidad, la frescura, el gesto de paz y descanso, de reconciliación final con la existencia, se diría que Natán podía postergar la partida del alma y hacer que el espíritu se negara a abandonar una morada tan grata, como le sucedería a un inquilino que tuviese que dejar una casa que acabara de ser remodelada. Natán Negrofonte era el puente final que volvía a unir la muerte con la vida.

Muchas mujeres y no pocos hombres contrataban los servicios de Natán Negrofonte con el tiempo suficiente para que la muerte no los sorprendiera sin un contrato que les asegurara una despedida rutilante. El dueño de la funeraria, un hombre de tez violácea, pelo ralo y crespo, cuya apariencia estaba más cercana a la de sus rígidos huéspedes que a la de los que aún conservaban el aliento vital, al ver cómo se había multiplicado la lista de clientes previsores desde que había tomado a Natán, no podía evitar dos sentimientos antagónicos: por un lado, la alegría de tenerlo en su negocio y, por otro, el temor a perderlo, ya que, habida cuenta de sus méritos, nada le impediría a su empleado ser dueño de su propia cochería en un futuro cercano. Sin embargo, Natán Negrofonte se sentía cómodo trabajando en Sepelios Podestá. Cuántas veces el propio Natán había leído y releído aquellas largas listas con nombres desconocidos de personas que aún estaban vivas, aunque cautamente preocupadas por su apariencia final. Y cada vez que alguien entraba en la oficina del señor Podestá para contratar sus servicios, Natán, observando furtivamente a través de la persiana, no podía evitar imaginar cómo habría de quedar el interesado luego de que se sometiera a su tratamiento final. Examinaba al cliente con ojo profesional, anhelando cambiar lo antes posible su triste apariencia de mortal vulgar y del montón, para poner en evidencia, por fin, la belleza que se ocultaba tras las arrugas y los gestos con que el rigor de la vida, mucho más temible que el *rigor mortis*, deformaba a las personas. La muerte, en cambio, liberaba a la gente de todos aquellos pesares que ensombrecían la expresión merced a las arrugas, los pliegues, los surcos y las bolsas.

Muchos creían que el secreto de Natán Negrofonte consistía en derramar su propia belleza sobre los cuerpos que tocaba: por cierto, era dueño de una hermosura inquietante que provocaba un inevitable escozor entre hombres y mujeres. Tenía una contextura delgada, viril y, a la vez, una expresión inciertamente femenina y maliciosa. El pelo largo y echado hacia atrás dejaba ver una frente inteligente y unos ojos azules, oblicuos y aindiados que sabían mirar más allá de los engañosos y cambiantes estados de ánimo. Conocía el secreto para demorar los efectos de la muerte en el cuerpo y hacer nacer en los muertos un alma nueva y tan feliz como nunca soñaron tener en vida. La única condición que pedía Natán a su patrón era que

nadie presenciara su trabajo.

Natán Negroponte se sentía más a gusto entre los muertos que en el cambiante, impredecible, caótico y miserable mundo de los vivos. Vivir entre cadáveres, de hecho, le había permitido extender su espíritu infantil más allá de las breves fronteras de la niñez. Por una parte, el hecho de tratar con muertos, arreglarlos, vestirlos, maquillarlos, peinarlos, cambiar la posición de sus miembros, modificar la expresión del rostro, era como jugar con muñecos. Pero, por otro lado, les daba la oportunidad de vivir, por así decirlo, una segunda existencia, de reescribir su destino y, si lo merecían, darles el final feliz que no llegaron a concretar o, al contrario, castigarlos si acaso tuvieron una vida ruin y una inmerecida muerte plácida.

Por la misma naturaleza de su trabajo, Natán, todos los días, refutaba una creencia tan falsa como extendida: que la muerte es un punto final. Muy por el contrario, él podía comprobar que la muerte solía llegar de manera inesperada dejando un capítulo inconcluso, un relato cuyo final no tenía ningún sentido narrativo. En general, la muerte no se presentaba como un prolijo signo de puntuación, sino como un brutal guadañazo que derramaba el tintero sobre las páginas del rutinario diario de la existencia. Así, antes de que fuesen enterradas, las criaturas de Natán Negroponte tenían la posibilidad de un juicio final que les permitiera una justicia postrera aquí en la Tierra; más precisamente, unos cuantos centímetros bajo tierra. El empleado más solicitado de la cochería Podestá tenía la convicción, por ejemplo, de que aquella chica de diecisiete años, pálida y con la cara llena de *piercings* que, según consignaba la autopsia, había muerto a causa de la mezcla de un par de pastillas rojas con medio litro de vodka, no merecía ese final precoz y patético. Imaginaba una madre demasiado preocupada por tonterías, dueña de una frivolidad que la había llevado, hacía mucho tiempo, a dejar de escuchar a su hija, abandonándola a su solitaria suerte. Así, harta de suplicar en silencio la atención de su madre, la muchacha urdió aquel acto sin sospechar que habría de ser el último. Sin dudas hubiese merecido no ya otra muerte, sino, más bien, otra madre. Frente a ella, sobre la mesada de mármol opuesta, yacía una mujer joven que, acaso, no había tenido los hijos que hubiese deseado. Entonces, Natán cargó entre sus brazos a la muchacha de los *piercings* y la acomodó junto a la que habría de ser su nueva madre, la que debió haber tenido. Hizo que se abrazaran muy fuerte, protegiéndose mutuamente, dándole a la una el cobijo que tanto hubiera necesitado y poniendo a la otra en el lugar vacío de los anhelos por siempre postergados. Así, en esa posición que las amparaba y las redimía, así, abrazadas, comenzó a maquillarlas. De esa situación infantil y maravillosa fue surgiendo la expresión de reconciliación con la vida, de felicidad completa. La muchacha de los *piercings*, debajo del ala protectora de su nueva madre, recobró una sonrisa que no tenía desde que era una niña. Natán sólo debía acompañar la expresión surgida de la escena, moviendo con su dedo índice los músculos todavía

dóciles de la cara antes de que sobreviniera el *rigor mortis*. La mujer, por su parte, plena de una alegría que creía inalcanzable al momento de morir, apenas ayudada por la mano de Natán, cobró el gesto que sólo tienen las madres al contemplar a sus hijos felizmente dormidos. Sólo entonces las separó poniendo a cada una en un ataúd, pero dejándolas con la tranquilizante convicción de que ambas estaban en paz y plenas de amor. Una vez más, Natán había obrado el milagro cotidiano.

Lo mismo hizo con la vieja de pelo hirsuto y el muchacho rapado, inventándoles una historia que les devolviera la paz que la existencia les había arrebatado. Y así, como un director de teatro, fue procediendo con todas sus criaturas, tramando argumentos, cerrando heridas y concluyendo historias. Sabía que las biografías verdaderas eran siempre relatos irresueltos, hechos con tramas insignificantes, vulgares y olvidables. Como un demiurgo, otorgaba destinos y proponía finales novelescos: era razonable y comprensivo aunque, llegado el caso, en nombre de una justicia extraña, que no era ni la de los hombres ni la de los dioses, podía ser cruel y despiadado. Así, emprendía monólogos poniéndose en la piel de los muertos, haciéndolos hablar con su voz, moviéndolos cual marionetas. Claro que no era una tarea sencilla alzar, trasladar y mover cuerpos inertes; de hecho, cada acto le demandaba un esfuerzo titánico. En estas ocasiones, empapado en sudor a pesar de la refrigeración de la morgue, Natán solía quitarse la ropa. Con el torso descubierto o, llegado el caso, completamente desnudo, con sus músculos fibrosos y alargados, tensos como una cuerda, levantaba a los muertos, agitaba sus brazos y sacudía sus cabezas como si se tratara de leves muñecos de trapo y no de despojos verdaderos hechos de huesos, nervios y carne. Si alguien hubiese observado aquella escena, no habría sabido cómo calificar a ese hombre que, desnudo, hacía actuar a los cadáveres como si estuviesen sobre las tablas de un escenario. A cualquier ocasional espectador se le habría helado la sangre al ver esos cuerpos inertes moviéndose cual actores; incluso al más experimentado de los sepultureros le habría dado pavor escuchar hablar a los muertos con una variedad de voces e inflexiones tan diversas que nadie podría sospechar que provenían de un misma garganta. Natán podía componer la voz de un anciano, la de una mujer sensual o la de una niña. Los hacía discutir o declararse amor eterno y les deparaba parlamentos cuyas palabras no parecían corresponder a un mismo y único cerebro. Eran actos aterradores. Sin embargo, lo único que guiaba el proceder de Natán era uno y muy preciso: hacer surgir la belleza de los cuerpos en su momento final. Cualquiera fuese la conclusión de un eventual espectador, había un hecho incontestable: aquellos muertos, una vez presentados en el cajón, jamás se habían visto tan plácidos, serenos y, sobre todo, tan bellos. A veces podía ocurrir que faltara algún personaje que completara la escena, pero, igual que los chicos cuando juegan, se las componía para que todo se encarrilara hacia un final feliz. Sin embargo, una tarde habría de suceder algo que estaba fuera de sus cálculos.

Natán Negroponte era un hombre solitario; su carácter taciturno lo había alejado de su familia, no tenía amigos ni hablaba con sus escasos compañeros de trabajo. El mundo de los vivos era para él un lugar hostil y temible sobre el cual no tenía ningún control. En su pequeño reino de los muertos, en cambio, él era el Emperador, el que otorgaba la justicia, dictaba las sentencias y manejaba a su antojo la voluntad de sus obedientes súbditos. Todo se ajustaba a sus arbitrios y nadie discutía sus resoluciones. Acompañado por sus criaturas dóciles y bellas, no necesitaba en absoluto de los vivos. Los mortales, en su apuro por aprovechar el breve tiempo que tenían sobre este mundo, vivían en un horripilante caos de urgencia sin sentido; la ciudad crecía sin armonía ni belleza. En su gélida fortaleza de los subsuelos, la morgue de Sepelios Podestá, reinaba, en cambio, la misma armoniosa hermosura de los recintos en los que descansaban los antiguos faraones. Al contrario que la mayoría, Natán encontraba en la idea de la muerte un consuelo para el pesar con el que sobrellevaba la existencia; sin embargo, había una sola cosa que le provocaba terror al pensar en su propia muerte: el hecho de saber que no había nadie en este mundo que tuviese su mismo talento. Sólo imaginar que su cadáver iba a quedar en manos de un torpe sepulturero, que su cuerpo iría a parar a un cajón sin que nadie supiera cómo presentarlo ante el supremo momento de la muerte con dignidad y belleza, le causaba un desasosiego irreparable. Lo atormentaba la idea de que la conclusión de su vida iba a ser un mero trámite burocrático, un formulario gestionado en un despacho de una oscura obra social. En fin, salvo estos asuntos, ninguna otra cuestión atinente al mundo de los vivos le despertaba mayor interés. No había nada que no pudiese obtener de sus criaturas. Conocía todas las alternativas de la vida a partir de su relación con los muertos. Había tenido muchas más novias que la mayor parte de los jóvenes de su edad; tuvo romances frívolos y también apasionados, algunos amoríos olvidables y otros indelebles en su memoria, aunque todos fueron igualmente fugaces: ninguna mujer podía durarle más tiempo que el que separaba la llegada a la morgue de la partida hacia el cementerio. Su relación más duradera fue con una mujer que debió permanecer una semana en el sótano de la cochería a causa de un trámite legal. Sin embargo, se trató de una de las experiencias amorosas menos felices para Natán, ya que ella, literalmente, se pudrió. Salvo por el hecho de que los seres humanos con los que se relacionaba no gozaban del soplo vital, la vida de Natán Negroponte no era muy diferente de la de los demás. Nada le impedía mantener sexo cuando alguien le gustaba, hubiera amor o no. Por otra parte, escribir destinos ajenos solía deparar conflictos y discusiones entre sus criaturas, pero también reconciliaciones y festejos. Entre las cuatro paredes de la morgue, Natán ofició casamientos y divorcios, selló pactos de sangre, hizo nacer amistades y provocó traiciones como lo hiciera un genial libretista. Todo funcionaba a la altura de su talento de dramaturgo, hasta que el imprevisible mundo de los vivos se mezcló con el

preciso reino de los muertos.

Los días que no trabajaba, Natán se dedicaba a errar por la ciudad; no por la *polis* caótica y ruidosa de los mortales, sino por las silenciosas, serenas y ordenadas calles de la necrópolis. Paseaba entre los panteones monumentales presididos por apellidos patricios, se perdía por las callejuelas a cuyos lados se levantaban los mausoleos descuidados de las familias venidas a menos, bordeaba el camposanto sembrado de cruces torcidas, se sentaba a leer a la sombra de los pabellones en los que se apilaban las criptas y allí, mientras veía salir el humo de los hornos crematorios, se sentía una pieza fundamental de la gran maquinaria que daba vida a la muerte. Fue en ese lugar donde conoció a la primera mortal que, según pensó Natán, no necesitaba de sus oficios para que brotara la hermosura desde los barrotes tras los cuales la vida confinaba a la belleza. Era dueña de la armonía, propia de los muertos, de quien se ha desembarazado de los pesares que impone la existencia cotidiana: la vida no había dejado sobre ella las marcas de la angustia ni las huellas del sufrimiento. A juzgar por su semblante, no se percibía que hubiese pagado el gravoso precio de vivir. De no haber sido porque veía cómo pasaba las hojas de un libro mientras se acomodaba el pelo, negro y pesado, Natán hubiera asegurado que la muchacha sentada junto a una de las criptas estaba perfectamente muerta. Por primera vez, sintió el impulso irrefrenable de acercarse a un mortal y establecer contacto. Pero se había desacostumbrado a hablar con los vivos. De hecho, Natán se incorporó, caminó hacia ella y, cuando estuvo a unos pocos pasos, se quedó mirándola sin saber qué decir. Ella alzó la vista y, cuando vio aquellos ojos penetrantes observándola fijamente, sintió un estremecimiento hecho de atracción y temor. Pero pudo más el miedo: la muchacha cerró el libro, se puso de pie y caminó hacia la salida con paso decidido. Si hasta entonces Natán estaba deslumbrado, cuando la vio de pie y pudo apreciar sus piernas largas, torneadas, y su estatura discrepante con su cara añorada, quedó pasmado. Caminó tras la muchacha siguiendo su andar veloz; ella, al verse perseguida, corrió hasta alcanzar la puerta.

Empezaba a oscurecer. No se veía a nadie en el cementerio. La muchacha, acaso llevada por un instinto primario, comprendió que si seguía corriendo iba a ser alcanzada fácilmente. Como si la acechara un perro salvaje, bajó la vista y, mirando el suelo, caminó simulando indiferencia. Pero su corazón latía con el ritmo del galope de un caballo. De pronto, pudo comprobar que el desconocido se había puesto a la par de ella y le hablaba con una delicadeza y una amabilidad muy diferentes de su mirada. Un poco con la intención de desembarazarse del hombre por las buenas y otro poco para tranquilizarse, dejó que se entablara un diálogo trivial. Así, él se enteró de que el nombre de aquella muchacha pálida, de aspecto bellamente mortuorio, era Ofelia. Según le dijo, había ido al cementerio a visitar a su padre, muerto hacía cinco años. A medida que la charla iba avanzando junto con el

anochecer, la inquietud de Ofelia fue dejando lugar a una confianza incipiente hasta que, por fin, se dejó caer bajo la fascinación de aquellos ojos azules y aindiados. La muchacha, cautivada por la belleza de Natán, reparó, de pronto, en que ya era noche en el cementerio; con pánico, se preguntó en voz alta si no habrían cerrado ya las puertas. La idea de quedar encerrada en aquella ciudadela de los muertos la hizo temblar como una hoja. Entonces Natán le tomó la mano y le dijo que no tenía de qué preocuparse: él conocía otra salida. Ofelia nunca habría de recordar en qué momento Natán la estrechó entre sus brazos y la besó contra la pared de granito negro de un mausoleo. Por encima de ambos se elevaba la escultura de una mujer envuelta en una mortaja, iluminada apenas por una luna rojiza. El miedo y el placer se alternaban para erizar la piel marmórea de Ofelia. Por su parte, era la primera vez que Natán sentía una boca caliente y húmeda, el pulso acelerado de una mujer y no pudo, tampoco, evitar un acceso de terror ante lo desconocido. No toleraba la idea de que ese cuerpo que se apretaba contra el suyo tuviese voluntad propia y se conmoviera según un impulso diferente del de sus arbitrios. A un mismo tiempo, cada uno por sus propios motivos, extendieron los brazos para separarse. Todavía no era el momento. Ella le explicó que tenía novio, Víctor; en realidad, se corrigió, acababan de romper, pero no era una decisión definitiva. Natán permaneció en silencio: no podía explicarle que era la primera vez que besaba a una mujer viva. ¿Cómo decirle que su última novia estaba, horizontal y desmejorada, tras la pared sobre la cual estaban apoyados? En fin, pensó, ya habría tiempo para explicarle todo. Ella, súbitamente crispada por los recuerdos y la sordidez del lugar, le suplicó que la llevara hasta la salida.

Aquel encuentro fue el comienzo de una relación conflictiva para ambos. Ella se abatía como el péndulo de un reloj, yendo y viniendo hacia Víctor. El que había sido su novio durante tantos años, desde la adolescencia, era a veces un recuerdo enterrado en el pasado, por momentos un presente griego del que no sabía cómo desembarazarse y, en todos los casos, una incertidumbre a futuro. Lo cierto es que Ofelia no podía tomar una decisión. Cuando estaban juntos, después de algún tiempo ya no se toleraban y, cuando estaban separados, necesitaban verse con desesperación. No fue casual que Natán llegara a la vida de Ofelia en el momento en que estaba distanciada de Víctor. Pero lejos de ver en su nuevo y extraño amigo un resquicio de claridad que iluminara su complicada existencia, ella encontró en Natán otro elemento que sumaba incertidumbre y confusión. Natán Negrofonte le resultaba a Ofelia tan hermoso como oscuro e inexpugnable. De hecho, ni siquiera sabía en qué ocupaba la mayor parte de su tiempo, ya que él, por temor a que ella pudiese alejarse, jamás se había atrevido a confesarle en qué consistía su trabajo. Por su parte, la nueva amistad con Ofelia era para él la antesala de una puerta a la que no se atrevía a asomarse: el intrincado mundo de los vivos. Dicho claramente: Natán estaba enamorado, aunque no exactamente de Ofelia, sino de su aspecto bellamente

mortuorio. Todo en ella le resultaba perfecto, salvo por un nimio detalle: que acaso fuera capaz de escribir su propio destino como suelen hacerlo los mortales. Sin embargo, desde el día en que la vio en el cementerio, Natán supo que entre Ofelia y la muerte existía un nexo mucho más estrecho que el de su apariencia pálida y su lánguida figura. No era sólo el aniversario de la muerte de su padre lo que la había llevado a encontrar refugio en el frío pabellón de las criptas. Natán todavía la recordaba leyendo con la espalda apoyada contra la tapa de los nichos con la placidez de quien está en su propia casa; desde el momento en que la vio tuvo la certeza de que la muerte le era consustancial, que apenas si se diferenciaba de las esculturas gélidas que adornaban los panteones.

Víctor no tardó en descubrir que la súbita desaparición de Ofelia, las evasivas a sus llamados, las vacilaciones y las excusas inverosímiles tenían un motivo. La noche que decidió esperar oculto dentro de su auto a que Ofelia saliera de su casa para seguirla, Víctor albergó la sospecha de que ella iba a encontrarse con alguien. Y lo confirmó. Vio cómo ella se aproximaba con paso alegre hacia un hombre alto y delgado en el parque lindero con el cementerio y luego se perdían juntos en la oscuridad serpenteando el camino de grava. No quiso seguirlos a pie. Allí se quedó, dentro del auto, fumando, hasta que, casi dos horas más tarde, aparecieron desde el mismo camino por el que se habían ido. Para su desconcierto, Víctor pudo ver cómo se besaban en la boca y luego se separaban tomando direcciones opuestas. En ese momento, no pudo sustraerse a la tentación de seguirlo a él, de averiguar quién era, dónde vivía. Bajó del auto y caminó tras los pasos de Natán a una distancia cauta, enfundado en las solapas del sobretodo, un poco para ocultar su cara y otro poco para protegerse del frío que le cortaba la piel. A Víctor le sorprendió que, a pesar del viento helado, aquel hombre apenas llevara una camisa y un saco. Por otra parte, descubrió que debía esforzarse demasiado para seguir el paso ágil y veloz de Natán. A causa del frío y del esfuerzo, Víctor respiraba con agitación, echando vapor por la boca y la nariz. Le llamó la atención que su perseguido no exhalara vapor alguno, como si respirar no le fuese necesario. Nadie más que ellos caminaba por el bulevar.

De manera inesperada, Natán se detuvo frente a la puerta de servicio de Sepelios Podestá, extrajo la llave del bolsillo y la hizo girar rápidamente en la cerradura. A Víctor se le congeló la sangre cuando el hombre, antes de entrar, giró sobre su eje y le clavó una mirada en el centro de sus ojos, como si siempre hubiese sabido que lo estaba siguiendo. Sin dejar de mirarlo, Natán le dedicó una sonrisa mefistofélica y, sólo cuando Víctor, aterrado, pasó por detrás de él, entró y cerró la puerta a sus espaldas. Petrificado por el miedo y la intriga, Víctor, de pie en la esquina de la cochería, vio cómo unos segundos más tarde se encendía la luz del altillo. Así, pudo saber lo que todavía Ofelia ignoraba: que Natán vivía en la casa de sepelios. Víctor intuyó que ese hombre nada bueno podía depararle a la que todavía consideraba su

novia. Mucho menos, cuando, poco tiempo después, habría de descubrir otros asuntos no menos oscuros.

Durante varios días Víctor intentó comunicarse con Ofelia,⁷ pero una y otra vez iba a dar al buzón de mensajes. Una noche, dispuesto a confirmar sus sospechas, durante un multitudinario funeral que se celebraba en la cochería Podestá, aprovechó para mezclarse entre el gentío y así, confundido con los deudos, entró en el local. Avanzó entre familiares y amigos del muerto saludando con una inclinación de cabeza y dando el pésame a las mujeres llorosas que obstaculizaban las puertas. Logró abrirse camino hasta llegar a un pasillo oscuro. A medida que avanzaba, los llantos se hacían más lejanos hasta que aquella letanía se extinguió por completo igual que la luz. Caminó a tientas mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, y se topó con una escalera: desde abajo soplaban una corriente de aire helado proveniente de la morgue; arriba, dedujo Víctor, debía estar el acceso al altillo que se había iluminado el otro día al llegar Natán. Víctor se debatía entre subir o bajar cuando descubrió la figura enorme del dueño de la cochería, que preguntaba:

—¿Quién anda ahí?

Al muchacho se le cortó el aliento al ver que el hombre extraía una navaja de la cintura y, con una linterna, avanzaba hacia la escalera.

A esa misma hora, Ofelia iba a encontrarse con Natán en el parque. Ambos sabían que sería una noche de revelaciones. Hasta ese momento nunca habían tenido un encuentro a solas; siempre se veían en lugares públicos: de día, en el cementerio; de noche, en el parque. Habían postergado el encuentro íntimo tanto como les fue posible, cada uno por diferentes motivos: él no se había atrevido todavía a confesarle en qué consistía su trabajo ni, mucho menos, a que conociera su pequeño cuarto en los altos de la funeraria; ella nunca le había entregado su cuerpo a ningún hombre. Sin embargo, el momento del encuentro a solas, a esa altura, se había tornado impostergable. Natán le hizo prometer a Ofelia que no se espantaría al ver su cuarto; ella pensó, claro, que era una alusión al desorden o, acaso, a la modestia de la casa. Y Ofelia le suplicó que fuese paciente y comprensivo con su cuerpo inexperto. Si algo no le faltaba a Natán era, precisamente, conocimiento en la materia. Ambos asintieron comprometiéndose a cumplir su parte del pacto, luego de lo cual se encaminaron, al fin, hacia la casa de Natán.

Víctor, oculto detrás de un panel que cubría la baranda de la escalera, veía cómo el círculo de la linterna reptaba por los escalones y se deslizaba por la pared aproximándose hasta donde estaba él. En ese momento giró la cabeza y, justo enfrente de su cara, vio brillar un par de pupilas en el centro de unos ojos rojos como el fuego. Contuvo un grito que intentó brotar de sus entrañas cuando vio unos colmillos que asomaban desde aquella cara triangular.

Ofelia caminaba enlazando sus dedos con los de Natán. Apretaba la mano de su amigo con una mezcla de temor y ansiedad. Lo miró a los ojos; él le devolvió una sonrisa que quiso ser cómplice, pero ella descubrió un albur incierto que no llegó a descifrar. Sin embargo, decidió confiar en Natán y cumplir su parte del trato. Así, con paso resuelto, avanzaban por el bulevar.

Víctor tardó en comprender que aquella pequeña cara satánica que estaba junto a la suya era la de una rata que, ciertamente, estaba más asustada que él. El animal saltó de modo vertical dando un chillido, trepó a la baranda de la escalera y, antes de deslizarse hacia el sótano, fue alcanzada por el cono de luz de la linterna que sostenía el señor Podestá. El dueño de la funeraria, convencido de que no había por qué preocuparse —desde siempre convivía con las ratas—, plegó la navaja, apagó la linterna y se alejó por el pasillo. Cuando Víctor supo que el peligro había pasado, inconscientemente corrió escaleras arriba, en oposición al camino que había tomado la rata. No bien alcanzó el piso superior, vio que la escalera concluía en una puerta. Se detuvo frente a ella, pegó el oído a la madera y comprobó que al otro lado reinaba el silencio. Conjeturó que no había nadie, accionó el picaporte y la puerta, chirriando gravemente, se abrió. Víctor se iluminó con el encendedor y, con paso vacilante, entró en el altillo que habitaba Natán. Bajo la llama pálida de su Zippo cromado, todo se veía difuso y tembloroso. Era, sin embargo, un cuarto normal: una cama de una plaza sencilla, sin cabecera; una mesa de noche con un velador y, en la pared opuesta, una antigua cómoda con cuatro cajoneras amplias. Llevado por la más pura intuición, abrió uno de los cajones y allí dentro pudo ver una carpeta desde la que asomaban decenas de listas con nombres, encabezadas por un rótulo: «defunciones». Mezclados con las planillas de los muertos había numerosos recortes de diferentes diarios. Cuando Víctor leyó los titulares de los artículos y vio las fotos que los ilustraban, sintió que sus piernas lo dejaban de sostener. Pero eso no fue todo: al revisar los nombres y apellidos de los formularios, comprobó que eran los mismos que aparecían en los artículos de los diarios. Tuvo que sentarse en la cama para no caer al ver cuál era el nombre que se leía al final de la lista.

Ofelia de pronto se detuvo. Un mal presentimiento la obligó a interrumpir la marcha; había un sino en el silencio de Natán, una sombra en sus ojos azules y oblicuos que le decían algo indescifrable y oscuro.

—Tal vez todavía no sea el momento —le dijo Ofelia con voz implorante y avergonzada.

Natán estuvo a punto de perder la paciencia y recordarle su promesa. Pero se controló: sabía que ésa no era la forma de convencerla.

—Entiendo —le dijo, a la vez que pasaba dulcemente el revés de su mano por el pelo de Ofelia, y descendía hasta el cuello rodeándolo con sus dedos largos y fuertes

—. No hay apuro, no hay ningún apuro —susurró Natán muy cerca del oído de la muchacha.

Aquellas palabras tranquilizadoras y esas caricias inquietantes fueron la combinación exacta para retenerla. Cerca de la funeraria había un bar que solía permanecer abierto toda la noche para recibir a los deudos necesitados de un café o un licor para afrontar las largas horas de vigilia. Natán señaló hacia allí y le propuso a Ofelia tomar algo caliente y conversar.

Sentados frente a frente bajo la mórbida luz del local, ella no pudo evitar rendirse ante la mirada de aquel hombre extrañamente hermoso. Él, maravillado por el lánguido y mortuorio encantamiento que ejercía Ofelia sobre sus sentidos, intentaba simular la ansiedad por hacerse de aquel cuerpo y entregarle el suyo. Mientras tomaba la taza de café con ambas manos, Natán intentaba leer en el fondo de los ojos negros y melancólicos de Ofelia, reconfortándose en la intuición de que acaso ella le temiera más al sexo que a la muerte.

Víctor sostenía las listas con los nombres de los muertos en una mano y los recortes de los diarios en la otra; de inmediato creyó comprender todo: el nuevo amigo de Ofelia no se limitaba a esperar los cuerpos que llegaban a la funeraria, sino que elegía a muchos de ellos cuando aún tenían vida. Los artículos de los diarios eran notas pequeñas, apenas un recuadro o una columna, que hablaban de muertes intrascendentes: podían ser accidentes triviales, homicidios en ocasión de robos menores, alguna intoxicación accidental; en fin, tan diversas eran las causas de las muertes que nadie hubiese podido establecer un patrón ni un *modus operandi*. Por otra parte, las víctimas no respondían a un género, a una franja de edades, ni a una clase social en particular. Sólo una cosa tenían en común: a todas ellas, fuese por el azar de la burocracia o por determinación propia, les correspondía como antesala del cementerio la cochería Podestá. Así, hurgando entre los papeles, Víctor encontró anotaciones de puño y letra de Natán en las que hablaba de sus víctimas. Con espanto, pudo comprobar que, una vez que se decidía por un nombre de la lista, encontraba la forma de aproximarse al elegido, conocer detalles de su vida, saber cuáles eran sus actividades, sus debilidades y los pesares cotidianos que debía sobrellevar. A medida que avanzaba en la lectura de los manuscritos, Víctor se enteraba con terror de que Natán los asesinaba con el declarado propósito de redimirlos, de quitarles una vida de sufrimientos y regalarles, a cambio, la posibilidad de un digno final antes de que fuesen enterrados sin pena ni gloria.

Ofelia se dejó convencer por Natán. No había nada que temer: a comparación con Víctor, cuyo ánimo cambiante y malhumorado tanto la había hecho sufrir, Natán le

ofrecía ahora la paciencia y la atención que ella necesitaba. Víctor hacía mucho tiempo que no la escuchaba siquiera; su nuevo confidente no sólo le daba el refugio de sus abrazos, sino el cálido amparo de la comprensión. De hecho, lo que terminó de convencerla fue una frase que pronunció Natán con una sinceridad que jamás podría haber sido simulada:

—No voy a dejar que sigas sufriendo.

Natán dejó un billete sobre la mesa. Sin esperar el cambio, se incorporó, le tendió la mano a Ofelia y salieron del bar abrazados, con paso decidido.

Poco antes de llegar a la funeraria, Natán se detuvo en la vereda de enfrente y, señalando hacia el local, al fin le reveló su secreto a Ofelia:

—Ahí es donde trabajo.

La muchacha lo miró con una expresión de asombro tal que Natán supuso que habría de salir corriendo en ese mismo momento. Sin embargo, en lugar de eso, Ofelia dejó escapar una carcajada breve.

—Si me muero primero, ya sé quién se va ocupar de mi cadáver... —le dijo Ofelia francamente divertida a Natán, y completó—: Cochería Podestá; es la funeraria que me toca. Pensarás que soy extraña, pero cuando me afilié a la obra social, no pude evitar fijarme dónde me iban a velar.

Lejos de responder con una sonrisa al comentario risueño de Ofelia, Natán mostró un gesto severo y luego palideció. Le rogó que no volviera a mencionar aquella posibilidad.

—No te vas a morir antes que yo —le dijo con una seriedad que no se correspondía con el tono jocoso de la frase de Ofelia.

La muchacha le hizo ver que no hablaba en serio y, para clausurar el diálogo, lo abrazó fuertemente y lo besó.

—¿No me vas a invitar a subir? —le dijo, finalmente, con una resolución tal que, esta vez, quien estuvo a punto de arrepentirse fue él.

La excitación le impidió ver a Natán el tenue resplandor de la llama del encendedor que iluminaba la ventana de su cuarto en el altillo. Entraron por la puerta de servicio para evitar la muchedumbre acongojada y caminaron por el largo pasillo oscuro que conducía a la escalera.

Víctor leía absorto las páginas en las que Natán confesaba cada uno de los crímenes que había cometido, y no los vio entrar en el local cuando pasaron por el campo de visión que delimitaba la ventana. Las notas revelaban una mente tan perturbada que al mismo Víctor, mientras se internaba en la lectura, por momentos se le tornaban difusos los límites que establecía Natán entre la vida y la muerte. Pasaba las páginas del manuscrito y comparaba los nombres con los de las listas de las obras sociales y los que aparecían en los recortes de los diarios. Víctor sabía que el tiempo urgía; la razón le decía que debía abandonar el cuarto lo antes posible e impedir que

Natán siguiera adelante hasta completar la lista, pero una fascinación mórbida lo obligaba a seguir leyendo. Y cada vez que veía el nombre del final, se preguntaba cómo Ofelia no se había percatado de nada.

Natán conducía a la muchacha a través de las penumbras del pasillo. Ella se dejaba llevar completamente entregada. Cuando llegaron al pie de la escalera, Ofelia continuó con la inercia del apuro e intentó subir, pero la mano firme de Natán la detuvo. Ella pudo sentir el aire gélido que provenía desde abajo. Al principio no comprendió por qué, mientras ella quería subir, él pretendía que bajaran. Forcejearon un poco sin soltarse las manos, hasta que él le dijo:

—Quiero que veas mi trabajo.

Como aquella tarde en la que se vieron por primera vez en el cementerio, Ofelia, un poco contra su voluntad y otro poco dejándose caer en las tentaciones que se abrían paso desde lo más oscuro de su propia alma, bajó con Natán a la morgue. Antes de abrir la puerta él se puso detrás de ella, tapó suavemente los ojos de Ofelia con sus manos y le susurró al oído:

—Tengo una sorpresa.

Una vez que estuvieron dentro, él liberó sus párpados. Ofelia, temblando de frío, de miedo y de excitación, no se atrevía a mirar. Cuando al fin abrió los ojos, se encontró con un espectáculo que ni en el más horripilante de los sueños hubiera imaginado.

Unos metros más arriba, Víctor seguía leyendo los manuscritos de Natán. Había perdido la noción del tiempo y, acaso, del peligro. Recorría las páginas y, con una mezcla de terror y deleite, se enteraba de los diversos modos que el flamante amigo de su novia empleaba para matar a sus víctimas; no tenía un método, sino decenas. No había dos muertes iguales. Natán era dueño de una inventiva sin límites. Sus homicidios eran verdaderas puestas en escena pensadas hasta en sus más mínimos detalles: el guión, la escenografía y hasta la iluminación habían sido concebidos como complejas obras de arte destinadas a un solo espectador. De pronto, unos ruidos provenientes de abajo sobresaltaron a Víctor. Cerró la carpeta y como si súbitamente hubiese despertado de un ensueño, comprendió que debía proceder con urgencia.

Abandonó el altillo y corrió escaleras abajo temiendo que fuese tarde. Bajaba los escalones dando enormes zancadas, tropezando, rodando por momentos e incorporándose nuevamente sin detenerse. Mareado por los tumbos, en medio de la penumbra, al llegar a un rellano, no supo si había caído hasta el subsuelo o si estaba en la planta baja. Caminó perdido a lo largo del pasillo sin saber dónde se hallaba. Los ruidos por momentos parecían sollozos, por momentos carcajadas sordas; creyó oír la voz de Ofelia y luego el estruendo de un cuerpo rodando en el piso. Desde el suelo, por debajo de sus pies, Víctor percibía movimientos continuos, como si estuviesen trabajando. Pero no atinaba a encontrar la escalera; iba y venía siempre

por los mismos pasillos sin darse cuenta de dónde estaba la puerta de la morgue. Intentó serenarse y desandar sus pasos, se iluminó con el encendedor pero la llama flaqueó hasta desvanecerse por completo. Ya no escuchaba aquellos ruidos. Sintió pánico y se maldijo por haber perdido el tiempo leyendo aquellos manuscritos macabros. De pronto, como un llamado providencial, pudo sentir ese viento gélido que ya conocía. Caminó en contra de aquella brisa hasta que, al fin, dio con la escalera que conducía hacia la puerta. Bajaba despacio, con la cautela de un felino, sin hacer el menor ruido; no sólo debía evitar ser escuchado, sino, más aún, oír qué sucedía dentro. Pero ahora reinaba un silencio cerrado. Cuando llegó a la puerta, pudo ver por el resquicio una luz muy tenue. Apoyó su mano sobre el picaporte y, sin que ejerciera ninguna fuerza, la puerta se abrió por efecto de la corriente de aire. Lo que vio allí abajo parecía una escena hecha con fragmentos de distintas pesadillas.

Un espectador incauto hubiese pensado que aquel lugar gélido no era una morgue sino el interior de una pequeña capilla en la que se estuviera celebrando una boda. El cuadro dramático estaba presidido por un cura calvo ataviado con una sotana negra muy larga. El religioso sostenía una Biblia con mano pétrea; sus ojos vacíos miraban inciertamente hacia las penumbras del techo. Por encima de él había un Cristo colgado de la pared: un público ingenuo no se hubiese percatado de que era un crucifijo de bronce de los que adornan los ataúdes. Cuando Víctor miró mejor al cura, descubrió que, también él, estaba colgado de la pared por un gancho que lo sostenía vertical. Avanzó por la pequeña nave central a cuyos lados se acomodaban los asistentes sobre los reclinatorios y, a medida que caminaba hacia el altar, podía comprobar que la quietud de los invitados no se debía a un acto de recogimiento y que los reclinatorios eran, en realidad, una sucesión de féretros. La novia, de frente al cura y de espaldas a Víctor, llevaba un vestido blanco con una cola larguísima sostenida por un cortejo compuesto por dos niñas tan pálidas como el encaje que atravesaba sus dedos rígidos. Al ver a la novia inmóvil, Víctor corrió sin percibir que el lugar del novio estaba vacante. Cuando llegó hasta ella, la tomó del hombro y la hizo girar con la esperanza de que su conjetura estuviese equivocada; pero no, con un llanto ahogado que lo conmovió en un estertor, pudo ver detrás del velo la cara serena y pálida de Ofelia.

Víctor lloraba con un sollozo infantil e inconsolable. Ella estaba más hermosa que nunca y tenía una expresión de paz como jamás le había visto. Pero además parecía conservar el aliento vital; de hecho, Víctor hubiera jurado que desde sus labios había brotado un hálito vaporoso. Cuando se acercó un poco más para comprobar si aún tenía pulso, vio con espanto cómo la cara de Ofelia se transformaba en una mueca de odio visceral y contenido y, con una voz cargada de rencor y sarcasmo, le decía:

—Mi amor, te estaba esperando. Pensé que me ibas a dejar plantada en el altar.

Acto seguido, desde las tinieblas, se descolgó la figura tremenda e implacable de

Natán descargando una sucesión de puñaladas en la espalda de Víctor que, como un enamorado, cayó a los pies de la novia. Sólo entonces, en el momento postrero, Víctor comprendió por qué su nombre aparecía en el final de la lista. Ofelia, con una sonrisa feliz, miró a Natán y le dijo:

—Señor padrino, por favor prosigamos con la boda.

Como dos niños que jugaran a las muñecas, Ofelia y Natán continuaron con aquella ceremonia íntima y secreta. Ella misma tuvo el privilegio de dejar presentable al novio: lo vistió, lo peinó y lo maquilló con mano maestra. Natán, admirado del talento de su nueva amiga y discípula, contempló la obra maravillosa que había hecho con Víctor: jamás había visto un novio tan espléndido. Natán sonrió con satisfacción. Ahora sí podía morir tranquilo. Por fin había encontrado a alguien que se ocupara de escribir las últimas páginas de su existencia y de dejar su cuerpo presentable el día en que la muerte viniera a buscar a su siervo más fiel.

Los tres propósitos

Jorge Fernández Díaz

Mi tío Fran es un hombre solitario y compasivo. Enviudó hace diez años, no tuvo hijos y no volvió a casarse. Y aunque cultivó algunas novias, se amigó tanto con la soledad que nunca más quiso remediarla. Es un lector voraz y dice estar escribiendo desde 1987 una larga novela impublicable. Constaté que no me mentía cuando una vez lo visité en su casita de Béccar, un chalecito marplatense tocado por una chimenea apócrifa y forrado de libros. En un anaquel del fondo, sobre un escritorio pequeño y pulcramente ordenado, hay veintisiete cuadernos cuadriculados de doscientas páginas cada uno, manuscritas con letra apretada y negra. Asegura que es la historia de su generación, pero que no tiene gran valor literario. Nunca me dejó comprobar si eso era cierto o si se trataba de pura timidez y falsa modestia.

El año pasado, durante aquel intenso frío de junio que nos engripó a todos, Francisco encontró en una esquina de viento a una joven que tenía un bebé y dos bolsos gigantescos a cada lado. Mi tío frenó su Gol negro en el semáforo y se quedó mirándola con curiosidad. Era una joven humilde de labios gruesos y facciones atractivas, una morocha criolla de cuerpo pequeño pero bien proporcionado. Llevaba atado al pecho con una chalina un bebé indefinible que había cubierto con un gorro de orejeras. Los bolsos eran deportivos pero ajados, y la mirada de la chica era sufriente y dubitativa. Sin ser una indigente, era la viva imagen del desamparo. Fran bajó la ventanilla sin pensarlo y le preguntó para dónde iba.

—Para Retiro o Belgrano —le respondió: tenía un leve acento extranjero, pero de un país limítrofe.

—¿Retiro o Belgrano? —le devolvió mi tío. La mujer metió trabajosamente una mano en un bolsillo y sacó un papel arrugado.

—Moreno —dijo.

—¿La calle Moreno? —dedujo él—. Voy cerca. ¿Quiere que la lleve?

Bajó y trató de empujar los bolsos dentro del baúl, y tuvo que transpirar un rato porque pesaban mucho y no entraban. Luego ubicó a madre e hijo en la parte de atrás, para que estuvieran cómodos, y él se puso al volante como si fuera su chofer. Estaban en San Isidro y había que salir a la Panamericana. Mi tío trató de sacarle alguna conversación, pero a la chica no le resultaba fácil comunicarse. Intentó dos o tres veces arrancarle un comentario o aunque fuera un gruñido de aprobación, pero se chocó de frente con el vacío y con el silencio. Puso entonces Radio Clásica y siguió de memoria ese camino. A la altura de Avenida Márquez lo asaltó la idea de que todo era una trampa. Un cuento del tío, valga la redundancia, o un robo a mano armada.

Que en cualquier momento ella sacaría una Browning 9 milímetros y le apuntaría a la cabeza, o que le cruzarían un auto y lo desvalijarían sin piedad. Cuando llegó a la Avenida General Paz, se dijo: «¿Y si ésta es una mula y los bolsos de atrás están llenos de cocaína?» En la 9 de Julio se le puso al lado un policía en una moto. Mi tío le sonrió tratando de parecer simpático y tranquilo: ¿cómo explicaría esto, quién podría creer que llevaba aquellos paquetes por una cuestión humanitaria? El policía no le dio bolilla y siguió a toda velocidad. Al doblar en Avenida Belgrano, mi tío pensó: «¿Y si este bebé es robado y yo me estoy convirtiendo en un cómplice?»

La dirección exacta en la calle Moreno era una casa chorizo. Mi tío le colocó los bolsos en el umbral, tocó el timbre y se despidió de la mujer y del bebé. Lo hizo todo en cámara rápida, sin dar los buenos días y sin recibir ni un «gracias». Después paró en un bar de Tacuarí y pidió un whisky doble.

Francisco trabaja de corrector en una editorial de revistas. A los dos meses de aquel pequeño incidente donde se probó el precio de la compasión, a Fran lo chocaron de atrás en Tomkinson, le arruinaron el Gol, le castigaron las cervicales y lo condenaron a dos semanas de cuello ortopédico. Sin hacerse mucha mala sangre volvió a usar el tren de la línea Mitre, y le encontró cierta gracia a viajar leyendo libros, como en los viejos tiempos. Una noche que regresaba a su casa después de un cierre, enfrascado en un libro sobre la historia del ajedrez, volvió a encontrarse con la morocha. A esa hora los vagones vienen más o menos vacíos, ralean los pasajeros, y conviven dormidos o pensativos cartoneros y oficinistas. De vez en cuando un vendedor ambulante trasnochado sube a vender chucherías o un músico desafina una canción y pasa la gorra. Esa noche un señor tocó ciertas melodías del Altiplano y más tarde varios chicos de la calle pasaron a las corridas y los gritos, pegándose y riendo a carcajada limpia. Nada distrajo demasiado a Fran, a quien, cuando se sumerge en una lectura apasionante, pueden zapatearle la cabeza sin que se entere. Se enteró, sin embargo, de que algo extraño estaba ocurriendo aquella vez porque escuchó un quejido y una respiración agitada.

Marchaban a toda velocidad, en medio de las tinieblas y camino a Vicente López, y cuando mi tío levantó la vista, intrigado por esos ruidos extraños, vio a la morocha agarrada de un pasamanos y mirando con terror hacia el vagón trasero. Iba vestida con la misma ropa: un pulóver grueso y marrón, una campera raída, unos jeans desteñidos y unas zapatillas blancas. No llevaba, como en aquella otra ocasión, el pelo negrísimo suelto: lo llevaba trenzado y tirante. Sus labios eran inconfundibles. La mirada seguía siendo sufriente, pero con un toque de alarma y de pánico.

Francisco cerró el libro y torció la cabeza para ver qué la espantaba tanto. Viajaban muy adelante y era una formación larga. Cuando volvió los ojos, vio que la chica temblaba. Los pasajeros no le daban calce ni se movían, y mi tío dudó treinta

segundos. Lo suficiente como para que el tren se detuviera en la estación. En cuanto se abrieron las puertas, la morocha saltó al andén y se quedó otro instante de costado, midiendo la cosa. Estuvo así casi un minuto, como una estatua tambaleante, y en el último momento, dio un paso adentro, mientras ya se cerraban las puertas, y volvió a agarrarse del pasamanos y a mirar con aprehensión.

Recién cambió algo la situación cuando pasaron Martínez y ella desvió un poco la vista y se encontró con los ojos de Fran. La morocha se fue de esos ojos hacia atrás y volvió como rebotada: lo había reconocido. Mi tío, que estaba cada vez más inquieto, se levantó de su asiento y caminó hacia ella, como para saludarla y preguntar si le pasaba algo grave. Una mueca que parecía una sonrisa le produjo un tic eléctrico a ella en la cara, pero quedó desbaratada de inmediato cuando de nuevo se le crispó la expresión. Siguiendo la dirección de la mirada Fran descubrió a un grandote en un gabán que avanzaba desde el fondo del vagón contiguo. Venía revisando a derecha e izquierda las caras de los pasajeros. A la chica se le escapó otro quejido y se llevó una mano a la boca, y Fran miró instintivamente hacia fuera calculando cuánto faltaba para la próxima estación. Faltaba poco. También por instinto, la morocha se fue cubriendo con el cuerpo de mi tío, que ahora calibraba si podría o no con aquel grandote: era un tipo extraño, con unas manos enormes y un andar nervioso. Tenía las cejas muy tupidas y una barba grisada que le cubría todo el rostro. Cuando lo estaba calando, Fran presintió que de un momento a otro cruzarían miradas. Así fue. Y a mi tío se le heló la sangre al comprobar que el grandote traía ojos homicidas. En ese punto el tren frenó de golpe y las puertas se abrieron, y sin pensar en nada, Fran tomó del brazo a la morocha y la arrastró hacia el andén. Corrieron hasta las escaleras, bajaron los peldaños a todo lo que daban y atravesaron la calle escuchando los gritos guturales del grandote. Eran gritos ininteligibles. Fran conocía una parada de taxis que quedaba a la vuelta. Se metieron en un coche y le pidió al taxista que los alcanzara hasta Béccar. Cuando se dieron vuelta, vieron que el grandote todavía los perseguía: corrió un trecho, trotó unos metros y luego se dio por vencido.

—¿Quién es? —le preguntó Fran a la morocha, que estaba lívida. Ella negó con la cabeza y miró hacia el frente.

Entre otros sentimientos, Fran estaba desconcertado: no quería armar un escándalo dentro del taxi, de manera que también se acomodó con un largo suspiro y no pronunció ni una palabra hasta que el chofer los dejó frente a su casa.

Cuando ya estaban en la vereda y el taxi partía, la morocha se le tiró a Fran al cuello, como una niña, y se puso a llorar desconsoladamente. A pesar del gesto conmovedor, Fran no pudo dejar de sentir la presión de sus pechos. Y esa mínima señal de sensualidad lo perturbó a tal punto que la separó para decirle cualquier cosa. Pero resulta que esa cosa era precisamente una invitación. La chica entró en la casa mirando todo por primera vez, acariciando a la pasada los lomos de los libros en las

bibliotecas, y finalmente se acercó a la falsa estufa de leños que su protector había prendido, se sacó las zapatillas, se sentó en un sillón y flexionó las piernas y se las abrazó, aterida de frío y en absoluto silencio.

Fran le hizo varias preguntas. Quién era aquel grandote. Quién era ella. Qué estaba pasando. Dónde estaba viviendo. Y qué quería de cenar. A la primera respondió encogiéndose de hombros. A la segunda, pronunció débilmente el nombre de «Lina». A la tercera, reaccionó negando con la cabeza. Y a la última, dijo: «cualquier cosita».

Le calentó una sopa Quick de tomate, sacó una pascualina del freezer y la puso en el microondas, abrió un vino y se quitó con un gemido el cuello ortopédico. Mientras hacía todo eso, Francisco pensaba cómo tratar a la mudita. Lo curioso, según me contó luego, es que a pesar de tantas explicaciones debidas él no podía enojarse con ella. Y esa imposibilidad lo inquietaba tanto como la presión de aquellos pechos contra su cuerpo, pero mucho menos que cualquier otro fantasma, como el narcotráfico, el robo de niños o una trampa mortal. Hacía tanto tiempo que no había nadie en esa casa fría que por primera vez incomprendió semejante estado de dejadez y soledad. Le dio mucho gusto tender la mesa e invitar a Lina a acompañarlo.

Lina se lanzó sobre los platos con previsible voracidad. Tomó dos jarros repletos de sopa y se comió rápidamente cuatro porciones de tarta. Mi tío no tenía mucho apetito, así que se armó una pipa y esperó a la morocha tomando unas copas de malbec.

—Está visto que no vas a decirme nada —dijo en un momento.

Ella sonrió con la boca llena y siguió sin entrar en la ratonera, como si no conociera bien el idioma o fuera directamente inimputable. Francisco no tuvo valor para molestarla con las mismas preguntas de antes. La dejó terminar en silencio, y después de tres o cuatro bocanadas de humo azulado, le dijo:

—Podés dormir acá si querés.

No es que lo hubiera pensado mucho. Fue más bien una oración que salió disparada al final de una cadena de consideraciones calladas sobre la ruda belleza de esa morocha pequeña pero portentosa. Ya tenía tres copas encima y estaba cansadísimo, así que no reculó una línea a pesar de que se arrepentía un poco de esa propuesta indecente. Para partir la diferencia y enderezar un poco el asunto, le señaló el cuarto de invitados, que nadie utilizaba desde la década del ochenta. La morocha parpadeó sin apartar la vista y después asintió.

Fran hizo un gran esfuerzo para levantarse de esa calmada y mágica sobremesa. Bajó del placard una frazada y acondicionó la camita; después buscó una chomba blanca y se la ofreció a Lina a modo de improvisado camisón. Cuando todo estuvo listo, mi tío se paró unos instantes frente a ella, indeciso como todo hombre oxidado. La morocha no le rehuía pero tampoco daba como para suponer que estaba deseosa.

Ante la duda, Fran caminó hasta su habitación apagando las luces, cerró la puerta, se desvistió y se metió entre las sábanas. En seguida notó que las luces del baño, que se filtraban por debajo de la puerta, se apagaban y toda la casa quedó entonces en silencio total y oscuridad profunda. A mi tío las emociones del día lo vencían: se durmió abrazado a la almohada. Soñó escenas confusas y violentas, y lo despertó un zumbido.

Eran ruidos intermitentes, y lo primero que pensó fue en un celular puesto en vibración. El teléfono móvil de aquella chica vibraba y vibraba en algún lugar del living. «Nada especial», se dijo. «Volvete a dormir que es tardísimo.» Volvió a apoyar la cabeza en la almohada y pretendió otro desmayo instantáneo. Pero el zumbido, a ráfagas sordas, seguía taladrando la quietud. «Evidentemente no tiene instalado el correo de voz», pensaba. «Estoy seguro de que se le va a acabar de un momento a otro la batería.» A los diez minutos el zumbido gozaba de perfecto estado de salud. «Bueno —se dijo Francisco—, en cualquier momento dejo de tenerlo en cuenta. Como el ruido del aire acondicionado, que por monotonía se vuelve inaudible.» Pero no. Tampoco el zumbido se acomodó a la noche. Al revés. Cada vez parecía más fuerte y estentóreo. «La puta madre», masticó, y se bajó de la cama en remera y calzoncillos. Abrió cuidadosamente la puerta y se asomó.

En la penumbra sólo podía constatar que el cuarto de invitados seguía cerrado y que Lina había dejado parte de su ropa hecha un bollo en el sillón. Hizo de tripas corazón y salió descalzo y en puntas de pie. Alcanzó la ropa y la revisó velozmente, porque temía ser sorprendido en paños menores. Pero no encontró nada. «¿Dónde mierda metió ese teléfono?» Vio las zapatillas blancas junto a la falsa estufa de leños y se acercó para revisarlas. Y de repente percibió que el zumbido provenía de la otra pared.

Por las dudas verificó que las zapatillas estuvieran efectivamente vacías, y después apoyó la oreja en las estanterías. Removió incluso algún libro y palpó detrás de los estantes para ver si Lina había escondido allí el teléfono, o si podía ser que se le hubiese caído por esos fondos. Lo único que verificó fue que el estremecedor sonido se iba moviendo: ahora parecía reverberar al otro lado de la sala, como si formara parte de un gusano mutante que se estuviera arrastrando a través de las cañerías e hiciera vibrar toda la casa. «Tomé demasiado vino», murmuró, con el corazón estrangulado, y se asustó de muerte por el ruidoso y repentino derrumbe de seis enciclopedias de arte que tenía acomodadas contra un jarrón. Milagrosamente el jarrón se bamboleó unos segundos, pero al final se mantuvo en pie. Fran retrocedió asustado, patinó y cayó de culo. El terremoto parecía no terminar. Desde el piso vio que un cajón del aparador se le venía encima. El cajón estaba lleno de cuchillos, cucharas y tenedores, y los tintineos, rebotes y ecos fueron tan estruendosos que Fran

se tomó la cabeza, entre la vergüenza y el estupor.

Su invitada, sin embargo, pareció inmune a los ruidos, y no dio muestras de vida. Después del batifondo no quedó ni el zumbido: todo se había plegado sobre sí mismo y un silencio nuevo prevalecía. Fran se levantó despacio para no hacer más estrepicios, aceptando sin pensar que él con su torpeza había iniciado ese dominó de hecatombes y zafarranchos, y recogió los cubiertos, colocó escrupulosamente el inexplicable cajón en su sitio y adecentó las enciclopedias junto al jarrón ileso. Todavía se quedó un momento inmóvil, aguzando el oído, y después se encogió de hombros al chequear que los sonidos fluctuantes se habían terminado. «¿Se habrá agotado la batería?», se preguntó. Caminó hasta la heladera y tomó un largo trago de agua fresca. Se apoyó unos segundos en la mesada recuperando la respiración y el pulso, y después intentó regresar a su dormitorio. Pero en el umbral se paró en seco y estuvo un rato dudando. Al fin cedió al deseo y a la curiosidad, y reculó hasta el cuarto de invitados, se agachó para espiar por el hueco de la cerradura y pegó un salto al notar que la puerta se abría de golpe.

Dos fuerzas contrarias lo dejaron paralizado: el susto y el bochorno lo impulsaban a salir corriendo, pero la imagen recortada en el vano era tan hermosa que se sentía hechizado. Lina estaba completamente desnuda y, a pesar de la negrura de la noche, mi tío podía verle con cierto detalle el cabello suelto y caído sobre un hombro, los pechos redondos y los pezones grandes, la piel marrón, el bello púbico y de vuelta los ojos. Los ojos resplandecientes.

En ese minuto, Francisco tenía tantas cosas para pensar que no pensó en ninguna. Como si ella se hubiera metido en su corteza cerebral y le hubiera anulado la razón, la prudencia y el decoro. En un momento la morocha estiró la mano y le rozó la cara. Y entonces él perdió por completo el control, la atrajo y comenzó a besarla. Lina no se dejaba llevar: intervenía decididamente en la desesperación. Le quitó la remera, le bajó los calzoncillos y se arrodilló a trabajarlo. Los mecanismos internos de Fran se desentumecieron enseguida: la empujó hacia la camita y la acometió con entusiasmo. Fue tal la conmoción del choque, fue tan extensa la sesión, hubo tantos alaridos de dolor y de placer, y tantas posiciones y tanta intensidad que Francisco se sintió catapultado hacia un limbo de éxtasis, succiones y aturdimientos. Como un larguísimo sueño del que no podía despertarse, y dentro del que absurdamente la cama daba saltos, los cajones volaban, los libros y los cuadernos caían derribados por fuerzas invisibles y las puertas se cerraban ruidosa y bruscamente como si sucesivas corrientes de aire las estuvieran manejando.

Sólo recuerda, de aquella noche eterna, los ojos de la muchacha y la excitación sin respiro que le provocaban sus juegos y malabarismos. Tampoco sabe cuándo terminó todo ni cuánto durmió. Sólo tiene plena certeza de que al despertar estaba oscuro. Y de que no se trataba de la noche anterior sino de la noche siguiente. Que se

sentía completamente agotado, que Lina había desaparecido y que el chalet entero era un revoltijo. Trató de levantarse dos o tres veces, pero las piernas no le respondían. Se arrastró como pudo, tomándose de las paredes y los muebles, hasta el baño. Y al abrir la ducha abrió también los ojos y se vio en el espejo: tenía toda la espalda rasguñada y sangrante. Como si las garras de un animal le hubieran rastrillado la piel. Se bañó en un grito y después, con paciencia y dificultad, trató de pasarse algodón con alcohol y cicatrizantes. Se puso con mucho cuidado una camisa suelta, y se sentó en el inodoro. «Salvaje hija de puta», dijo respirando agitadamente. Tenía un susto tremendo, pero así y todo no podía dejar de sonreír con una especie de orgullo. En cámara lenta se incorporó y comprobó que los raspones no le manchaban la ropa. Después estuvo sentado un largo rato en el sillón, tratando de recuperar energías, y ya en la madrugada se armó un sándwich con pan de molde y jamón crudo, y lo devoró mientras bebía litros y litros de agua.

En el mismo instante en que el atardecer lo encegueció, Fran comenzó a ordenar el desmadre y a tratar de inventariar los robos. Cuatro horas después, llamó por teléfono a la editorial para avisarles que estaba engripado y se durmió una breve siesta sentado frente a la estufa. A las siete de la noche tuvo la seguridad de que Lina se había ido con lo puesto, y que no le había robado ni una nuez del centro de mesa.

Esa noche no pudo dormir pensando en ella. Extrañando aquel doliente goce, dándole vueltas al asunto, haciéndose preguntas. Al llegar la nueva mañana, comprobó con grata sorpresa que los rayones de la espalda ya no ardían; se puso su traje, se colocó el cuello ortopédico y caminó hasta la estación. Viajó toda esa semana a la editorial, de ida y de vuelta, sin leer una sola línea, buscando con los ojos a Lina por los vagones abarrotados o entre los pasajeros nocturnos, en los andenes y en las calles aledañas, en las esquinas de viento y en las veredas de sol. También entre las multitudes de Retiro.

Quince días más tarde, cuando ya casi la había olvidado, levantó la vista de un libro de Paul Johnson y divisó en el andén de enfrente a un hombre enorme envuelto en un gabán, que se miraba los zapatos mientras le llovía el sol del invierno. No necesitó verle la cara para saber que se trataba del grandote que los había perseguido.

El tren estaba parado y el maquinista hacía tiempo. Mi tío esperaba que el fulano levantara el rostro de cejas tupidas y barba gris, y lo descubriera. A Fran le divertía serenamente esa situación. Que lo descubriera y que una vez más se viera en la impotencia de no poder agarrarlo. Pero cuando el gigante levantó finalmente la cara, lo hizo para mirar hacia la derecha. Miraba la confluencia de seis o siete palomas que carroñeaban sobre las vías. Entonces mi tío vio lo que llevaba en el cuello. Y fue así como entendió por fin que aquel perseguidor de ojos homicidas era un sacerdote.

Fran sintió un tirón interno y salió eyectado. Escapó por un pelo de la doble guillotina de las puertas neumáticas que se cerraban y echó a correr por el andén

esperando que el tren que venía en sentido contrario no llegara de improviso y se llevara al grandote de aquella plataforma fría y soleada.

Trepó por las escaleras del puente de hierro, lo cruzó como si lo persiguiera un ejército de gurkas, bajó a los saltos y llegó justo cuando el tren que iba hacia Tigre asomaba en el horizonte. El sacerdote había dejado a las palomas carroñeras: estaba parado con las manazas apretadas y los ojos como teas, y cuando Fran estuvo cerca, lo tomó de las solapas como si fuera un muñeco. Tenía una fuerza sobrenatural ese cura. Y pronunció una sola palabra: «¿dónde?». Tenía también una gutural voz de barítono. Mi tío balbuceó una respuesta lastimosa.

—¿Dónde? —repitió el cura sacudiéndolo con violencia.

Por un momento, Fran pensó que lo arrojaría a las vías. No daba para un «no sé» ni para «es una larga historia». Encima el tren estaba frenando en la estación y los pasajeros inundarían en cualquier momento el andén.

—La calle Moreno —dijo Fran sin tiempo de reflexionar—. Una casa chorizo en San Telmo.

Los ojos desorbitados parpadearon mientras el cerebro digería. Los pasajeros ya les pasaban por al lado ignorándolos o echándoles vistazos furtivos. El cura soltó las solapas de Fran como si le ensuciaran los dedos y a continuación lo agarró de un brazo.

—Vamos —le ordenó arrastrándolo.

Mi tío no se resistía; se dejaba llevar escaleras arriba, a través del puente y luego escalones abajo hasta el andén opuesto. Era tan enérgica y hostil la marcha a la que lo obligaba el grandote que no le dejaba aliento para decir nada. Sin embargo, Fran pensaba en Lina. Se preguntaba también por qué, prendado como estaba de ella, no había tenido la claridad ni el coraje para ir a buscarla.

Mientras esperaban, el sacerdote se acarició nerviosamente la barba cana y lo indagó entre dientes:

—¿Tuvo relaciones con ella?

Fran se puso colorado, y el cura perdió la paciencia.

—¿Fornicaron? —le gritó a punto de tomarlo de nuevo de las solapas.

Fran asintió con la boca abierta. El sacerdote bajó la vista como si lo hubieran apuñalado. Después alzó la nariz y le preguntó:

—¿Cuándo?

Fran estaba tan apabullado que tardaba en responder.

—¿Cuándo? —insistió el grandote con su vozarrón.

—Hace una semana —contestó Francisco.

Ahora el cura se pasó una mano por el pelo y se agarró la nuca, como si se estuviera masajeando los terribles sentimientos que le corrían por dentro. Metió finalmente la mano en un bolsillo del gabán, miró el calendario de su agenda y la

cerró desalentado, moviendo la cabeza como si le rebotara contra una pavorosa fatalidad. Fran intentaba descifrar cada uno de sus gestos y a la vez juntaba masa crítica para hacerle las preguntas necesarias. ¿Quién era él? ¿Quién era ella? ¿Qué se proponían? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué todo era tan grave?

El tren le interrumpió los intentos. Venía lleno y tuvieron que viajar parados hasta Retiro, separados por cuerpos apretados que los iban alejando uno del otro dentro del vagón.

—Explíqueme —alcanzó a decirle en los molinetes.

El cura no le hizo caso. Se metieron en un taxi y encararon el camino de San Telmo.

—Estaba ovulando —le dijo el sacerdote.

La radio bullanguera del taxista le borraba las palabras. Apenas pudo atrapar tres conceptos sueltos: «exorcismo fallido», «plan de inseminación» y «adopciones programadas». Dijo todavía algo más acerca de los «involuntarios sirvientes del mal», pero Fran no logró oírlo.

Cuando llegaron a la calle Moreno y bajaron en la puerta de aquella casa chorizo, el sacerdote le ordenó a Fran que se quedara en la vereda. Fran no se atrevió a desafiar su autoridad, a pesar de que se moría de ganas de entrar. Esperó quince minutos preguntándose qué había hecho mal, sintiéndose culpable pero sin entender del todo cuál era su verdadero pecado. El cura salió y se quedó en el umbral hablando en veloz guaraní con una paraguaya de rulos y batón que le devolvía con notorio disgusto las preguntas y que hasta parecía retrucarle los argumentos. De pronto el sacerdote hizo una mueca de repudio, como si fuera un caso perdido y la estuviera mandando al diablo, y empezó a caminar a grandes zancadas hasta la esquina. La paraguaya cerró de un portazo y Fran corrió detrás del cura. Vio que quería tomar allí mismo un colectivo, y entonces hizo un gran esfuerzo y lo manoteó.

—Tiene que decirme algo —le imploró arrugándole la manga del gabán.

El sacerdote vio que su colectivo estaba parado en un semáforo, a dos cuadras, y entonces se dio vuelta y puso algo en las manos de Fran, pero las cerró con las suyas y lo mantuvo así agarrado, como si lo estuviera confesando, mientras lo miraba fijo y le decía tres cosas:

—El chico fue entregado. Ella desapareció. Y usted la ayudó tres veces en su propósito.

El colectivo se detuvo en la parada y Fran intentó articular una ridícula defensa. El cura lo abrazó sin compasión y le susurró al oído:

—Que Dios se apiade de su alma.

Lo soltó bruscamente, pegó un salto y se subió, y el colectivero cerró las puertas y arrancó sin esperar a nadie. Mi tío se quedó tieso y desconcertado en el cordón, y cuando volvió en sí abrió las manos y vio el frasquito con la cruz tallada. Lo alzó

para examinarlo a contraluz, lo agitó y dedujo que era una pequeña botella de agua bendita. «Qué demente», se rio con un escalofrío. «Qué delirio, qué demente.» Le costó mucho llegar a la editorial y luego concentrarse en los textos y en las erratas. Regresó a Béccar en el último tren de la noche escuchando a un pentecostal que tocaba un bandoneón y anticipaba el fin del mundo.

No tenía ganas de cenar y pasó directo de la calle al baño y a las sábanas. Una y otra vez la morocha, el bebé indefinible con aquel gorro de orejeras, los bolsos pesados y las manos y las cejas del cura lo atormentaban. Al final se durmió y soñó que le hacía bestialmente el amor a Lina y que ella sangraba y sangraba. Y que le sonreía con sus ojos resplandecientes.

De golpe a Fran lo despertó un zumbido.

Se trataba del mismo ruido intermitente y de las mismas vibraciones. A Fran el corazón le retumbaba en las sienes. Se quedó un rato sentado en la cama cerciorándose de que estaba despierto y de que aquellas regurgitaciones no eran una mera alucinación. Y después apartó las frazadas y caminó en la oscuridad. Percibió la caída de sus cuadernos negros sobre el escritorio, creyó entender que los cajones se abrían y cerraban en la penumbra, y pegó un grito al escuchar el estallido del jarrón, que las enciclopedias arrastraron en su caída. Abrió la puerta del cuarto de invitados y prendió la luz esperando encontrar a Lina, pero sólo vio que la camita crujía como si estuviera ocupada y que había un desorden reciente.

Corrió hasta el baño y se encerró con llave, y al mirarse en el espejo vio a un hombre pálido y asustado. Y también vio el frasco de agua bendita que había dejado en el lavabo, junto a las canillas. Lo destapó con cuidado y se roció la cara, el cuello, los brazos y el torso como si fuera un perfume. Lo hizo rápido y dejó caer en el cesto la botellita vacía. Después se sentó en el bidet y se tapó los oídos porque los zumbidos y el eco del choque de los objetos iban en aumento y atravesaban la madera.

No recuerda cuándo cesaron esos ruidos inexplicables. Pero puede precisar el instante exacto en que empezó el frenesí.

Comenzó a rascarse histéricamente una mano y luego la otra, y vio que tenía ronchas como picaduras de mosquito, y que el cuello y el pecho eran un mapa de puntos rojos. Supuso que se trataba de una alergia nerviosa, e intentó por todos los medios no rascarse, pero la picazón era irresistible y comenzó a restregarse el cuerpo con el cepillo de la bañera. Cuanto más se rascaba, más le picaba y más se inflamaba. Se desnudó por completo para poder rascarse a gusto. Tenía una hinchazón notable en los testículos y en las axilas. Y ya le ardía la espalda y se rascaba contra los ángulos de los muebles y de las paredes, y pegaba alaridos mientras las uñas desgarraban la piel a tiras. Abrió desesperado el botiquín y se tomó de un trago todo un frasco de benadryl, y después sacó una tijera, la abrió y comenzó a raspase con ella los brazos

y las piernas, y las plantas de los pies. La picazón era tan grande que salió del baño corriendo y se tiró en el piso para arrastrarse por la alfombra en busca de algún tipo de alivio. Se rascó la cara y el cuero cabelludo, y empezó a sentir que se le cerraba la garganta, como si la urticaria también le creciera en el interior del cuerpo.

Enloquecido por la comezón, salió a la calle desierta y corrió desnudo, gritando, y se desvaneció en la puerta de un locutorio cerrado y oscuro.

Lo tuvimos una semana en terapia intensiva. Se había autoinflingido heridas muy serias, tenía pulmonía y un cuadro psicológico que incluía intentos de suicidio. Le dieron una inyección de decadrón cuando el ataque ya había terminado, y un psiquiatra lo escuchó durante varias semanas y le habló de la culpa. Francisco pidió licencia en la editorial y me lo traje a casa unos meses porque no quería volver a su chalet. Fue regresando progresivamente a su trabajo y a su hogar de solterón, de a poco, con marchas y contramarchas, progresos y retrocesos, hasta que una noche nos quedamos juntos a dormir en Béccar y diez días más tarde Fran se apropió de su casa, de su soledad y de sus libros, y retornó efectivamente a su vida anterior.

Le devolvieron el Gol negro y abandonó el tren. Y un día, seis meses más tarde, mientras venía por la avenida Maipú se detuvo en un semáforo de Vicente López y descubrió a Lina sentada a una mesa de un bar de mala muerte. Se la veía a través de los sucios vidrios de las ventanas. Lina estaba sola y tenía delante un capuchino espumoso. Fran tardó todavía unos segundos en verificar que fuera ella. Pero en esos segundos la morocha giró como si lo presintiera, le clavó los ojos y le sonrió sin ternura. Estaba embarazada y se acariciaba la panza voluminosa mientras le daba picotazos al capuchino. Llevaba el pelo trenzado y tirante.

Fran hizo como que no la veía.

Fabricantes de vampiros

Alberto Laiseca

Recorrían los caminos y los pequeños pueblos de la Alemania medieval. Eran tres: Severo, Angélico y Piadoso.

Poseían dos carromatos que contaban con todos los elementos de su oficio. Allí también comían y dormían.

Estos vehículos ostentaban carteles en su parte externa que decían: «Doctores en vampirismo», «Destruyores de muertos que caminan, chupasangres y devoradores de carne humana».

Pero con ellos ocurrían cosas raras, que movían a la suspicacia. En aldeas tranquilas, donde jamás ocurría cosa alguna, no bien llegaban los siniestros carromatos, se producía una ola de vampirismo. Chicas jóvenes eran encontradas desnudas, en sus camas, y sin una gota de sangre. Heridas en el cuello, que bien podrían ser producidas por dientes, o por cualquier otra cosa. Unos pocos hombres se encontraban en las mismas condiciones. Muy pocos hombres.

Como es natural, los aldeanos, muertos de miedo, llamaban a los «doctores» para el examen de los cadáveres. El diagnóstico era siempre el mismo: vampirismo. Y debía procederse de inmediato antes de que la enfermedad se propagase: estacas en el corazón, cortada de cabezas y llenar la boca del muerto (o de la muerta) con ajo.

Curiosamente, las hijas de los muy ricos sobrevivían. También heridas en los cuellos y debilitadísimas, pero vivas. Cuando despertaban de sus desvanecimientos, sostenían haber sido violadas y dolorosísimamente mordidas por demonios horribles.

Los afligidos padres ofrecían fortunas a los «doctores» para que, mediante exorcismos, preservasen a sus niñas de nuevos ataques. En un latín que ellos llamaban «arcaico» (ni el cura lo entendía), trazaban sobre las víctimas lo que denominaban «un arco de luz y protección».

Debía de ser todo cierto, pese al aire de charlatanería, puesto que las chicas no volvían a ser molestadas y, en poco tiempo, se recuperaban de la pérdida de sangre.

El secreto de los «doctores» era muy sencillo. Habían inventado una larga y gorda jeringa de cobre, con émbolo del mismo material. Le adosaban una aguja también de cobre, con punta muy filosa y cortada en bisel. Esta última era demasiado gruesa como para insertarla en la vena, de modo que previamente se abrían paso con un cuchillo, pero tajeando con poca profundidad. Luego de desnudar a la víctima y violarla varias veces, procedían a sacarle litros y litros de sangre con la gigantesca jeringa. El líquido extraído se guardaba en grandes frascos que se cerraban de manera bastante hermética.

Seguramente practicaban, además, hipnotismo casero, alguna droga de esas que distorsionan la percepción, sumado esto a un chapuceo incomprensible en mal latín y disfraces de diablos cornudos. Las supersticiones de la época hacían el resto.

Si alguna chica violada sobrevivía (algunas *debían* hacerlo, puesto que, como dijimos, ello era parte del negocio), ella juraba haber sido poseída por el Príncipe de las Tinieblas en persona. Y lo peor es que se lo creía.

Con mucha frecuencia, a causa de estos contactos ilícitos, nacía un niño o una niña. El destino de estos desdichados era terrible: quieras que no, eran arrancados de los brazos de sus madres, y de las leches de sus pobres tetas, y quemados vivos.

Pero después de un mes de jolgorio —violaciones, dinero mal habido y asesinatos—, por supersticiosos que fuesen los aldeanos, ya muchos se empezaban a preguntar cómo, en un lugar tan tranquilo, todos los demonios se habían desatado justo con la llegada de los «doctores» Severo, Angélico y Piadoso.

Claro que ellos ya tenían preparada su obra maestra y despedida. Dijeron que el monstruo estaba presto para descargarse. La llegada de los «doctores» lo aterrorizó haciéndolo salir antes de tiempo. Ellos, con sus poderes, averiguarían en quién se había camuflado el maldito.

Para ello eligieron a una pobre vieja, medio loca y sin familia, que vivía en una cueva.

—¡Aquí! ¡Aquííí...! ¡Aquí está el mal encarnado! —gritaron los tres benefactores.

A una orden de Severo, la anciana fue desnudada («Porque el demonio puede esconderse en un pedazo de ropa»). La ataron sobre una mesa formando una equis. La viejita protestaba débilmente. No entendía el porqué de tanta severidad para con ella. Estaba loca, sí, pero jamás le había hecho daño a nadie.

Siempre por orden de Severo, Angélico y Piadoso, penetraron con sendas agujas de hierro los pezones de la pobre vieja. Pero sus alaridos no duraron demasiado: con dos fuertes enviones atravesaron la totalidad de los mustios pechos y llegaron al corazón.

Dijeron que, en esa aldea al menos, habían cumplido con su deber. Subieron a los carromatos y partieron raudos antes de que los demás pudieran arrepentirse de su pasividad.

Por algo Severo era el jefe. De lejos el más inteligente de todos, no ignoraba que en esa oportunidad casi los pescaron. Todo había salido bien —en tal sentido la vieja fue providencial—, pero gracias a una enorme dosis de buena suerte. «La próxima vez no sé qué tal nos va a ir», razonó Severo y así se los dijo a sus ayudantes.

—¡Pero, Maestro! —protestaron Angélico y Piadoso—. ¿De qué vamos a vivir?

—No sé. De otra cosa. Debemos reformarnos y cambiar de vida. Este solo propósito de enmienda ya me hace sentir más bueno. Y por favor: recuerden siempre

que el cielo ayuda a los suyos.

Reformarse era, pues, cosa decidida. Ahora bien, ¿la bondad cómo? ¿Qué camino, qué orientación le darían a la recién adquirida bondad?

—Lo mejor será fabricar un prostíbulo de chicas zombis.

Los otros se asombraron.

—Pero, Maestro... —protestó Piadoso débilmente—. Tengo entendido que la zombi no nace: se hace. ¿Usted sabe hacerlas?

—Por supuesto. En mis viajes por Italia visité Florencia. ¡Ah!, ésa sí que es una ciudad civilizada. Son los primeros en pintura, arquitectura, suplicios. Pero antes que nada dejen que les hable de las virtudes de la zombi por sobre cualquier otra mujer. Son trabajadoras inagotables, a quienes además se puede morder y pegar. Siempre sonríen y jamás protestan, cosa que las hace invaluable para cualquier cliente. Muchos terminan casándose con ellas. Nosotros lo permitiremos. Por un cierto y adecuado precio, claro está. Muchos hombres de vidas confusas han logrado paz, encarrilamiento y fe gracias a estas chicas. Incluso es un bien para ellas mismas, puesto que son liberadas de la tarea de pensar. Sus vidas se ordenan mediante la obediencia absoluta. Leo en sus caras la gran pregunta: «¿cómo?». En efecto: ¿cómo se logra este acto de alquimia?, muy sencillo. Mis amigos y maestros florentinos han inventado para los más difíciles interrogatorios un recurso magnífico. Lo llaman «el sueño italiano».

La Inquisición hace ya mucho tiempo que sabe que de un detenido o detenida se puede obtener cualquier confesión mediante el muy simple medio de arrancarle las uñas o la totalidad de los dientes y muelas, uno por uno. Para los casos más grandes de reticencia, se procede a la introducción de un hierro candente en la vagina o en el ano. Pero así el paciente queda definitivamente deteriorado, se convence del todo de su error e incluso incurre en el mal gusto de morirse.

Nada de esto, por lo general, ocurre con «el sueño italiano». Consiste en un alto cilindro que se abre longitudinalmente. Adentro está lleno de pinchos filosos, pero ha sido calculado para que no toquen a la víctima si ésta se queda quietita. A la chica, sea un ejemplo, se la mete desnuda y luego se cierran las dos mitades. Ya dijimos que si te quedas de pie, sin moverte, los filosos pinchos no te pinchan. Pero este estado de absoluta quietud no es natural. Todo en uno tiende a la movilidad y al jolgorio. Además alguna vez hay que dormir. Muslos, piernas, trasero, espaldas y pechos sufren dolores agudísimos que se van acentuando con el paso de los días. Algunas chicas sufren accidentes. Son las no aptas para la zombificación. Pero eso está previsto y siempre se puede hacer algo con ellas.

Nuestros amigos habían juntado bastante dinero en sus correrías. Por otro lado, Severo resultó enemigo de las expansiones. Avaro, en realidad, y el que mandaba era

él. De modo que compraron un buen trozo de tierra en las afueras de cierta aldea y mucha madera.

Contrataron gente para levantar el Castillo del Placer. Éste iba a ser el prostíbulo de las zombis, naturalmente. Aquélla era una construcción altísima, contrahecha y que, si no se venía abajo, era gracias a la superabundancia de clavos. Resultaba una suerte de megalomanía idiota.

Siempre en el interior del predio, pero en las afueras del castillo, cavaron un misterioso pozo de treinta metros de hondo.

En realidad, la fabricación de zombis costó mucho más de lo que se creía en un principio. Por de pronto muchas chicas se volvían locas con el encierro: falta de descanso, claustrofobia, histeria, a punto tal que ellas mismas se largaban contra los pinchos buscando la muerte. Las que no lo conseguían salían tan deterioradas que ya no podían interesar a hombre alguno.

Pero tanto muertas como piltrafitas pateables eran aprovechadas por el ingenio de Severo, quien siempre les encontraba utilidad. Inventó lo que él llamó «El guiso de los doctores». Cortaban pechos y caderas en pequeños cubos y de todo ello salía una comida exquisita. El resto no aprovechable de las muertitas iba a parar al pozo, juntamente con grandes bloques de cal viva.

También había triunfos, naturalmente. Unas pocas chicas salían del encierro totalmente bobas y listas para trabajar. Fieles a sus costumbres, los tres inseparables las hicieron suyas durante varios días antes de entregarlas a las fieras.

Al principio el negocio marchó muy bien. Los clientes estaban encantados con esas muchachas tan raras y sometidas, que no protestaban les hiciesen lo que les hicieran. El problema empezó al año más o menos, cuando la totalidad de los aldeanos (hombres y mujeres) contrajo la sífilis. Desesperación y furia.

Entonces tuvo lugar una escena que hemos visto muchas veces en el cine con las películas basadas en la historia del doctor Víctor Frankenstein. Una noche los furiosos aldeanos salieron todos juntos, empuñando antorchas y horquillas, y el Castillo del Placer ardió por los cuatro costados. Las zombis serían muertas que caminan, si a usted se le antoja, pero era cosa de oír cómo gritaban.

En realidad los aldeanos fueron bastante injustos. De la sífilis no podían culparse más que a sí mismos por ir a un prostíbulo.

Buscaron a los «doctores» por todos lados con el objeto de enterrarlos vivos, pero hasta eso había sido previsto por nuestro genio Severo: un túnel secreto y larguísimo llegaba hasta las afueras de la aldea y allí los esperaban los carromatos.

—Maestro, Maestro... —dijo Piadoso muy compungido y luego que se hubieron puesto en seguridad—, ya ve que es inútil querer reformarse. Uno está marcado y no lo dejan.

—Es cierto —homologó Severo.

—Ahora yo digo, no, se me ocurre —terció Angélico—, ¿y si fundamos una posada, donde el plato fuerte sea «El guiso de los doctores»?

—La idea no es mala, en principio —comentó Severo—. Pero el problema es siempre el mismo: no es fácil conseguir materia prima.

Pero Angélico no aflojaba así nomás.

—¿Y si nos casamos y tenemos muchos hijos?

—Nooo: la demanda siempre va a superar, con mucho, a la oferta —dijo Severo—. Además habría problemas con las madres: siempre se encariñan con la cría, etcétera.

Piadoso preguntó:

—¿Y si fundamos un asilo de huérfanos?

—Tampoco —desaprobó Severo—. Los huérfanos nunca son tantos y además hay mucha vigilancia. No. Imposible. Mucho me temo que nos veremos obligados, nuevamente, a ser doctores en vampirismo.

Y así lo hicieron, los tres, aunque desilusionados y bajo protesta.

Ésta fue la manera como, luego de muchas y productivas aventuras, cuatro años más tarde nuestros bienaventurados monstruos llegaron a una aldea de Baviera.

Los aldeanos eran raros, casi no hablaban y estaban poseídos por el temor. Les extrañó mucho que después de vaciar a las primeras chicas nadie viniese a consultarlos. Ni siquiera los padres de vampirizadas ricas.

—Aquí las chicas son muy lindas —comentó Severo—, pero mucho más interesante es el dinero. Si siguen sin pedirnos ayuda, en cuatro días nos vamos.

Esa noche dieron con una víctima lindísima. No parecía una suicida. Más bien semejaba una idiota bien dispuesta. Se desnudó sola, sin necesidad de que le arrancasen la ropa. Sólo dijo:

—No me lastimen, por favor.

Transmitía una onda increíblemente erótica.

Empezaron. Pero mientras más se lo hacían, más necesitaban hacérselo.

Mucho más tarde descubrieron que nadie, ningún hombre, puede tener tantas relaciones seguidas con una mujer. Estaban tirados en el piso, sin una gota de energía. No podían moverse. Indefensos por completo.

Ella se les rio en la cara y les dijo:

—Aldeanos supersticiosos, ¿cierto? ¿Saben por qué aquí nadie les pidió ayuda? Porque sabían que iba a ser inútil. Después de todo los felicito: vivieron varios años sacando partido de la leyenda. Pero siempre llega la hora de pagar.

Estaba muy enojada. Que no creyeran y además se burlaran lo tomó como una falta de respeto. «Pecadillos» como zombis y guisos la tenían sin cuidado. No era lo suyo.

Sí. Ella era una «leyenda» con muchos caninos, felinos y molares. Chiste esquizofrénico. En realidad, quisimos señalar su boca dotada de incontables dientes. Hasta un cocodrilo se habría asustado. Con lentitud, casi con delicadeza, los mató a los tres.

Alquiler temporario

Claudia Piñeiro

Sube sola. Martín le dijo que esperara abajo, que él subía primero con las valijas y que enseguida la venía a buscar. Pero ella, ahora, no quiere esperar. ¿Qué cosa peor le puede pasar? El ascensor se mueve con lentitud. «Lo deben haber incorporado al edificio años después de construido», piensa. Y en ese pensamiento se queda, o intenta quedarse, se esfuerza por ocupar su cabeza con algo que le importe tan poco como un ascensor. Si lo logra, tal vez por un rato no piense en otra cosa. Mientras sube, se concentra en ese tema tratando de imitar la sintaxis arrevesada que encuentra en casi todos los libros que corrige para la editorial donde trabaja: «Es común que en edificios como el edificio en cuestión, construidos entre los años treinta a cincuenta y de pocos pisos, ante la insistencia de nuevos propietarios o inquilinos menos dispuestos al sacrificio de subir escaleras, los vecinos acuerden, después de una larga reunión de consorcio, perder algo de la elegancia de esas construcciones a cambio de ganar un ascensor hidráulico». Como el que ese día de mayo lleva con lentitud a Natalia hasta el piso donde está su nuevo departamento. «Mi nuevo hogar», se dice con ironía. Ella no quiere tener un nuevo hogar. Pero en algún sitio hay que dormir, comer, ir al baño. El departamento al que está llegando es apenas una transición, un paso intermedio entre el que compraron con Martín cuando se casaron, tres años atrás, y el próximo, el que algún día tendrán. Ella coincidió con él en que no era bueno volver del sanatorio a su casa, pero ninguno de los dos estaba en condiciones de salir a buscar un lugar donde nada les recordara al niño que murió. «El niño que murió», así lo nombra. O mejor dicho no lo nombra. Así lo piensa. No con el nombre con que lo anotaron dos años antes, Julián. Ni tampoco lo piensa como «mi hijo». La única manera en que logra nombrarlo, o pensarlo, es de esa forma: el niño que murió. Como si esa construcción lingüística, esa frase copulada, le permitiera alejarse de su hijo, colocarlo a una distancia prudente de ella, para así lograr que no se le haga un nudo en la garganta y llorar otra vez. Lloró días y días por Julián. Por el niño que murió, en cambio, no llora.

Cuando el ascensor se detiene en el tercer piso, Martín está parado del otro lado de la puerta.

—Te dije que enseguida bajaba a buscarte.

Ella no contesta. Lo agarra de la mano y deja que la lleve hasta la puerta del tercero B. El camino es sencillo, sólo dos departamentos por cada uno de los cuatro pisos del edificio. Martín mete la mano en el bolsillo y saca el manajo con dos llaves que le dieron en la inmobiliaria: la de la entrada del edificio y la del departamento.

Elige la que corresponde y abre. Natalia se queda mirando el llavero, que oscila como un péndulo en la cerradura, debajo del picaporte, mientras él hace girar la llave: una cruz de bronce, antigua, con perlas rosadas y celestes.

—¿De dónde salió ese llavero? —pregunta.

—Ni idea, me lo dieron así en la inmobiliaria. Muy incómodo y pesado, después lo cambio.

—No hace falta. Tampoco vamos a estar tanto tiempo acá, ¿no?

—Tampoco vamos a estar tanto tiempo acá —repite Martín y le acaricia el pelo.

Natalia entra y, sin descolgar su cartera del hombro, se toma unos instantes para hacer un reconocimiento del lugar. A pesar de que las ventanas no son grandes, el ambiente principal tiene buena luz natural. Los muebles son como los que Natalia se imagina que tienen todos los departamentos de alquiler temporario: sillones de cuerina blanca, mesa laqueada, una maceta con una planta verde de interior que ella no sabe cómo se llama, un plasma, adornos modernos, un espejo con marco patinado de bronce y no mucho más. Un ambiente despojado, más cercano a una foto de una revista de decoración que a una casa vivida, donde se van juntando cantidades de cosas a lo largo de los años y que se conservan no por utilidad ni por un sentido estético, sino por la historia que encierran. Por eso no pueden volver a su casa, porque detrás de cada objeto hay algo: una anécdota, un recuerdo, una palabra balbuceada por el niño que murió. Y los días que pasaron en la casa de la madre de Natalia fueron suficientes; con esfuerzo lograron llevarse bien, no llorar unos delante de otros, no mencionar delante de ella a Julián, bajo ningún aspecto. Pero todos sabían que esa calma prefabricada no podía durar más que unos días. Por eso Martín se apuró en alquilar un lugar para ellos. Sólo ellos dos, lo que quedaba de esa familia que cuando apenas empezaban a formar se desarmaba. Un departamento alquilado sería menos peligroso que volver a casa. Un lugar de paso, de esos que se contratan por un tiempo breve, a un costo alto pero que vale la pena pagar hasta decidir qué hacer.

El dato del departamento les llegó por un extraño azar. Martín hablaba con un amigo en la cocina de la casa de sepelio donde velaron al niño que murió. La encargada de la casa de servicio fúnebre preparaba café junto a ellos.

—Disculpe, no pude dejar de oír lo que hablaban —dijo—. Mi hermana maneja una pequeña inmobiliaria especializada en alquileres temporarios; si le interesa el dato, le puedo pasar su teléfono.

Martín la miró y no contestó. Le molestó que la mujer se inmiscuyera en la conversación. Ella se dio cuenta, bajó la cabeza, volvió a la jarra de café y no dijo más. Pero a los pocos días Martín estaba allí, en la casa de sepelios, preguntando por ella. Y la mujer, sin mostrar asombro ni rencor por el destrato anterior, sacó la tarjeta de la inmobiliaria del bolsillo de su blazer, como si lo hubiera estado esperando.

El primer llanto lo escuchan esa misma noche, a las dos o las tres de la mañana. Natalia apenas se acababa de dormir, o así se siente cuando con esfuerzo logra abrir los ojos. Ella lo oye primero. El llanto de un chico, o de una chica, no se termina de dar cuenta. No es un bebé, de eso sí está segura; el llanto de un bebé no se confunde con nada. En cambio ese llanto es débil, casi suspirado, como si quien lo emite estuviera pidiendo perdón. O clemencia. No se atreve a despertar a Martín, está segura de que le dirá que se duerma otra vez, que no hay ningún llanto, que seguramente lo soñó. No mencionaría al niño que murió pero estaría pensando en él, en que Natalia escuchó en sueños el llanto de Julián, que lo soñó, que lo seguirá soñando un tiempo más. Natalia se sienta en la cama, levanta la almohada y se apoya contra el respaldo. Abre bien los ojos para estar absolutamente segura de que está despierta. Y sigue escuchando el llanto que llega desde el otro lado de la pared que separa ese departamento del tercero A. Recién cuando el sonido pasa del llanto susurrado al grito es que Martín se despierta.

—Lloran en el departamento de al lado —dice ella.

Él no dice nada pero también se incorpora en la cama.

—¿Qué hacemos? —pregunta Natalia en el momento que un grito interrumpe el llanto.

—Nada, dice él. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Estará solo?

—Parece el llanto de una mujer.

—Es el llanto de un chico.

—No sé. Puede ser.

Natalia está por levantarse para acercarse a la pared, pero en el momento en que lo va a hacer, el llanto cesa. Entonces gira y mira a Martín, pero no dice nada, sólo espera que él diga.

—Listo. Ya pasó.

Ella asiente y luego se deja deslizar entre las sábanas hasta quedar otra vez en posición horizontal.

Al día siguiente Martín se va a trabajar temprano. Ella tiene licencia por dos semanas más. Nadie en la editorial puso ningún reparo cuando dijo que se iba a tomar el tiempo necesario hasta estar mejor. De todos modos tenía en la computadora algunos PDF para corregir. Si se sentía con ánimo, les había dicho, trabajaría desde su casa. Aunque en realidad cuando dijo «su casa» no se refería a la suya, a la verdadera, a la que habitaban hasta hacía muy poco con Martín y el niño que murió, sino a ese departamento transitorio.

Cerca del mediodía Natalia baja a comprar algo para comer y provisiones para la

cena. Cuando está esperando el ascensor, se abre la puerta del tercero A. Sale primero una mujer, una mujer con unos grandes anteojos negros que lleva a dos varones, uno colgado de cada brazo. Y detrás de ellos dos chicas: una de unos trece años y otra de unos cinco. Los cuatro chicos parecen vestidos con la ropa de la misma tienda clásica: mocasines lustrados, camisas prolijas los varones y blusas con volados las mujeres, todas de mangas largas. Los chicos llevan pantalones de sarga gris, y la mujer y las nenas polleras largas y amplias. Todo el atuendo parece de otro tiempo. Natalia saluda con un «hola, buen día». La mujer mueve la cabeza, o eso le parece. La niña mayor y los varones ni siquiera la miran. Sólo la más chica le contesta el saludo:

—Buen día —dice y le sonrío.

Como no entran todos en el ascensor, los dos varones y la mujer, sin soltarse del brazo, bajan por la escalera. Encerradas en ese espacio estrecho, Natalia intenta adivinar quién ha llorado la noche anterior. Busca algún indicio pero no encuentra ninguno. Antes de que el ascensor se detenga en la planta baja, se atreve a hablarle a la nena que no le saca los ojos de encima:

—¿Todo bien? —dice.

—Todo bien —responde la chica, pero ella no le cree.

En el palier de la entrada ya están esperando los varones y la mujer. Natalia se demora cerrando la puerta del ascensor. Mira hacia la entrada del edificio: detrás del vidrio la nena la saluda con la mano, mostrando la palma, el pulgar hacia arriba, levantando y bajando los otros cuatro dedos juntos, en lo que podría ser no sólo un saludo, sino también ese gesto que se hace cuando se le pide a alguien que venga, que se acerque.

La segunda noche Natalia toma una pastilla para dormir, así que si alguien llora en el departamento de al lado, ella no se entera. No sabe entonces que Martín sí oye llantos otra vez porque a la mañana siguiente ella no le pregunta y a él no le parece prudente comentárselo. Intenta corregir un original, un ensayo sobre arquitectura colonial en el Río de la Plata, pero no puede pasar de los dos primeros capítulos. El resto de la mañana mira televisión, o al menos tiene el aparato prendido delante de ella. A la tarde, después de almorzar las sobras de la noche anterior que Martín guardó prolijamente en la heladera, es que escucha unos ruidos que le llaman la atención: un zumbido, como si algo cortara el aire con velocidad, y después un golpe seco. Se acerca a la pared que da al departamento vecino, está a punto de apoyar la oreja sobre la medianera, pero se siente ridícula y decide que es mejor olvidarse de los vecinos y salir a caminar. En el palier siente el zumbido con más nitidez, más firme el golpe, y después del golpe un suspiro y un «ay» cansado, como si quien lo pronuncia ya no tuviera fuerza para decirlo. Cuando está cerrando la puerta del ascensor, le parece que alguien abre, apenas, la puerta del tercero A y la espía a través

de una pequeña rendija. Pero no se detiene y, en cuanto llega a la planta baja, sale del edificio apurada. Cruza la calle y mira hacia la ventana del tercero A: detrás de la cortina puede ver la silueta de la nena menor. Se queda mirando, la chica la saluda de la misma manera que la saludó antes, subiendo y bajando los cuatro dedos juntos hacia la palma como quien dice «vení».

Esa noche le cuenta a Martín.

—Son gente rara, ¿no te parece?

—Qué sé yo —le contesta él—. ¿Quién no es un poco raro?

Martín se ofrece a lavar los platos. Natalia se da una ducha. Cuando se acuesta, Martín le da un beso en los labios, el primer beso en los labios desde que se murió su hijo, y luego se acurruca junto a ella. Un par de horas después empieza el llanto. La misma voz. Pero esta vez se oye con claridad: «Basta, basta». Y luego otra vez el llanto.

—¿No habría que hacer la denuncia? —pregunta Natalia.

—¿Y qué denunciarnos? ¿Que alguien llora por las noches?

—Llora y dice basta.

—No creo que sea suficiente para que nos acepten una denuncia.

—Le pueden estar haciendo daño...

—No creo... Hay muchos chicos que lloran de noche... que tienen pesadillas.

—No parecen pesadillas.

—Tampoco parece otra cosa. Llora y dice basta, no es algo tan tremendo.

Natalia no insiste pero al día siguiente va a la comisaría más próxima y cuenta lo que escuchó.

—Acá no se toman denuncias por ruidos molestos, para eso tiene que ir a la Municipalidad.

—No quiero denunciar el ruido, sino que en esa casa pasa algo por lo que alguien llora.

El policía que la atiende la mira con una mezcla de asombro y desprecio.

—O sea que lo que usted quiere denunciar es que alguien llora. Señora, ¿se imagina la cantidad de gente que debe llorar de noche en esta ciudad?

Natalia se convence de que no vale la pena seguir insistiendo, Martín tiene razón: que alguien llore por las noches y diga «basta» no es motivo suficiente para que acepten una denuncia.

Al volver al departamento se encuentra con la familia del tercero A en la entrada del edificio. Los varones otra vez uno a cada lado de la mujer, colgando de sus brazos del modo en que antes se iba por la calle con un novio. La nena la mira y le sonríe. Mientras tanto la chica más grande abre la puerta de entrada. Natalia se sorprende al verla girar la mano sobre la cerradura: tiene un llavero idéntico al que les dieron a ellos en la inmobiliaria, la cruz pesada y antigua, con las perlas rosas y celestes.

Decide que no va a entrar con ellos, que va a ir a la inmobiliaria a hacer algunas preguntas y, si es necesario, a pedir explicaciones.

—¿No entrás? —le dice la nena sosteniendo la puerta una vez que pasa el resto del grupo.

—No, no, me olvidé de comprar algo —responde ella y se queda un instante ahí, frente a la puerta, como perdida, hasta que la nena la saluda con su mano, como siempre, y entonces Natalia reacciona, le sonrío y empieza a caminar hacia la esquina.

A media cuadra del edificio se da cuenta de que no sabe hacia dónde camina. Llama a Martín. Le pide la dirección de la inmobiliaria. Le da una excusa: que la heladera hace un ruido extraño y que quiere resolverlo antes de que deje de funcionar. Él le dice que no se preocupe, que se encarga de llamar por teléfono para que lo solucionen, pero Natalia insiste y usa las palabras justas para que Martín se convenza:

—Me va a hacer bien dar una vuelta y ocuparme.

No se le ocurre pensar con qué argumento pedirá en la inmobiliaria datos sobre sus vecinos del tercero A, va hacia allá, se deja ir; por eso, cuando ya está sentada al escritorio frente a la encargada y única empleada a la vista, se sorprende ante la pregunta «¿en qué puedo ayudarla?», y se queda muda. Sólo después de un instante que le parece demasiado largo, logra armar un argumento.

—Estoy viviendo en el edificio de Las Heras 2081, en el tercero B.

—Ah, sí, usted es la señora a la que... —dice la empleada y se detiene en medio de la frase.

—Sí, ésa soy... —contesta Natalia y se da cuenta de a quién le hace acordar esa mujer: a la encargada de la funeraria donde velaron al niño que murió. Martín le había dicho que eran hermanas, pero ella lo tenía olvidado o perdido en algún lugar de sus pensamientos.

—Disculpe.

—Está bien... Supongo que no tendrá de cliente todos los días mujeres a las que se les muere un hijo...

—No crea... —dice la mujer, y no queda claro si seguirá o no dando explicaciones porque Natalia prefiere interrumpirla y cambiar de tema; ella no está ahí para hablar del niño que murió, sino de sus vecinos.

—Estamos bien en el departamento, pero me gustaría pasarme a uno con vista a la calle. ¿El tercero A cuándo se desocupa?

—Bueno, tendría que ser otro. Ese departamento no está en alquiler.

—Ah... ¿está segura? Tienen el mismo llavero que nos dieron a nosotros —dice, y le muestra el suyo—. ¿No es el llavero de la inmobiliaria?

—No, no tenemos llaveros propios. Es que su llavero también es de ellos, sus vecinos son los dueños del departamento que usted ocupa.

—Los padres de los chicos...

—Es una situación compleja... Una sucesión... Nosotros la administramos, tenemos un poder general, así que usted no se haga problema por su alquiler. Pero mudarse al frente es imposible.

—¿La mujer que está con ellos no es su madre, entonces?

La mujer acomoda unos papeles sin levantar la vista. Y al rato pregunta:

—¿En qué otra cosa la puedo ayudar?

—Uno de los chicos llora de noche...

—Muchos chicos lloran de noche... es normal —dice la mujer con un tono educado, pero que deja claro que no le contestará más preguntas acerca de sus vecinos.

Tal vez porque no obtuvo ninguna respuesta a las preguntas que la llevaron hasta allí, es que recorre las cinco cuadras hasta su casa pensando en el niño que murió. «Muerte súbita», dijeron los médicos, pero saber que el niño dormía en el cuarto contiguo, a pocos metros de la cama en la que ella dormía con Martín, y que no se despertaron, que no intuyeron que el niño moría junto a ellos, que no hicieron nada, ni siquiera acompañarlo en la partida, la hacía sentir culpable. Y sentir que Martín también lo era. Él había cerrado la puerta del cuarto, la cerraba cada vez que tenían sexo; cuando Martín se levantó al baño, ella le pidió que la abriera. Pero él volvió, se metió otra vez en la cama sin hacerlo y ella no presintió que, si él no lo hacía, ella debía levantarse y abrirla. Alguien tendría que haberlo hecho. Si hubiera estado abierta, tal vez, quién sabe, aunque los médicos digan que no, que una muerte súbita no tiene explicación ni puede evitarse, quién sabe. Tal vez si la puerta hubiese estado abierta.

Llega al departamento y va directo a la computadora. Está acostumbrada a hacer búsquedas al azar para encontrar datos absurdos, pero tan necesarios en su trabajo de corrección literaria como el diccionario de la RAE. Se da cuenta de que ni siquiera tiene el apellido de esos chicos. Busca el contrato de alquiler, no hay mucho dónde buscar: ese departamento está casi vacío, algunos cajones incompletos, las mesas de luz apenas estrenadas. Allí lo encuentra, en la mesa de luz de Martín, tiene suerte de que no se lo haya llevado a la oficina. Las partes del contrato son Martín, el locador, y Harris Bienes Raíces, locataria con mandato otorgado por escritura de fecha... Sigue buscando, nada. Vuelve al nombre de la inmobiliaria: Harris. Ese nombre le suena, lo googlea. Funeraria Harris: la funeraria en la que velaron al niño que murió. Baja en la lista de respuestas a su búsqueda. Más menciones a la funeraria, a la inmobiliaria o a ambas. Una respuesta llama su atención y se detiene. Es el link de la sección policial de un diario: «Aparecen muertos dos de los principales accionistas del grupo empresario Harris». Y luego en el copete: «Juan y Valeria Harris, el director del grupo Harris y su esposa, son hallados sin vida y con evidentes signos de

tortura». La nota aporta más detalles, con fotos del departamento, de los cuerpos lacerados, de las sillas donde los secuestradores ataron al matrimonio Harris manchadas de sangre y las sogas que los sujetaron enroscadas sobre ellas. Nunca se pudo resolver el caso, no encontraron más huellas que las de la propia familia; la puerta y las ventanas no fueron forzadas, tampoco robaron nada ni dejaron otros rastros de violencia más que los cuerpos torturados. A los cuerpos les faltaba piel e incluso carne en los brazos, las piernas, las plantas de los pies y hasta en la cara. Por el tipo de corte, la policía estimó que la flagelación había sido hecha con hojitas de afeitar, pero no las encontraron en el departamento. Concluyeron que el móvil más probable fue un ajuste de cuentas o una venganza.

Después de varias entradas con datos repetidos, encuentra en un blog especializado en casos policiales detalles de las torturas practicadas sobre los muertos y un dato que le llama aún más la atención que los sufrimientos infringidos sobre ellos: los padres de sus niños vecinos, si es que eran sus padres, además de las marcas de torturas recientes, presentaban marcas más antiguas, quemaduras, cicatrices, rayas en la espalda compatibles con golpes de vara o látigo. El autor de la nota especulaba con que los padres venían siendo sometidos a flagelaciones reiteradas y que una de ellas fue la que los llevó a la muerte. En un párrafo final agregaba que en generaciones anteriores otros miembros de la familia habían muerto de manera dudosa y que en todos los cuerpos se habían encontrado marcas de torturas. Aunque la evidencia era clara, luego de seguir esa pista durante un tiempo, la policía la descartó con otro argumento: el matrimonio Harris había sido miembro en la juventud de un grupo religioso muy cerrado, que considera la autoflagelación como un camino hacia el amor de Dios. En el blog se insinuaba que el poder de ese grupo religioso había logrado que no se siguiera investigando en esa dirección.

Natalia abre algunas respuestas más a su búsqueda y encuentra la foto de los padres muertos: el señor Harris es muy parecido a la encargada de la inmobiliaria y a la de la funeraria. ¿O le parece a ella? Ya no sabe. Se siente mareada, con el estómago revuelto. ¿Cómo sobrevivieron esos chicos a tanta maldad practicada sobre sus padres? ¿Lo sabrían? ¿O apenas sabrían que habían muerto y no las circunstancias? ¿Quién es esa mujer que se ocupa ahora de ellos?

Cuando llega Martín, Natalia no le da respiro, apenas lo saluda empieza a hablarle de todo lo que descubrió y no para hasta contarle el último dato. Luego le hace a él las mismas preguntas que ella no puede dejar de hacerse.

—Esa mujer que cuida a los niños, no me gusta... ¿Qué pasa si ella es la que torturaba a los padres y ahora hace lo mismo con los niños?

—¿Por qué se te ocurre algo así?

—No es cariñosa con ellos, no parece quererlos. Me duele la cabeza de estar todo el día pensando qué pasa en ese departamento. No quiero dejar otra vez la puerta

cerrada... —dice y se arrepiente, pero ya está dicho. Martín entiende, le duele lo que acaba de decir.

—Natalia, en lo que nos tenemos que concentrar nosotros es en buscar un nuevo lugar donde vivir para irnos de acá. Dijimos que esto era de paso, tres o cuatro semanas. Pongámonos en campaña para encontrar un departamento definitivo y ya no vamos a saber de estos chicos y sus llantos.

—Pero eso es desentenderse de la situación...

—Me parece que la que se quiere desentender de la situación sos vos, y no de la que transcurre en el departamento vecino sino en éste, de nuestra situación, de nuestra pareja, de Julián...

Natalia lo mira con desprecio. No le va a perdonar que lo haya nombrado. Y menos en medio de lo que están hablando. ¿Qué tiene que ver Julián con todo esto? Se para y se va a su cuarto. Martín no la sigue. Prefiere salir a dar una vuelta. Se lo dice desde el otro lado de la puerta del cuarto, sin abrirla, y se va. Ella se queda un rato tirada en la cama pensando qué hacer; las imágenes de los cuerpos torturados se le mezclan con las de los niños. Un poco después lo sabe. Se calza, pasa por el baño, se lava la cara y se acomoda el pelo, sale al palier, va hasta la puerta del tercero A y toca el timbre. La chica más grande abre la puerta.

—Perdoname, pero no me funciona el teléfono y necesito hacer una llamada. ¿Puedo pasar? —dice.

—Esperá acá —la detiene la chica y va a buscar un teléfono inalámbrico.

A Natalia le queda claro que no quiere que pase. Alcanza a ver a los varones, de espaldas, sentados en banquitos de madera, uno a cada lado del sillón de alto respaldo donde seguramente está la mujer de anteojos negros, quizá sin los anteojos esta vez, frente al televisor encendido.

—¿Dónde dejaron el inalámbrico? —grita la chica desde uno de los cuartos y nadie le contesta.

Por el pasillo, sin casi hacer ruido, se acerca a ella la nena más chica y la sorprende.

—Hola —le dice.

—Hola —le contesta Natalia.

La nena le da una llave en un llavero con la misma cruz que tiene el de Natalia.

—¿Y esto? —le pregunta.

—La llave de nuestro departamento. Tenemos muchas, no te preocupes. Por si necesitás el teléfono cuando no estamos. O por si tenés que entrar por algo —dice y luego se lleva el dedo índice a la boca como pidiendo que no le diga nadie.

Natalia está a punto de rechazarlo pero no lo hace. La chica quiere que ella tenga esa llave. Al haber dicho «por algo», ¿no se habrá referido al llanto que ella escucha por las noches? Natalia mete el llavero en su bolsillo justo cuando aparece la hermana

con el teléfono y se lo extiende.

—Tomá, llamá —dice la chica.

Natalia marca el número de su antiguo departamento. Sabe que nadie va a contestar. Finge estar molesta.

—Esta gente nunca está cuando la necesitás.

Marca dos o tres veces más, y luego le devuelve el aparato.

—Gracias igual.

Antes de que la chica cierre la puerta, Natalia ve cómo detrás de ella la menor se asoma para saludarla. Recién cuando la puerta del departamento tercero A se cierra completamente, Natalia va al suyo y se sienta otra vez frente a la computadora. Intenta más opciones de búsquedas. Otra vez aparece el blog de noticias policiales de donde sacó la mayoría de los datos. Busca el nombre de quien firma el informe. Lo googlea. Es director de la sección Policiales de uno de los principales diarios de la ciudad. Busca el número de teléfono del diario. Llama, pide por él. La atiende un contestador automático. No deja mensaje. Llama unas veces más hasta que el periodista, por fin, contesta. Natalia le dice que es amiga de la familia, que estaba viviendo fuera del país, que acaba de llegar y no termina de entender qué pasó.

—Nadie entendió ni entiende...

—Usted sí...

—No todo. Si usted es amiga de la familia sabrá... No son gente ordinaria. Y ese patrón familiar que se repite...

—¿Cuál patrón?

—El único matrimonio de la familia, en cada generación, muere en circunstancias irregulares después de ser sometidos a tortura, pero dejando descendencia para que el patrón se vuelva a cumplir.

—No entiendo.

—Que años después esos chicos crecen, sólo uno de ellos se casa, tiene hijos, y luego muere en situación dudosa. Investigué hasta cuatro generaciones atrás y siempre fue así. Aunque el drama de la familia empezó un poco antes del primer matrimonio asesinado: uno de sus hijos se ahogó en un estanque en medio de un festejo familiar. Culpas cruzadas, reproches... ¿De quién es la culpa cuando hay una desgracia como ésta? Pero bueno, la gente siempre necesita un culpable.

La pregunta del periodista le queda a Natalia dando vueltas en la cabeza: «¿De quién es la culpa cuando hay una desgracia?». Intenta sacarla de sus pensamientos y seguir con las suyas.

—¿Y el resto de la familia?

—Mantienen las empresas: la inmobiliaria, la funeraria. ¿Cómo, usted es amiga de la familia y no lo sabe?

—Son muchos años... No me acuerdo de todo...

—Siempre me quedó este caso en la cabeza, cada tanto me anda dando vueltas... Pienso en esos chicos... Alguno de ellos crecerá, se casará y si el patrón se sigue cumpliendo, morirá después de ser torturado...

Natalia no dice nada pero se pregunta si las torturas no han empezado esta vez antes, cuando los Harris son aún niños, si no será ése el motivo del llanto. El periodista se disculpa, tiene que ir a hacer un reportaje. Ella corta y sigue un poco más en la computadora pero no encuentra nada demasiado importante.

Martín vuelve para la cena. Comen en silencio, hablan lo mínimo y necesario. Ella no le cuenta de la visita al otro departamento. Ni de lo que le dijo el periodista policial. Se van a dormir temprano. En el medio de la noche, el llanto aparece. Los dos se despiertan, pero no se incorporan en la cama ni se dicen palabra: espalda contra espalda esperan despiertos que el llanto se detenga. Y en algún momento de la noche, el llanto se detiene.

Al día siguiente Natalia se despierta con la decisión tomada: entrará al departamento en algún momento en que los vecinos no estén, revisará y se esconderá. Es la única forma de saber. Y de convencer a los demás del peligro: a la policía, a Martín, a quien fuera necesario. Llevará el celular y filmará lo que pueda. Y luego saldrá en medio de la noche con la prueba de lo que pasa. Para no despertar sospechas, le dice a Martín que va a comer a la casa de una amiga, que seguramente charlarán hasta tarde y que, si toma mucho vino, se quedará a dormir ahí. A Martín no le parece nada mal, a él también le va a venir bien un respiro, estar un poco solo.

El resto del día, Natalia ni siquiera se propone trabajar en la corrección para la editorial, está atenta todo el tiempo al departamento de al lado, a sus ruidos, a su silencio, a su respiración. A media tarde oye movimientos en el palier, se acerca a la mirilla: los vecinos esperan el ascensor. Se toma el tiempo necesario como para que ellos salgan del edificio. Agarra las llaves y entra al tercero A. Lo recorre pero no se atreve a abrir cajones ni placares, todavía. De lo que está a la vista nada le llama la atención. Es un departamento más: un cuarto interno para los varones, otro para las chicas y el cuarto matrimonial a la calle, el que seguramente fue de sus padres y que ahora ocupa la mujer que los cuida. ¿Los cuida? ¿Quién es esa mujer? En el cuarto matrimonial sí hay algo que le llama la atención: dos sillas idénticas a las que vio en las fotos del blog policial, aquellas donde habían sido atados y torturados los padres de los niños. No pueden ser las mismas. ¿O sí? No. Abre el placar. ¿Esa vara que ve es silicio? Nunca vio una vara de silicio, no puede asegurarlo. Está manchada de sangre. ¿De cuál de los niños será esa sangre?, se pregunta. ¿Por qué sólo la más pequeña se atreve a pedir ayuda? Se agacha y recoge un sobre que está en el piso del placar, lo abre: una serie de fotos. Una mujer vela a un niño. Natalia se estremece. La misma mujer sale de una funeraria llorando junto al cajón blanco cerrado. La misma mujer en el entierro. Una mujer que no es ella, pero podría serlo. Una mujer que le

recuerda a alguien. La misma mujer llorando sentada en un sillón. Un sillón idéntico al que está en el departamento que ella, Natalia, alquila. Natalia no termina de entender, o aún no puede.

Escucha que alguien hace girar las llaves en la puerta de entrada y se estremece. Otra vez no pensó una estrategia, no previó un lugar donde esconderse pero debe hacerlo, y rápido. El espacio entre la cama y el piso es demasiado estrecho. Entra en el placar, pero no logra cerrar la puerta desde adentro. Sólo quedan las cortinas, esas mismas que días atrás la nena frunció para saludarla. Natalia especula con que la luz encendida del cuarto contra la oscuridad de la noche le permitirá a ella verlos a través de la cortina sin ser descubierta. El tiempo pasa lento. Escucha la televisión encendida. Pasos que van y vienen. Piensa en Martín, sabe que no le perdonará que haya hecho lo que hizo. Lo que hizo. Piensa en ella, piensa en la mujer de las fotos. Ruidos de platos en la cocina. El televisor otra vez. La mujer entra al cuarto, prende la luz, de espaldas a ella se saca los anteojos, se cambia los zapatos. Apenas puede verla de perfil cuando vuelve a apagar la luz y sale. ¿Es la mujer de las fotos? ¿Puede serlo? ¿Qué relación hay entre el hijo que perdió, su muerte, y estos niños a los que cuida? ¿O tortura? ¿Qué culpa tienen ellos? ¿Y ella, Natalia, por qué está ahí?

—¡Al cuarto! —grita la chica más grande y Natalia se aprieta contra el vidrio.

Natalia malinterpreta, cree que la orden es para que sus hermanos se vayan a dormir. Pero no. Primero entra la chica más grande y prende la luz. Después los dos varones, uno a cada lado de la mujer, como siempre, pero ahora, sin anteojos y de frente; puede verla, ahora sabe que es la mujer de las fotos. La que como a ella se le murió un niño. La sientan en una de las dos sillas y la chica mayor le saca las esposas que la unen a los varones. Los ojos de la mujer parecen ausentes, perdidos, drogados. Entra la niña pequeña con una soga en la mano. Se la alcanza a su hermana, que ata la mujer a la silla. La niña va al placar y vuelve con el silicio. A Natalia cada golpe le duele en los dientes de tanto apretarlos. La mujer no tiene fuerza ni para quejarse. Apenas solloza un llanto que de todos modos Martín oirá, si es que esta noche, solo, también presta atención. Es el llanto, es la voz que escuchó las noches anteriores, es esa misma queja.

Cuando la chica termina con el látigo, los varones le alcanzan un botiquín. Lo abre y saca de adentro una hoja de afeitar con la que empieza a tajar la cara de la mujer, que ahora parece totalmente adormecida a pesar del dolor. Natalia sabe que tiene que salir de ahí, que tiene que gritar, que tiene que intentar defenderla. Pero no puede, está paralizada. Y tiene miedo, un miedo que hasta ahora no sintió nunca. Ni antes ni después de que el niño muriera. Antes porque no se le ocurrió, después porque ya nada peor podía pasarle. ¿Nada peor podía pasarle? ¿Es el dolor físico comparable con el dolor de una pérdida? ¿Puede doler algo más o menos que lo otro? ¿Duele el cuerpo más que eso a lo que no sabe cómo llamar? ¿El alma? La chica

grande le pasa la hoja de afeitar a la pequeña y le indica que ella también corte a la mujer, le explica la manera de hacerlo, como si la estuviera iniciando. La chica lo hace, con la convicción y la ingenuidad con la que los niños garabatean sus primeros dibujos. Luego mira a la mayor y le sonrío. Ahora lo hacen juntas, las dos siguen cortándola, cortes pequeños, poco profundos, hasta que la mujer cae de lado, desmayada o muerta; Natalia no está segura, ella también siente que puede desmayarse detrás de la cortina. Los varones enderezan a la mujer, la atan más fuerte para que no se caiga de la silla, y le sacan fotos. Natalia se siente impotente, cobarde, sólo espera que la tortura termine y que esos chicos se duerman para poder salir de allí, volver con Martín y dejar ese edificio para siempre. Esos chicos, ¿así debería llamarlos? ¿Son chicos? ¿Y si no, qué?

Entonces, cuando parece que la ceremonia por fin terminó, que ya no hay más dolor para infligirle a ese cuerpo vencido atado a una silla, la niña menor camina hacia la ventana, despacio pero resuelta. Como si supiera, como si siempre hubiera sabido, corre la cortina que cubre a Natalia y, mientras con una mano sostiene aún la hoja de afeitar ensangrentada, con la otra hace el gesto que tantas veces ella le vio hacer antes y dice:

—Vení.

Mientras la hermana mayor agarra otra vez el látigo, y sus hermanos acomodan la soga con la que atarán a Natalia en la silla desocupada.

Finde

Federico Jeanmaire

Florencia era feliz. Miraba los enormes carteles que se sucedían al costado de la autopista, los edificios, los árboles, los otros coches amontonados a su alrededor. Miraba, como si fuera la primera vez que pasaba por allí, se sonreía apenas reflejada contra el vidrio de la ventanilla y, enseguida, giraba casi ciento ochenta grados la cabeza hacia su izquierda, buscando con sus ojos el perfil serio y concentrado en el camino de Germán. Una vez. Y otra. Y otra más. Florencia era feliz. Pero no era feliz desde esa tarde. Era feliz desde el lunes inmediatamente anterior a ese viernes. Desde hacía, lo sabía exactamente, cuatro días, ocho horas y veintiséis minutos. Desde el momento mismo en que Germán, completamente desnudo, despeinado, todavía con la cara sin lavar, despatarrado a todo lo ancho de la cama, recién despierto, le devolvió, ya vacío, el primer mate de la mañana que ella le acababa de alcanzar y, acompañándose de una media sonrisa un tanto pícaro, le propuso que el viernes se escaparan a Mar del Plata para pasar juntos el larguísimo fin de semana de carnaval.

Hacía poco más de un mes que salían.

Lo había conocido en el departamento de su amiga Mara: Germán era uno de los mejores amigos de Fernando, el nuevo novio de Mara, y a su amiga le había parecido bien presentarlos para que se conocieran, que esa pareja podía andar.

Claro que Mara se había cuidado de avisarle. Sabía perfectamente que ella nunca hubiera aceptado ir a cenar esa noche a su departamento si se enteraba, de antemano, que le había armado una suerte de cita. O una suerte de trampa, mejor. Porque a Florencia no le gustaban nada, esas historias celestinas. Es más, las repudiaba con todo su corazón. Siempre había creído que, si tenía que conocer a algún tipo que valiera la pena, eso ocurriría en cualquier lado. Espontáneamente, le gustaba repetir. Estaba convencida de que lo armado por otros, con cierta premeditación y alevosía, a la larga siempre sería una cuestión decidida por esos otros y no por ella misma. Y si había algo que de verdad le molestaba en la vida, era que cualquier otro le decidiera el más mínimo de sus asuntos.

—Por favor, Flor, alcanzame uno de esos billetes de diez que dejé en la guantera. Ya estamos en el peaje y todavía no me diste un solo mate.

—Irás demasiado ligero.

—O vos demasiado ensimismada.

—Tomá y callate. Mirá que si te portás mal, te podés quedar sin un montón de cosas.

Germán no le contestó. Prefirió apretar, desde cierta ternura, la mano derecha y el

billete contra la parte inferior de la bragueta de su jean.

A Florencia le encantaban esas no respuestas de Germán. Parecía entender todo muy rápido. Y no hacerse mucho problema por nada. Le gustaba pasársela bien. Sin embargo, se le notaba hasta en la elección exacta del lugar de la bragueta que debía apretar, que le importaba sobre manera que también ella la pasara muy bien. Ni hablaba de más, ni hacía cosas de más. No era ningún tonto. Y, eso sólo, ya lo hacía completamente distinto a la casi infinita pila de energúmenos con los que había estado durante los últimos años.

—Sos un lujo.

Le dijo él, sin quitar los ojos de la ruta, apenas dejaron atrás el peaje.

—Y también una excelente cebadora de mates. Ahora vas a ver.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, torció el cuerpo hacia atrás y estiró la mano izquierda en dirección a la canasta en la que había colocado, bien temprano por la mañana, antes de ir a su trabajo, el termo, la yerba, la bombilla y el mate. Enseguida, sintió el calor de los ojos de Germán enfocando su culo. Eso también le encantaba de él: que no fuera cargoso, que supiera tocarla de diferentes modos, hasta con la mirada. Por eso, para darle el gusto, fue que se quedó unos segundos más en esa posición. Unos segundos innecesarios, hacía rato que ya había alcanzado con éxito la manija de la canasta que descansaba detrás de su asiento. Pero ¿qué es lo necesario y qué lo innecesario en una relación humana? Nunca, a pesar del paso del tiempo y de las historias, había encontrado una respuesta cabal a esa bendita pregunta. Y le faltaba demasiado poco para cumplir los treinta y siete. Hay respuestas que jamás encontraré, se dijo y, de inmediato, decidió que Germán ya había tenido suficiente. Se volvió a sentar correctamente, volvió a abrocharse el cinturón de seguridad, sacó el mate, lo llenó hasta la mitad con yerba y colocó la bombilla en el centro.

—Ahora vas a ver.

Repitió con ganas y Germán no tuvo más remedio que avisarle que ya había visto algo que estaba muy pero muy bien mientras ella se esforzaba en agarrar la manija de la canasta.

—Mirón.

—Bonita.

Sirvió el mate reflexionando medio inconsistentemente acerca de si bonita era más que linda y, apenas pasárselo, dejó que se le desbarrancara, con alguna fuerza, el dedo índice desde el pecho hasta el comienzo mismo del pantalón de Germán. Justo hasta ahí. Ni un centímetro más allá.

—Cebar es un arte.

—Un arte que se te da muy bien.

Le contestó él y, de inmediato, soltaron la risa.

—Si te parece, debajo de donde están los billetes, en la guantera, hay un cidí que me gustaría que escucharas. Lo grabé anoche. Para vos.

—¿El que dice Marc Ribot?

—Sí, ése.

—No lo conozco.

Florencia quitó el sobre de papel que lo cubría convencida, ya, de que bonita era mucho más que linda, y lo metió por la ranura del equipo. Después recogió el mate que le pasaba Germán, volvió a cargarlo y lo sorbió, lentamente, mirando a través del vidrio de su ventanilla. Seguían los carteles al costado de la ruta. Pero ya no había edificios sino casas bajas y bastante más árboles.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Es divertido. Y tranquilo. Y también tierno.

—¿Marc o yo?

—Los dos.

Volvieron a reírse. Ella le pasó el mate, él se hizo el celoso, empezó a lamentarse de que había cometido el peor de los errores de su vida, que cómo se le había ocurrido presentarle a Marc, que era un estúpido, que si se lo encontraba en Mar del Plata lo iba a cagar a trompadas, que etcéteras y etcéteras. La risa se convirtió en carcajadas y, enseguida después, en un silencio absoluto, pacífico, placentero. Florencia, entonces, decidió de manera unilateral que ya estaba bien de mate, que sólo tenía ganas de escuchar esa música que salía por los parlantes y de mirar a través de su ventanilla. Que tenía cierta necesidad de encerrarse un rato en sí misma para disfrutar aún más del gran momento que estaba viviendo. Que no se lo quería perder, que tenía ganas de guardárselo adentro de su memoria y no olvidárselo nunca más. Torció la cabeza hacia la derecha y se dejó llevar por la música. Miraba hacia afuera, aunque no alcanzaba a descubrir las vacas y los caballos que, de tanto en tanto, aparecían pastando detrás de los alambrados. Ni siquiera los incesantes carteles, ahora alcanzaba a ver. Florencia sólo tenía lugar para esa escasa música caribeña de guitarras, tambores y voces y para la abundante maraña de pensamientos sobre su pasado amoroso que se le agolpaban. Lo escaso había traído lo abundante y no le quedaba demasiado lugar para el afuera. Sólo le quedaba el adentro, en ese momento. El montón de historias mínimas que le había tocado en desgracia vivir. Cuánta estupidez. Al final, tenía que reconocer que la espontaneidad no le había resultado. Tendría que haberse dado cuenta bastante antes de que no valía la pena decidir absolutamente todo en la vida, de que dejarse llevar por los otros no era tan malo, de que los demás siempre sabían muchísimo más sobre uno mismo y que, sabiendo más, no se equivocaban tanto a la hora de arreglar una cita.

Le dio rabia.

Era una zonza. Una tarada. Pero, al mismo tiempo, también se dio cuenta de que

ya estaba bien de autoflagelarse.

—¿Estás cansado?

—No, estoy perfecto.

—¿Querés que paremos a tomar un café? No tenemos ningún apuro.

—No, todavía no. Dentro de un rato. Seguí durmiendo, nomás.

—No estaba durmiendo, estaba pensando tonterías. A veces me convierto en una máquina de pensar tonterías.

—Creí que dormías. Qué extraño. ¿Sabés que tuve una bisabuela con poderes sobrenaturales? Bueno, yo no la conocí, ella murió bastante antes de que yo naciera. Eso es lo que se dice en mi familia.

—¿Una leyenda?

—Puede ser. Sin embargo, todos mis tíos y mis tías repiten las mismas anécdotas y juran, mientras las cuentan, que ocurrieron de verdad. Recuerdan los nombres de los involucrados, las fechas.

—Lo siento, Germán, pero así, por lo general, es como suelen funcionar las leyendas.

—Leía la mente. Y, a veces, después de leerle la mente a alguien, también tenía el poder de convertir en realidad ese deseo que acababa de adivinar en el otro.

—Una estupidez. Cómo se te ocurre.

—Claro que eso pasaba sólo si quería mucho a ese otro al que le leía la mente.

—Basta. Ya está bien. No quiero escuchar más al respecto. No me gustan esas leyendas. No me las creo, pero no me gustan.

—Como quieras. Lo único que te falta saber es que, según mis parientes, el más parecido físicamente a mi bisabuela Lidia soy yo. Y ni siquiera me di cuenta de que estabas pensando. Creí que dormías. El parecido debe ser físico, nada más.

—Te había pedido que terminaras con eso y seguiste. Ahora me enojé. Me vuelvo hacia la ventana y hacia mi encierro. Vos te lo buscaste.

—A propósito de buscar, y antes de que te vuelvas a encerrar, ¿me harías el grandísimo favor de sacar diez pesos de la guantera? Ya estamos muy cerca del peaje de Samborombón.

Florencia le pasó el billete y, de inmediato, se volvió hacia su ventanilla. No estaba enojada, por supuesto. Sólo le había montado esa escena para disfrutar de la música en silencio o para mirar sin culpa a través del vidrio o para ser un rato consciente, en definitiva, de lo feliz que se sentía viajando con ese tipo sobre ese auto. O todo eso junto, mejor. ¿Habría cambiado, por fin, su suerte con los hombres? Germán era un ser maravilloso. Se podía charlar durante horas con él, sabía escuchar. Sin embargo, tampoco es que no pronunciara una sola palabra. Hablaba. Le gustaba hablar. Y era divertido, cuando hablaba. También le gustaba mucho reírse. De cualquier cosa. Hasta de él mismo. Y tampoco era malo en la cama. Estaba bien. Por

lo menos conocía el cuerpo de una mujer y sabía actuar en consecuencia. Eso era casi un milagro. De todos modos, lo que la había terminado de conquistar habían sido algunos pequeños gestos. La primera noche, después de cenar en lo de Mara, habían caminado un rato largo por Palermo, después se habían sentado a tomar una cerveza en un bar, en la vereda, y, de repente, en medio de una risa por alguna cosa que ella le estaba contando, se levantó de la silla, la besó en la boca por encima de la mesa y, mientras la besaba, extendió su brazo izquierdo en dirección a la calle y empezó a murmurar, casi dentro de su boca, algo así como taxi, taxi, socorro, llévenos rápido a casa, por favor, no aguantamos más las ganas de tocarnos. Y fueron a su casa. Y se tocaron. Y más tarde, cuando la acompañó hasta la esquina para tomar un taxi que la devolviera a la suya, sólo le pidió, medio distraídamente, su correo electrónico. Sólo eso. Aquel viaje en taxi había sido horrible. Germán le había gustado demasiado, pero estaba claro que nunca lo volvería a ver. Ni siquiera el teléfono le había pedido. Había sido una tonta. Otra vez, había sido una tonta. Como casi siempre. No paraba de reprocharse el haber aceptado, con tanta facilidad, acompañarlo a su casa. Entró a su casa pensándose la más tonta, prendió la computadora por costumbre, para chequear su correo antes de dormirse, y ahí se lo encontró. El correo era corto. Pero contundente. Sos un placer, Flor. 4772-0023. A tus pies. Cuando se te ocurra. G. El tipo era un divino. Había tenido suerte. Por fin. Ya era hora. Y la música de ese Marc Ribot, también era divina.

—Qué bueno que es.

—Esperá a escuchar el tema que viene justo después de éste y te morís.

—No me pienso morir. No hoy. Me siento demasiado bien para morirme.

—Callate y escuchá, se llama *La vida es un sueño*. Es su versión de una viejísima canción de un tal Arsenio Rodríguez.

—¿Arsenio? ¿Alguien puede llamarse Arsenio?

—Sí, Arsenio. Y callate de una vez que ya empieza.

*Después que uno vive veinte desengaños
qué importa uno más.*

*Después que conozcas la traición de la vida
no debes llorar.*

*Hay que darse cuenta que todo es mentira,
que nada es verdad.*

*Hay que vivir el momento feliz,
hay que gozar lo que puedo gozar
porque sacando la cuenta en total
la vida es un sueño.*

Hay que vivir el momento feliz,

*hay que gozar lo que puedo gozar
porque sacando la cuenta en total
la vida es un sueño.
La realidad es nacer y morir,
por qué llenarnos de tanta ansiedad,
todo no es más que un eterno sufrir,
el mundo está hecho sin felicidad.*

—Impresionante, Germán. Quiero escucharla otra vez. Por favor. Dejame. Necesito escucharla otra vez.

—Pero antes paremos a tomar un café. Ahí hay una estación de servicio y ahora sí me siento un poco cansado.

—Dale. Acepto. Pero prométeme que después me dejás escuchar ese tema otra vez.

—Te lo prometo.

Germán disminuyó la velocidad, dobló hacia la derecha, consiguió un lugar para dejar el coche bastante cerca de la puerta de entrada al bar de la estación y se bajaron. Florencia cerró la puerta, corrió a abrazarlo y a susurrarle al oído que era feliz. Tenía ganas de hacerlo. Estaba desesperada de ganas de hacerlo, de que se enterara.

—¿Tanto así?

—Tanto.

Entraron, se sentaron a una mesa cerca de la puerta y, mientras esperaban los dos cafés con leche y las medialunas, Germán la tomó de la mano derecha y le confesó, de manera casi inaudible, que él también era feliz con ella esa tarde. Afuera estaba anocheciendo y Florencia, que no tenía ni idea de cómo responder a semejante ternura, por decir algo, le dijo que le resultaba raro que un tipo tan dulce y tan lindo y tan inteligente y tan tantas otras cosas como él, se tomara en serio las supuestas brujerías de su bisabuela. Lo dijo y, de inmediato, se mordió la lengua del odio. Era una tonta. Y ya no podría cambiar. Jamás. Estaba condenada. Por un lado, se la pasaba quejándose de las historias mínimas que acostumbraba vivir y, por el otro lado, justo cuando le tocaba en suerte una historia de amor de las grandes, no se bancaba las cálidas palabras del otro. No las soportaba y, como no las soportaba, no las sabía responder y arruinaba todo con una idiotez. Un horror. Un horror perfectamente imposible de arreglar. Ya era demasiado tarde. Germán, justo en frente de su gigantesca estupidez, no había dejado pasar la oportunidad y ahora parecía enfrascado en contarle hasta el detalle más insignificante de la extraña relación que había construido con su desconocida bisabuela Lidia a lo largo de los años.

—Nunca te había escuchado hablar con tanto entusiasmo acerca de nada.

—Y, bueno, tampoco pasa todos los días que conocés a un tipo que tuvo una

bisabuela bruja y que, según afirman sus parientes, es, físicamente e incluso en el carácter, igualito a ella. Hay más. Algo que todavía no te dije: nací justo nueve meses después de su muerte.

—¿Y?

—Se ve que vos no creés en la reencarnación.

—No, no creo. Lo siento. En este momento creo sólo en las medialunas.

—Desde la adolescencia que vengo intentando leer el pensamiento de los demás.

—Sí, claro, yo también.

—No, no. Quiero decir que muchas veces lo logro. Muchas, te lo juro. Casi todo el tiempo.

—Vamos. Mejor sigamos viaje. Estás empezando a arruinarlo todo. No te lo voy a permitir. No, señor. Estoy demasiado feliz como para dejar que lo arruines todo.

—Como usted diga. Sólo me faltaba contarle que lo único que no he podido hacer, todavía, es cumplirle los deseos a la gente que le he leído la mente y que quiero. Me falta eso. Por ahí, algún día.

—Estás rematadamente loco. Vámonos, por favor. Empezás a darme miedo.

Germán no le contestó. Pagó y salieron. Desde luego, apenas al subirse otra vez al auto, Florencia hizo retroceder el cidí y puso el tema que tanto le había gustado. Ya era de noche. Y había mucho menos tráfico sobre la autopista.

*Hay que vivir el momento feliz,
hay que gozar lo que puedo gozar
porque sacando la cuenta en total
la vida es un sueño.*

—Esta parte es impresionante. Y creo que impresiona, sobre todo, que se le note tanto a Marc que está diciendo esas cosas tan tremendas sin conocer una papa del idioma, sin saber lo que está diciendo. Es una contradicción que me mata. La definición misma del arte, casi.

—¿Jugamos a que te adivino el pensamiento?

—No jodas más, Germán.

—Dale, qué te cuesta.

—Ufa.

—Una sola vez. No seas mala. Hace algún tiempo que no juego. Tengo miedo de perder todos mis poderes por falta de uso.

—Sos un pesado.

—Dale, bonita.

El bonita de Germán la podía. La desarmaba por completo. No había manera de pelear contra eso. Le salía muy bien. Y siempre en el momento justo. ¿Sería otra

brujería que había heredado de su bisabuela?

—Bueno. Acepto. Pero con una condición.

—Dígame.

—Que la primera sea la última vez que lo hagamos.

—Oquei.

—¿Qué es lo que tengo que hacer, exactamente?

—Concentrarte y pensar en algo que quieras mucho.

—¿Y vos?

—Casi lo mismo. Me concentro y trato de adivinar lo que pensás vos.

—Allá voy, entonces. Pero no pierdas la concentración en la ruta. Mirá para adelante y manejá con cuidado.

Le pidió ella entre risas incrédulas, él le aseguró que no iba a perder de vista la ruta, que no temiera, que sólo se dedicara a pensar con entusiasmo, que lo demás corría por su cuenta. Florencia, entonces, como una buena alumna, giró su cabeza hacia la ventanilla, se quejó para sus adentros de lo que le hacían hacer y enseguida se quedó en el tema de la felicidad. Era feliz. Ese tipo la hacía feliz. Incluso con sus extravagancias. Ese viaje la hacía feliz. Si fuera por ella, se dijo convencida, viviría el resto de su vida yendo a Mar del Plata, en ese auto y con ese hermosísimo hombre a su lado. ¿Qué más se le podía pedir a la vida? ¿Qué más?

—Hecho.

Escuchó que decía Germán en voz alta. Los enormes carteles se sucedían al costado de la autopista, los edificios, los árboles, los otros coches amontonados a su alrededor. Se vio sonreír apenas reflejada contra el vidrio de la ventanilla y, enseguida, giró casi ciento ochenta grados la cabeza hacia su izquierda, buscó con sus ojos el perfil serio y concentrado en el camino de Germán. Una vez. Y otra. Y otra más. Era feliz. Completamente feliz.

—Por favor, Flor, alcanzame uno de esos billetes de diez que dejé en la guantera. Ya estamos en el peaje y todavía no me diste un solo mate.

—¿Mate? ¿Ahora? ¿Estás seguro?

—O vos demasiado ensimismada.

—¿Qué tiene que ver?

Germán no le contestó. Prefirió apretar, desde cierta ternura, la mano derecha y el billete que ella le acababa de pasar contra la parte inferior de la bragueta de su jean. De inmediato, Florencia comenzó a llorar. En un instante, tomó conciencia de lo que ocurría. No había música, era de día y estaban, otra vez, en el peaje de Hudson. No entendía. Lloraba, porque no entendía. O porque entendía demasiado bien lo que estaba ocurriendo. Germán estaba justo pagando el peaje y ella decidió que era el momento ideal para bajarse. Para salirse de la eternidad. Y lo hizo. Rápidamente se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta para bajar. Pero Germán ya

había arrancado. Era una locura tirarse.

—Sos un lujo.

—No soy ningún lujo y vos sos un perfecto tarado. Mirá lo que hiciste.

Germán parecía no escucharla. Parecía estar viviendo exactamente lo mismo que había vivido antes. Y Florencia no podía parar de llorar. Se quitó el cinturón de seguridad y se acercó para observarlo con atención. Serio, él parecía no darse cuenta de nada. Miraba fijo hacia el futuro del camino. Ni siquiera registraba los golpes que ella le daba en el pecho. Aunque, de repente, torció la cara y la empezó a mirar de reojo. Florencia se ilusionó. Sin embargo, la ilusión duró apenas unos segundos, enseguida sus ojos retornaron al camino.

—Despertá, Germán. Por favor. No me hagas esto, amor.

—Recién acabo de ver algo que está muy pero muy bien.

—Eso es mentira, tarado. El culo me lo miraste hace un montón de horas.

—Bonita.

Nunca pensó que la palabra bonita, en los labios de Germán le iba a molestar. Pero la odió. La odió y, de inmediato, volvió al llanto.

—Un arte que se te da muy bien.

Y ahora de qué se reía. Le dio rabia. Se mordió la lengua con fuerza para no maldecirlo, para no pegarle otra vez. O para que le doliera la lengua y así poder llorar a gusto por algún motivo más real.

—Si te parece, debajo de donde están los billetes, en la guantera, hay un cidí que me gustaría que escucharas. Lo grabé anoche. Para vos.

—Ya lo sé, idiota. Y también sé todo lo que me vas a decir desde acá hasta la eternidad.

Igual sacó el cidí y lo metió por la ranura. Quizás esa música tan linda la podría ayudar a encontrar una salida.

—Sí, ése.

Efectivamente, apenas escuchar los primeros acordes dejó de llorar. Tenía que pensar. No ahogarse en un vaso de agua. Debía encontrar una solución. ¿Pero cuál? ¿Tirarse del auto? ¿Esperar el peaje de Samborombón y salir corriendo?

—¿Te gusta?

—Sí, claro que me gusta.

—¿Marc o yo?

—Marc. Vos sos un estúpido, estúpido. Mirá donde nos metiste.

Germán se rio y ella, otra vez, creyó que había vuelto. Pero no. Seguramente se rio de algo que ella había dicho en el pasado del viaje. La desilusión fue grande. Sin embargo, esta vez se aguantó las ganas de llorar. Tenía que pensar. Era fundamental. Tenía que haber una solución. Y ella la iba a encontrar. Lamentablemente, al rato, nomás, había perdido toda esperanza y estaba llorando a los gritos otra vez.

—No, estoy perfecto.

—Basta, despertá.

—No, todavía no. Dentro de un rato. Seguí durmiendo, nomás.

—Callate, imbécil. Me vas a volver loca.

—Creí que dormías. Qué extraño. ¿Sabés que tuve una bisabuela con poderes sobrenaturales? Bueno, yo no la conocí, ella murió bastante antes de que yo naciera. Eso es lo que se dice en mi familia.

Florencia dejó de llorar instantáneamente. Ahora sí necesitaba escuchar con atención el asunto de la bisabuela.

—Puede ser. Sin embargo, todos mis tíos y mis tías repiten las mismas anécdotas y juran, mientras las cuentan, que ocurrieron de verdad. Recuerdan los nombres de los involucrados, las fechas.

—Leía la mente. Y, a veces, después de leerle la mente a alguien, también tenía el poder de convertir en realidad ese deseo que acababa de adivinar en el otro.

—Claro que eso pasaba sólo si quería mucho a ese otro al que le leía la mente.

—Como quieras. Lo único que te falta saber es que, según mis parientes, el más parecido físicamente a mi bisabuela Lidia, soy yo. Y ni siquiera me di cuenta de que estabas pensando. Creí que dormías. El parecido debe ser físico, nada más.

—A propósito de buscar y antes de que te vuelvas a encerrar, ¿me harías el grandísimo favor de sacar diez pesos de la guantera? Ya estamos muy cerca del peaje de Samborombón.

Increíble, pero era verdad. Estaban llegando al peaje. Así que Florencia abrió la guantera y le pasó los diez pesos. De inmediato, se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta para bajarse. Pero no pudo. Una especie de viento la retuvo dentro del auto. Tan fuerte era el viento que, incluso, hasta volvió a cerrarle la puerta y el llanto volvió con más ganas que nunca. Evidentemente, si había una salida, ésa no sería la puerta del coche.

—Esperá a escuchar el tema que viene justo después de éste y te morís.

Prefirió no contestarle. ¿Para qué iba a contestarle a alguien que no la escuchaba?

—Callate y escuchá, se llama *La vida es un sueño*. Es una versión de una viejísima canción de un tal Arsenio Rodríguez.

—Sí, Arsenio. Y callate de una vez que ya empieza.

Florencia volvió a escuchar el tema con ganas. Le seguía gustando, a pesar de todo. Aunque, en esta oportunidad, entendió mucho mejor el último de los versos: *el mundo está hecho sin felicidad*.

—Pero antes paremos a tomar un café. Ahí hay una estación de servicio y ahora sí me siento un poco cansado.

¿Podrían salir del auto? ¿El viento los dejaría? ¿Ella podría decirle que iba al baño y escaparse para siempre de esta pesadilla?

—Te lo prometo.

Estaba contenta otra vez. Quizás, en el bar, encontrara finalmente una salida. El coche se detuvo en el mismo lugar que la vez anterior y, aunque abrió la puerta con desconfianza, ningún viento la detuvo. El estúpido de Germán hablaba solo del otro lado del auto. Ella lo esperó, entraron, se sentaron a la misma mesa y pidieron lo mismo. Enseguida él empezó a hablar por enésima vez de su bisabuela. Florencia no lo escuchaba, sólo tenía tiempo para imaginar el momento justo en que le diría que iba al baño para no volver nunca más. Sin embargo, mientras oía vagamente el murmullo de él, repentinamente tomó conciencia de que escaparse también significaría perderlo para siempre. Perder justo al primer tipo que le había interesado en años. Era una locura. Otra más en un día repleto de locuras. No, no lo iba a dejar solo yendo de Hudson hasta ese bar por los siglos de los siglos. No se lo merecía. O se salvaban juntos o se perdían juntos. Ésa era su decisión final. O, por lo menos, ésa era su decisión hasta la próxima vez que llegaran hasta ese bar. La próxima vez vería qué hacía. Pero, por ahora, no lo iba a dejar. En el fondo, la culpa de lo que estaba ocurriendo también era de ella.

—Como usted diga. Sólo me faltaba contarle que lo único que no he podido hacer, todavía, es cumplirle los deseos a la gente que le he leído la mente y que quiero. Me falta eso. Por ahí, algún día.

Él pagó, salieron y, esta vez, ella no volvió atrás el cidí para escuchar nuevamente *La vida es un sueño*. Descubrió que tenía una remota oportunidad y decidió que la iba a aprovechar. Ojalá estuviera en lo cierto.

—¿Jugamos a que te adivino el pensamiento?

—Sí.

—Dale, qué te cuesta.

—Ya te dije que sí.

—Una sola vez. No seas mala. Hace algún tiempo que no juego. Tengo miedo de perder todos mis poderes por falta de uso.

—Ya te dije que sí dos veces.

—Dale, bonita.

—Dale vos, tarado.

—Dígame.

—No te digo nada.

—Oquei.

—Dale, me estás hartando.

—Concentrarte y pensar en algo que quieras mucho.

—No te hagas problema por mí. Yo lo voy a hacer lo mejor que pueda.

—Casi lo mismo. Me concentro y trato de adivinar lo que pensás vos.

—Sí. Y ojalá que lo hagas bien también esta vez.

Florencia, entonces, giró su cabeza hacia la ventanilla, respiró profundamente y deseó con toda su alma que siguieran viaje a Mar del Plata, que les tocaran unos lindos días de playa y que volvieran contentos y felices a Buenos Aires el martes a la tarde.

—Hecho.

Florencia esperó con los ojos cerrados, en completo silencio, hecha un ovillo. Esperó una eternidad. Justo hasta el momento en que ya no tuvo más sentido seguir haciéndolo.

—Por favor, Flor, alcanzame uno de esos billetes de diez que dejé en la guantera. Ya estamos en el peaje y todavía no me diste un solo mate.

Help me!

Guillermo Martínez

Eran los primeros años de la Unión Europea. Yo estaba en un congreso de matemática en Viena, había terminado muy pronto con mi exposición y tenía por delante el fin de semana libre. Vi en mi guía Trotamundos que Bratislava estaba cerca, y en un impulso de curiosidad por visitar algo de lo que había sido el socialismo, decidí tomar un ómnibus nocturno para pasar el sábado allí y quizás el domingo en Budapest, del otro lado del río.

Era una noche fría, reluciente de escarcha, y el ómnibus que hacía el cruce, de color gris perla, parecía un rezago de la Segunda Guerra: un carromato crujiente, con los fuelles vencidos, y unas ventanillas que no cerraban del todo y dejaban colar por las rendijas un viento helado. Aun así, con el balanceo del viaje, en un momento empecé a dormir. En la frontera, cerca de medianoche, me despertó la luz brusca e hiriente de unos grandes reflectores. El ómnibus se detuvo al costado de una garita y dos soldados subieron con linternas a pedir los pasaportes. Cuando les di el mío empezaron a repetirme, en voz cada vez más alta, como en una pesadilla, una pregunta en eslovaco, áspera y cortante, que no lograba descifrar. De pronto uno de ellos me hizo una seña imperiosa para que me levantara. Me bajaron con mi equipaje del ómnibus y me hicieron pasar entre los hocicos húmedos de los perros hacia la casilla, donde un oficial con galones y guantes de cuero abrió mi pasaporte y golpeó con un dedo sobre las páginas para reclamarme en inglés que le mostrara mi visa. Nunca se me había ocurrido pedir una —había saltado durante un mes de país en país sin problemas, recién en ese momento volví a recordar que existían las visas— y tuve que usar todos los euros que llevaba en efectivo para pagar una multa y un permiso de entrada provisorio. Recibí a cambio unas monedas eslovacas y un número de teléfono, donde debía comunicarme al día siguiente para extenderlo por veinticuatro horas. Los mismos soldados me escoltaron de regreso y volví a ocupar mi asiento entre miradas impacientes y curiosas, todavía algo aturdido, no del todo consciente de que me había quedado por completo sin dinero, mientras la barrera se alzaba y el ómnibus se internaba dentro de ese país desconocido.

Había reservado habitación en un hotel cerca de la plaza principal, que me pareció, al trasponer la puerta giratoria y avanzar por las alfombras mullidas, más lujoso de lo que había imaginado, y por eso mismo, ahora que sólo tenía esas pocas monedas en el bolsillo, un lugar peligroso, casi amenazante. Tuve que entregar en el mostrador mi tarjeta de crédito para que me habilitaran el teléfono en el cuarto, y mientras el conserje la deslizaba por su máquina sentí un escalofrío de incertidumbre.

Ahora dependía enteramente de ese rectángulo de plástico. No estaba seguro de cuánto crédito me quedaba, y en realidad, por el rápido cálculo mental de varios gastos demasiado alegres durante el viaje, no sabía siquiera si la tarjeta resistiría el pago de esa noche. Me prometí hacer también al despertar otra llamada urgente al número de auxilio para saber si podían estirar mi crédito. Todo esto no impidió que al llegar a mi cuarto, apenas descorrí el grueso cortinado doble y apoyé la cabeza en la almohada, me durmiera con un sueño de piedra. Era joven y tenía la superstición feliz del viajero, que supone que nada verdaderamente malo puede pasarle si sólo está de paso.

Desperté a la mañana siguiente después de las once, demasiado tarde para llegar al desayuno. Al mirar el reloj recordé de inmediato, como un peso agobiante, las dos llamadas que debía hacer. Aun en el mejor de los casos, si todo terminaba bien, perdería el resto del día en trámites. Miré en el teléfono del cuarto las instrucciones en inglés, pero aunque el teléfono tenía tono, y reintenté varias veces, no logré comunicarme. Eso sólo podía significar una cosa, pensé: de algún modo habían detectado que ya no tenía crédito en mi tarjeta y me habían cortado, como precaución, toda posibilidad de hacer llamados. Me vestí, bajé al lobby, y le expliqué a uno de los empleados en la recepción, con alguna vergüenza anticipada, que no conseguía comunicarme desde mi habitación. Aparentemente no era nada de lo que temía. Ese teléfono, me aseguró el empleado, había tenido la misma clase de inconveniente antes, enviaría a la tarde alguien para arreglarlo. El problema, dije, es que yo debía hacer dos llamadas importantes antes del mediodía. Me señaló entonces un teléfono público en una de las columnas, a mitad de camino entre el lobby y la gran escalinata que conducía a los cuartos. Yo podía hablar desde aquel teléfono con monedas. Y las llamadas, agregó para animarme, me resultarían mucho más baratas. Saqué las monedas que me habían dado en la frontera, y se las mostré con la palma abierta. Había de varios tamaños y colores. ¿Serían suficientes?, le pregunté. El empleado se sonrió con un dejo de malevolencia. Suponía que sí, pero dependería, claro, de la duración de las llamadas.

Caminé por el largo corredor hacia el teléfono, y cuando estaba eligiendo la moneda de una corona para insertar en la ranura, una mujer de grandes ojos claros apareció de pronto a mi lado, se inclinó hacia mí y me dijo en un susurro, con una mirada fija, implorante: *Help! Help me!* La miré, sorprendido. No alcanzaba a darme cuenta de dónde podría haber salido. ¿Habría estado quizá semioculta por la columna? Lo primero que advertí fue que aquella mujer, sin duda, habría sido muy hermosa no mucho tiempo atrás, aunque estaba ahora envejecida de forma prematura: la piel de su cara tenía algo casi transparente, quebradizo, con arrugas finas y crueles que parecían desgarrarle hacia abajo las facciones, como una máscara a punto de ser arrancada. Era extremadamente delgada, con un aspecto casi famélico, y las raíces del

pelo, muy crecidas, revelaban dolorosamente, bajo los restos de tintura, el gris verdadero y extendido de las canas. Los ojos eran muy grandes, verdes, húmedos y acuciantes, como los de una niña desvalida, y toda su expresión tenía algo lastimero. Llevaba un vestido pulcro, de mangas largas, raído por demasiados lavados, que parecía una segunda piel a punto de desintegrarse. Aun así, no tenía de ningún modo el aspecto de una mendiga sino el de una mujer elegante, suave y educada, que pasaba por alguna clase de apuro inesperado, o, en realidad, de acuerdo con el estado de su pelo y de su ropa, por una mala racha prolongada. Le pregunté en inglés de qué modo podía ayudarla, pero me hizo un gesto drástico y desalentado. *No English, no English*. Traté de hablarle en español, pero repitió el gesto de incompreensión, sin decir palabra, con dos tristes movimientos de la cabeza. *Help! Help me!*, volvió a suplicar, con una entonación más urgente, y la última sílaba se alargó como un balido. Le extendí entonces una de las monedas con las que iba a hacer el llamado. La miró con decepción, como si aquello no ayudara mucho, pero la tomó y la hizo desaparecer en un bolsillo, casi como un gesto de buena voluntad hacia mí, como si quisiera animarme, darme una señal de que había allí un principio de entendimiento, y quedó otra vez a la espera, con la cara expectante, y un intento desesperado de sonrisa. Las monedas, que evidentemente despreciaba, eran demasiado importantes ahora para mí, y no me arriesgué a darle ninguna otra. Cuando vio que yo no daba indicios de hacer ningún nuevo movimiento, me puso una mano temblorosa sobre el brazo y volvió a implorar, con el mismo tono lacerante: *Help! Help me!*

Le hice un gesto de disculpas, le mostré las palmas desnudas en el ademán universal de que no tenía más dinero, y traté de volverme hacia el teléfono para hacer la llamada. Pero ella dio entonces dos pasos rápidos y volvió a plantarse frente a mí, con las manos juntas en ruego, a punto de caer de rodillas, y volvió a repetirme, con un grito ahogado de angustia: *Help me!* Volví a mirarla a los ojos, unos ojos que parecían a la vez guardar y dejar escapar todo lo que había sido, y en el brevísimo segundo que me demoré, atrapado en el destello fatal de esa última luz incrustada, ella creyó ver una pequeña victoria. Me tomó del brazo con vehemencia y me señaló una ventana en el primer descanso de la escalera, mientras me daba ligeros tirones de la manga para que la siguiera por los escalones, como si hubiera algo que sólo pudiera confiarme a solas. Fui detrás de ella. Se detuvo bajo la ventana, me tomó de las dos manos y me las apretó con un gesto impotente y algo de impaciencia. Parecía querer transmitirme físicamente aquello que no lograba decirme. Sacudió la cabeza y volvió a repetir, ahora con una nota más grave y honda, y un acento íntimo: *Help me!* Creí comprender, oscuramente: la atraje hacia mí y en un impulso brusco, indescifrable, la besé en la boca. Me pareció que hubo en ella un instante de perplejidad: quedó inmóvil, algo rígida, pero se dejó abrazar por un instante. Fue como estrechar a un fantasma, un ser ingrávigo, sin huesos, que parecía disolverse

bajo mis brazos. Sentí el roce áspero y a medias huidizo de sus labios. Su boca, que yo no dejaba escapar, cedió y se abrió contra mis labios, pero cuando hice avanzar mi lengua, quedó girando en el vacío. Extrañeza y desolación. Supuse que ella había replegado la suya, de algún modo, al fondo de su boca, porque sólo encontraba ese vacío desconcertante, como si realmente aquella mujer no existiera del todo, o estuviera ahuecada por dentro. Entreabrí los ojos y comprendí que quizá me había dejado besarla como otra cortesía, pero sin entregarse enteramente, del mismo modo en que había aceptado la moneda, como una forma de indicarme que estaba en el buen camino. Me separé de ella y la miré otra vez. No parecía enojada, pero tampoco predispuesta a nada más, como si aquello hubiera sido un equívoco menor, pero que no debía distraerla de lo principal. *Help! Help me!*, volvió a repetir, con un tono dulcificado y la voz por primera vez animada: sin duda le había infundido con el beso un poco de esperanza y creía ahora que su ruego podía ser atendido. Y de la misma forma a la vez dulce y apremiante, como si no supiera por cuánto tiempo se prolongaría sobre mí el hechizo, me arrastró con tirones entusiastas detrás de ella, hacia uno de los cuartos al final del pasillo. *Shh*, me decía cada tanto, mientras daba vuelta la cabeza en el pasillo desierto, para asegurarse de que todavía la seguía. Se detuvo frente a una puerta, dio unos golpes con los nudillos y la abrió a medias, con una seña nerviosa de invitación para que avanzara dentro del cuarto. Dudé por un segundo frente a la puerta entreabierta, pero ella entonces me empujó un poco por detrás, hasta que di el primer paso dentro de la habitación. Sobre la cama, que estaba sin tender y revuelta, había un chico estirado a lo largo, de unos dieciocho o veinte años, a medio vestir y descalzo, que miraba televisión. En el piso se veían restos de comida y vasos de cartón sobre un diario abierto extendido como un mantel. Apenas entré en el cuarto, el chico se puso de pie para dejar libre la cama, en lo que parecía parte de una rutina que tenía bien aprendida, y me sonrió débilmente, con una mueca borrosa. Era muy alto, con un aspecto tosco y brutal, pero a la vez, algo inarticulado: un gigante torpe, no del todo acostumbrado a la posición vertical. Los ojos, ligeramente desenfocados, y sobre todo esa sonrisa colgante y blanda, me hicieron pensar por un segundo que tal vez tuviera un leve retardo mental.

La mujer le dijo dos frases breves y cortantes, y trató de alisar la sábana con una mano apresurada, a la vez que se dirigía otra vez a mí con una sonrisa ansiosa y me hacía con los dos brazos una seña invitadora para que me acostara. El chico, que había retrocedido en silencio, estaba ahora detrás de mí, contra la puerta. Giré la cabeza, sin poder evitarlo. ¿Era realmente un retardado? Ahora que lo veía de pie, con su cuerpo enorme que clausuraba la puerta, ya no estaba tan seguro. La mujer volvió a soltar una andanada de frases cortas. Parecía decirme con sus manos que no debía preocuparme por él, y volvió a repetir el gesto incitador para que me acostara. Cuando vio que yo permanecía de pie y estaba por dar el primer paso hacia atrás, dio

un grito agudo para detenerme, se acostó ella misma en el centro de la cama, alzó el vestido sobre los muslos flacos y abrió las piernas. *Help! Help me!*, volvió a decir, con un tono desgarrador, y corrió a un costado la bombacha para mostrarme la hendidura del pubis. Miré, petrificado, el movimiento de su mano, los dedos que hurgaban y separaban los labios para mostrarme el centro rojo. Pero entre los dedos vi también, penoso, desanimante, el vello lacio y mustio del pubis, ya totalmente blanco. Retrocedí, sin poder evitarlo. El movimiento furioso y circular de los dedos tenía algo hipnótico, pero ese manojito de pelo triste y plateado me daba una repulsión inexplicable, como si hubiera entrevisto la vejez verdadera y pavorosa de esa mujer, una vejez contagiosa, milenaria.

Me di vuelta hacia la puerta y la mujer gimió algo en su idioma y saltó hacia mí para tratar de aferrarme los brazos desde la cama, mientras me suplicaba con una última voz ronca, ahogada por la desesperación: *Help me!* Cuando vio que estaba todo perdido y que le daba ya la espalda, dio otro grito, esta vez dirigido a su hijo, y sólo pude pensar que le ordenaba cerrarme el paso. Quedé frente a él, y no hizo ningún movimiento para liberarme la puerta. De su cara se había borrado la sonrisa y ahora su aspecto me parecía solamente brutal. Vi que dudaba, todavía desconcertado, como si no estuviera seguro de obedecer, mientras su madre le seguía gritando la misma orden, en un tono cada vez más enérgico. Algo me encegueció entonces, y recordé la única lección que había aprendido en el colegio para defenderme en las peleas. Eché un poco hacia atrás la cabeza y con todas las fuerzas del terror le pegué un golpe tremendo con la frente en el medio de la cara. Escuché el crujido de un hueso y el chico dio un gran grito de dolor y se derrumbó de a poco de rodillas al suelo, con las dos manos en la nariz. La sangre le empezó a brotar, incontenible, bajo los dedos. Me abalancé al picaporte, abrí la puerta y arrastré a medias con la hoja el cuerpo caído hasta hacerme el lugar suficiente para salir. Pero algo me detuvo: el chico lloraba en el suelo, con las manos todavía aferradas a la nariz, lloraba frente a su sangre con hipos y gritos de desesperación y el desconsuelo aterrado de una criatura. La mujer había saltado de la cama y estaba ahora agachada junto a él. Trataba de contener la sangre con la punta del vestido, mientras atraía la gran cabeza a su regazo. Me miró desde allí y sus ojos verdes me horadaron con una luz feroz. Pareció de pronto que fuera a alzarse: toda su cara avanzó hacia mí, transfigurada en esa nueva luz llameante y maligna que despedían sus ojos. Su cuello frágil se tensó como un arco, alargó el brazo para apuntarme y con una voz estremecida de odio me lanzó una maldición lenta, implacable, y la repitió dos veces, con el brazo alzado y el gesto terrible de una sibila.

Nunca supe qué me deparaba esa maldición, pero quizá ya me alcanzó: allí donde voy, no importa en qué ciudad del país o del mundo, cada vez que una mano se extiende para pedirme limosna, vuelvo a ver esos ojos verdes, y escucho, como si ya

nunca pudiera arrancarlo de mis oídos, el balido atroz: *Help! Help me!*

Lo inconfesable

Paula Pérez Alonso

Es cierto que yo tenía imaginación de chica pero lo que voy a contar no proviene de la fantasía ni de la pesadilla.

Mi madre era una mujer muy atractiva: alta y distante, su belleza natural se animaba con la seducción de cada uno de sus movimientos. Sus ojos marrones, lo primero que uno veía eran sus ojos, no se derramaban, sitiaban. Los modistos donde cada temporada renovaba un sofisticado vestuario celebraban su elegancia mientras le rogaban que oficiara de *mannequin* para probar los modelos que recibían de los diseñadores de París, maravillados porque nunca tenían que corregir el original.

Recuerdo con nitidez cuando nuestro padre le regaló una carísima piel de ocelote, no porque a mi madre le gustaran especialmente las pieles, aunque en esa época se usaran, sino para verla en ella. Una tarde llegó una caja enorme sujeta con un moño delicado. Mi madre se sorprendió porque no lo esperaba, deshizo el moño con suavidad y abrió la caja: allí estaba la piel del pobre ocelote envuelta en papel de seda. Arrebatada por una excitación que yo no le conocía, mamá sonrió con todos los dientes; su cuerpo se onduló en una convulsión extraña y sus ojos brillaron con destellos nuevos. Se deslizó dentro de él y nosotros tres la miramos arrobados. Sentí un escalofrío al percibir su gozo supremo: el ocelote adquiriría vida en el contacto con su cuerpo; no era una piel asombrosa, era un animal que revivía al envolver sensualmente los hombros y el torso de mi madre. Justo sonó el teléfono: nuestro padre quería verla, ya llegaba. Y aunque por un momento quedamos suspendidos en la espera, me llamó la atención algo en el fondo de la caja: una pieza extra de piel, un cuello en el que habían incrustado los ojitos del animal, que miraban perplejos.

Nuestro padre la adoraba y no se dio cuenta del efecto que tuvo en ella el encuentro con ese animal. Le gustaba regalarle objetos caros: un reloj y una pulsera de oro blanco con un diseño increíble y un par de anillos de esmeralda, uno verde y otro rojo; una aguamarina; una gargantilla de diamantes y otras alhajas delicadas que mi madre recibía con cierta indiferencia; las usaría sólo en ocasiones muy especiales. Antes de salir hacia esas ocasiones especiales, venían a despedirse de nosotros y ella, espléndida, nos regalaba poco más de un minuto para que la admiráramos, y en la adoración y el consentimiento absoluto se aseguraba de que nos fuéramos a la cama de inmediato.

Nada ni nadie produciría en ella lo que el ocelote, al que nunca volvimos a ver: lo guardó en la caja como un secreto, como un objeto al que había que resguardar de la luz.

No había duda de que mi madre era cautivante para todos, hombres y mujeres, grandes y menores. Para mí siempre fue alguien misterioso; si su boca sonreía, los ojos rara vez acompañaban. Llegábamos de vuelta del colegio a las cinco de la tarde y ella siempre estaba allí: sencillamente se ocupaba de hacer funcionar la casa, de que las mucamas y la cocinera hicieran sus tareas y nosotros las nuestras. Todos los días mi hermana, unos años mayor que yo, le pedía que le tomara la lección que acababa de estudiar; ella disfrutaba de ese momento porque era muy buena alumna, y a mí me gustaba escucharla repetir con precisión y un alto y claro timbre de voz cada uno de los temas. Yo me ubicaba en el hall de distribución que separaba nuestro dormitorio del de nuestros padres; más indolente, saltaba al elástico, un juego que se jugaba de a tres en los recreos, con dos chicas que sostenían el elástico en cada extremo hasta dejarlo tirante mientras que la tercera saltaba pisando el elástico en distintas posiciones y alturas hasta que perdía y le tocaba el turno a otra. En casa, yo reproducía el juego: ponía dos sillas y practicaba distintas alturas mientras oía y veía a mi hermana, de espaldas, repetir conceptos de historia, geografía, lengua, y a mi madre, de perfil, sostener el libro de turno, sentada en un sillón de su dormitorio, a contraluz. Cuando mi hermana, satisfecha, consideraba que ya sabía suficiente, esta sesión terminaba. Yo no dudaba del verdadero intercambio de esa hora pero siempre tenía la sensación de que mi madre tenía la cabeza en otro lado, en esa situación en particular y en todas las otras, cuando en ese mismo lugar leía o cosía, o cuando escuchaba música y fumaba un cigarrillo en silencio, sentada en la penumbra del living. No nos faltaba nada pero ella no estaba ahí.

Yo la observaba sin que ella se diera cuenta, la veía inclinar levemente la cabeza sobre el libro, siempre de perfil, estática, casi como una estatua. Me fascinaba mirarla: esperaba que en algún momento hiciera algo, un gesto, que develara su verdadera naturaleza.

Hasta que sucedió. Un día presentí que si yo la llamaba «mamá...», como tantas veces, ella iba a girar la cabeza con lentitud y me iba a mostrar su verdadera cara: la de una bruja. Una bruja horrenda, como la de los cuentos, con la nariz ganchuda y grasosa, los pómulos altísimos y las mejillas hundidas, una quijada enorme con el mentón prominente y una verruga asquerosa llena de pelos. Me miraría casi sin ojos y se sonreiría y al segundo le brotaría una carcajada de la que no me olvidaría nunca, porque no sólo atravesaría mi cerebro sino el espacio y el tiempo que pudiéramos abarcar. Mientras se reía a carcajadas (que yo no le conocía) diría: «¡Me descubriste! ¡Sí! ¡¡¡Soy una bruja!!! ¡Por fin te diste cuenta!» Y cuando volcara la cabeza hacia atrás parecería ahogarse en la carcajada estentórea.

Eso hice una tarde en que estábamos las dos solas en casa. No sé por qué me dejé llevar por la terrible tentación de confirmar algo tan temido sin pensar que traspasar ese umbral me llevaría a un infierno.

Y el enigma se develó. La vi sentada con un libro en el sillón de su dormitorio, de espaldas a la puerta, inmóvil, ausente, y no me pude contener. Le dije: «Mamá...» casi en un susurro, y cuando me oí ya me había arrepentido... porque ella levantó la cabeza y la giró ¡y era la bruja! La piel horrenda, seca y llena de arrugas, surcada por protuberancias y un grano en la punta de la nariz de la que asomaban dos pelos hirsutos. Había una tensión infinita en ese rostro. Me miró con los ojos tristísimos — no era la mirada de la bruja que yo había imaginado—, y después habló.

Me dijo que el hecho de haberla descubierto significaba que también yo tendría que ser una bruja como ella —una Bruja del Mal—; ese hecho me iniciaba y me vinculaba de manera inexorable. Me propuso que la acompañara en sus acciones, pero primero me tendrían que dar algunos poderes y a su vez yo «asumir ciertos compromisos con la Orden». Mientras hablaba la cara se le fue agudizando, el pelo encrespando y toda ella se tensó; la mirada ya no era triste, brillaba en la oscuridad de su voz hueca.

El terror me clavó al piso, no me atreví a respirar. Decirle que no a mi madre no entraba en nuestro código familiar pero yo no quería ser una bruja ni tener poderes ni pertenecer a ninguna Orden. Me mostraba los dientes puntudos y negros, la boca llena de huecos, y respiraba de una manera pesada, como un búfalo: gozaba con mi cara de horror. Se pasaba la lengua por los labios reseca, era una lengua larga y oscura, parecía la de una víbora... Repasaba los labios humedeciéndolos apenas y la volvía a meter hacia adentro. ¿Tendría veneno? Me miró como diciendo «Es imposible escapar de esto. Estás frita, no hay marcha atrás».

Durante un día entero no pronuncié palabra, enmudecí. Disimulé, hice ver que me dolía la garganta, algo que no extrañó a nadie porque era mi punto vulnerable y me enfermaba a cada rato.

Justamente de eso se trataba, me parecía imposible aceptar que mi vida había cambiado de un día para el otro: estaba presa en esa nueva realidad y carecía de experiencia de un fenómeno semejante. El miedo se apoderó de mí, era el fin de mi mundo infantil. Una oscuridad se extendía sobre mi vida.

Lo peor era que no podía compartirlo con mi hermana o mi hermano porque ellos no lo creerían. Nuestro padre menos. Me desacreditaría de inmediato, me pondría en ridículo o me castigaría. Y mi madre se vengaría. Entonces tenía que guardar el secreto para sobrevivir. Yo no sabía de qué era capaz mi madre, ella me resultaba una extraña y yo no quería pertenecerle.

Compartía el dormitorio con mi hermana y a la noche, antes de dormirnos, la luz ya apagada, en ese momento de complicidad o confianza que regala la oscuridad, estaba tentada de confesarle mi angustia. O cuando tomábamos el desayuno la miraba: su vida transcurría con naturalidad, en ese silencio de la mañana y el sueño (mamá y papá se despertaban más tarde y nuestro hermano mayor salía más

temprano, iba a otro colegio). Me imaginé cientos de veces contándole el secreto horrible que me amenazaba. Pero la posibilidad de que no me creyera era peor que la posibilidad de su protección, entonces prefería aplazar la fantasía de esa salvación y rescate: mientras albergara la esperanza de encontrar la manera de contarlo y que me creyera, existía una salida; si la agotaba con resultado negativo, lo único que me quedaba era la pesadilla constante que me proponía mi madre. O la muerte. Trataba de regular el desgaste que me producían estos pensamientos porque la desesperación me lanzaba al vacío. Durante el día conseguía olvidarme un poco, me esforzaba en concentrarme en la clase; en el recreo jugaba al elástico con mis amigas, pero cuando era la hora de volver a casa sentía la saliva en los carrillos y la bilis que me subía hasta el hueco de la lengua, me sudaban las manos y la frente y me ponía pálida.

No conocía a mi madre y no sabía de qué artilugios podía valerse para conseguir su propósito. Nuestro padre era alguien muy inteligente, sin embargo ignoraba todo de ella. Y yo no podía descubrirla: nadie me creería. Veía la vida de mis amigas tan inocentes, tan libres de tormentos. En la clase, en la calle, en el kiosco, durante el viaje en el ómnibus que nos pasaba a buscar a las ocho menos cuarto de ida y de vuelta y nos depositaba en la puerta de casa a las cinco, de lunes a viernes, observaba a los otros chicos y chicas, imaginaba la vida de cada uno y cualquiera me parecía mejor que la mía.

De noche el tormento se extendía: soñaba que la madre de mi madre, mi abuela, volvía de la muerte para llevarnos con ella, montadas en una espiga o una brizna de paja o en un lobo oscuro y silencioso, seguro del tránsito al que nos dirigía: el mundo de la oscuridad. Aparecía por el jardín de nuestra casa y por allí salíamos las tres, abandonando para siempre la vida tal como la conocían mis hermanos. Igual al mundo obsesivo y fantástico de la brujería en las pinturas negras de Goya: desgarradoras imágenes de matices negros que parecen iluminados por una linterna mágica. Eran los rostros angustiosos, devorados por el terror y lo irreal, que años después vería en sus cuadros.

Mi abuela Helena siempre había sido considerada alguien muy espiritual, «un ser superior», «una santa». Mi madre había sufrido muchísimo con su muerte repentina: una tarde, mientras se daba una ducha, mi abuela fue atacada por un fuerte dolor de cabeza, y se recostó. En veinte minutos estaba muerta. La dejaron en su cama, y dicen que mamá se acostó a su lado —le hablaba y le besaba la cara, la frente, el pelo—, y allí durmió hasta la mañana siguiente, cuando la obligaron a vestirse para ir al entierro. Fue cuando se dio cuenta de que su madre no estaba dormida: estaba muerta. Según nuestro padre, a partir de entonces, noche tras noche, en la cama, durante un año entero, mamá no paró de llorar, y él no podía consolarla, nada podía calmar esa pena.

Yo casi no había conocido a mi abuela, apenas tenía tres años cuando murió, pero

aun siendo una nena no creía en esa cantidad extrema de bondad o de cualidades en una persona; me resultaba inverosímil, un exceso innecesario. ¿Qué las unía de una manera tan profunda como para que mi madre, con tres hijos y un marido, no pudiera dejar de llorar todas las noches con tanto desconsuelo? Sería una bruja también mi abuela... y mi madre no podía contarlo... Ése era el gran secreto que las unía... Yo estaba segura de que algo las unía más allá del amor —y de la muerte física—, una condición inconfesable.

Lo que mi madre me proponía era ser una bruja como ella, salir juntas en acciones nocturnas a realizar «encargos», aventurarnos en ese submundo, una oscuridad que a ella le daba una vitalidad nueva, a la que no podía resistirse. No me presionaba pero a veces me miraba fijo y me encuadraba, enarcaba una ceja con una media sonrisa enigmática, haciéndome participar de su pensamiento mórbido. Me capturaba, yo estaba presa de ese efecto hipnótico que ella proyectaba sobre mí: muda, no podía dejar de mirarla, de considerar su propuesta, una vez más. Ella solo admitía el consentimiento. El secreto que había descubierto estaría presente en cada momento que compartiéramos, lo condicionaría todo para lograr convencerme de que ceder, entregarme, era mejor. ¿Los demás se daban cuenta? Parecía que estaban siempre distraídos en otras cosas. Estaba segura de que si esto le hubiera sucedido a alguno de mis hermanos, yo me habría dado cuenta. Tal vez la bruja no podía hacerme nada y tan sólo fuera su desesperación y la soledad lo que la llevaba a aterrar a otros, porque eso es lo que hacía: me aterraba.

¿Cuál era el daño, o la magia que hacía falta para gozar del daño? ¿Me obligarían a convivir en las tinieblas con fantasmas corrompidos, a escuchar cantos infernales con voces metálicas y estridentes, a comer cosas repugnantes, a dirigir ritos macabros, a adorar al Diablo, a matar niños, a chupar su sangre?

Una tarde jugamos con ella en casa —creo que a la mancha o al lobo—; ella nos corría, a los tres, y yo me puse a correr enseguida para alejarme lo más posible. Los tres gritábamos histéricamente exagerando el miedo de la cacería, pero cuando la vi lanzarse por el pasillo y dar vuelta la esquina del comedor, creí que me explotaba el corazón por el pánico a que me alcanzara y me agarrara. Sentí que había llegado el momento en que me iba a matar. Oí un alarido: de mi garganta salió un sonido muy agudo, tanto que temí que mis cuerdas vocales se desgarraran. Corrí desesperada y, en la carrera que tomé, me choqué con una puerta que no cedió ante mi empujón y me golpeé la cabeza; creí que finalmente me había muerto y me desmayé, todavía no sé si por el golpe o el pánico descontrolado. Cuando volví en mí, inmovilizada en posición horizontal por una bolsa de hielo que alguien había envuelto en una servilleta para aliviarme la nariz y la frente, descubrí con el rabillo del ojo que mis anteojos se habían hecho añicos con el impacto. La confusión del juego encubrió cualquier intención de daño real. Oí a lo lejos que mis hermanos se refocilaban con

algún programa de televisión. En la penumbra de mi cuarto, vi cómo mamá se acercaba con expresión severa... Yo cerré los ojos.

—No te hagas la dormida —me dijo—. Sé que estás despierta, a mí no me engañás. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Qué vamos a hacer? —Y enseguida, con tono amenazador—: No podemos esperarte mucho tiempo más.

La pesadilla era la realidad de haber sido capturada por su enorme poder, una pesadilla de la que no se despertaba. ¿Acaso existe mayor poder que el de una madre? Estaba cautiva, dominada. Ya nada sería como antes. No había manera de volver atrás, a la vida anterior, a la inocencia. Tendría que irme al submundo con ella y tal vez allí conseguir alguna libertad dentro del trato que hiciéramos, no resistirme más, entregarme a ella y a sus designios, y olvidarme del universo tal como lo conocía — la relación con mis hermanos y con mis amigas cambiaría, lo perdería todo—; o viviría huyendo de su proposición, algo que me volvía loca, que me ocupaba la cabeza entera y no me dejaba respirar; o tal vez debería dejar nuestra casa, abandonarlos, irme lejos donde nunca más me encontrarán, algo que a mi edad era imposible: una nena de siete años viajando sola no pasa inadvertida fácilmente. Además, no tenía el valor.

¿Podía negociar algo con mi madre? Eso es algo que nunca sabré.

Murió al poco tiempo —una mujer joven—: la atropelló un auto cuando cruzaba Libertador por el medio de la avenida, como siempre. Nunca nadie la había podido convencer de que caminara unos metros hasta el semáforo de Libertad; ella se lanzaba a cruzar desafiante, esperando que los autos la esquivaran. Tal vez creía que tenía algún poder especial que la protegía, pero ese día no funcionó.

Una soledad extrañísima se apoderó de mí, desde el momento en que entré en casa después de enterrar a mamá. Tuve una sensación desconocida en las entrañas, como si algo ajeno se hubiera metido en mi cuerpo mientras dormía. Un cosquilleo recorría mi sangre, desde la concavidad de las uñas, las plantas de los pies, los tobillos, los gemelos, las ingles, el pubis, las yemas de los dedos, las muñecas, hasta las sienes y el cuero cabelludo; una actividad incesante en mis venas y arterias, algo nuevo se estaba produciendo en mi organismo... Pensé que tal vez me habían convertido en una bruja sin mi consentimiento y recordé que mi madre me había dicho que el hecho de haberla descubierto «me iniciaba»: yo ya era una bruja pero sin poderes todavía, por eso sentía esa tremenda soledad y abandono. Después lo entendí como un anticipo de lo inevitable: vendrían a buscarme para llevarme al inframundo, que todos rehuimos pero sabemos que existe. El cuerpo humano, que es sabio, se prepara para lo *alien*.

Ya no podía hablar con nadie. Cada día me resultaba más difícil vincularme con el mundo real y la atracción por el inframundo de la Oscuridad se hacía irresignable. A la noche, cuando mi hermana ya se había dormido, me levantaba de la cama y

pegaba la cara a la ventana mirando hacia el cielo y susurraba: «Mamá, mamá, ¿estás ahí?». Creía que en la verdadera oscuridad ella reaparecería; entonces me encontraba convocando su espíritu y el de mi abuela, sentía que ya eran un solo ser, estaban unidas finalmente. ¿Vendría ella a buscarme? Todo mi día tendía hacia la noche. Cuando el sol desaparecía, me dominaba la ansiedad, atenta a los primeros movimientos nocturnales, a los destellos de las estrellas o al cielo cerrado (nunca era un telón opresivo sino las puertas de lo infinito y voluptuoso.) Me resultaba casi imposible dormirme porque sentía que tenía que esperar atenta y despierta a los miembros de la Orden que vendrían a buscarme. Por lo menos vería cómo era el procedimiento, el rapto, la persuasión, mi resistencia, mi consentimiento. Quería estar consciente durante mi transformación y entrega. ¿Conservaría algunos de mis rasgos? ¿Sería reconocible para los demás a partir de la metamorfosis que producirían en mí los poderes del Mal? Terminé deseando que sucediera: que llegaran por fin para perderme en ese submundo infernal, ya no resistir.

Viví en estado de pánico y de alerta durante meses. Los ojos se me agrandaron, las orejas también, el cuello se alargó casi ridículamente, el pelo se afinó sin remedio en una agonía de hebras invisibles.

Una noche, por fin, vi llegar a mi madre. Al principio no supe si era mi imaginación, mi anhelo, pero me convencí de que era ella cuando se acercó a la ventana desde el jardín y se asomó para mirar hacia adentro: con el reflejo de la luz de la luna reconocí el cuello de ocelote con los dos ojitos incrustados brillando con ferocidad. Iba montada en un lobo negro que tenía los ojos semicerrados y unos colmillos bien visibles. Mi abuela Helena iba en uno más robusto y de pelo plateado. Esperaron a que yo abriera la ventana y me trepara detrás de mi madre y me aferrara a ella. No miré hacia atrás.

Unos años más tarde, me dediqué a leer sobre brujería, brujas y demonios y descubrí un libro de un médico protestante, Joannus Wierus o Johann Weyer, *De Praestigiis Daemonum et Incantationibus ac Veneficiis Libri Sex*, publicado en 1563. Allí refutaba punto por punto, de manera brillante, el *Malleus Maleficarum*, la obra de dos dominicos que se convirtió en el manual de cabecera de los cazadores de brujas. El *Malleus Maleficarum* resulta hoy ilegible y el *De Praestigiis Daemonum* es esplendente. En aquella época nadie quiso observar esta cualidad: aunque Wierus fue aplaudido por algunos destacados médicos y teólogos, que reconocieron el valor en la agudeza y profundidad de su trabajo, prevalecieron la feroz condena y el ocultamiento, y su libro estuvo prohibido durante cuatro siglos por la Iglesia Católica. Como sucede tantas veces, se lo sofocó porque se anticipó demasiado a su tiempo: en el siglo XX se consagró a Wierus como el padre de la psicopatología moderna. Él sostenía que las brujas no existían, no habían existido nunca, que los síntomas se

habían malinterpretado y que tan sólo se trataba de mujeres que sufrían de una profunda melancolía. Esta información me estremeció, porque supe que había dado con la verdadera naturaleza de mi madre y de mi abuela.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para reponerme del hallazgo y no dejarme arrastrar por la conmoción de sus implicancias. Cuando esa tarde levanté la mirada del libro, encontré la de mi hija; no la había oído entrar en mi dormitorio. A pesar de su dulzura, me incomodó. Me había descubierto en un momento muy íntimo, privado; me contuve, impasible, casi dejé de respirar.

—¡Ah, mamá! Seguís acá...

La miré con intensidad pero sin enojo, enarqué la ceja, asentí con suavidad y deseé que fuera suficiente para callarla. No quería que me sacara de mi mundo, mis descubrimientos y mis cavilaciones.

Recordé la tarde en que mi hermano se había trepado a un sillón y con un cuchillo de cocina aserruchado había atravesado de lado a lado la tela de un cuadro. Era un retrato de mi madre que nuestro padre había encargado a un amigo artista pocos años antes. La mostraba espléndida y misteriosa. Mi hermano tenía nueve años y cuando mamá y papá lo retaron y le preguntaron, llenos de estupor, por qué había hecho eso, dijo que sólo quería ver qué había detrás.

No, nuestra madre tampoco estaba ahí.

Que exista el deseo de verdad no quiere decir que la verdad exista.

El paciente de Faraday

Pablo De Santis

1

Al principio odiaba que mi padre recibiera a sus pacientes en casa, pero después me acostumbré. Yo me escondía con mis muñecas en una piecita que había al lado del consultorio y escuchaba en secreto las voces. Mi padre era un desesperado que se había especializado en desesperados: los oía hablar de sus deseos de desaparecer, de borrarse, de morir. ¿Por qué le contaban esas cosas horribles a mi padre? ¿Por qué no se las guardaban? Entonces juntaba las manos y rogaba a la Virgen para que se cumplieran sus deseos. La Virgen no podía tolerar que en el mundo hubiera tanto dolor.

De niña imaginaba que sería bailarina, veterinaria, acróbata de circo; pero a los veinticuatro años me recibí de médica y comencé de inmediato una residencia en un servicio de psiquiatría. Poco después murió mi padre y yo quedé sola en la casa de Floresta. Tuve dos noviazgos largos; uno terminó en aburrimiento y otro, en engaño, ese disfraz del aburrimiento. Decidí no casarme ni tener hijos. Los hijos siempre se esconden y descubren todo.

2

Terminada mi residencia pude entrar, gracias a un amigo de mi padre, en un hospital militar. Los médicos jóvenes a menudo tenían recelos de entrar allí porque sospechaban, con razón, que el cruce entre dos órdenes jerárquicos —el médico y el militar—, ya de por sí conflictivos, era algo que sólo toleraban ciertas personalidades. Una vez dentro descubrí que muchos médicos que ostentaban un grado militar sentían una superioridad estúpida sobre los médicos sin galones, y un complejo de inferioridad, aún más estúpido, con respecto a los verdaderos militares. Me acostumbré a tratarlos con una mezcla de delicadeza y firmeza; yo siempre me acostumbro a todo. Descubrí que aquel ambiente no me desagradaba, como si su hostilidad encontrara afinidad con algún rincón de mi carácter.

Luego vino la guerra, que terminó tan bruscamente como había empezado. Una mañana mi jefe, el doctor Durán, me dijo que en el consultorio me esperaba un ex

combatiente. Un soldado clase 62, que se negaba a hablar, a comer, y casi a respirar. Había perdido dos dedos del pie por congelamiento. Le respondí a Durán que no tenía experiencia en esa clase de pacientes.

—Nadie tiene experiencia —me respondió.

El consultorio era minúsculo y deprimente; y a través de ese paciente y de muchos otros me especialicé en traumas de guerra. Los escuchaba en silencio y luego les hablaba con una voz que no era del todo mía: notaba a veces que mi susurro tenía una capacidad hipnótica, que parecía calmarlos. Acostumbrados a las voces militares, los desconcertaba la voz de una mujer.

Al principio me dejaba guiar sólo por mi intuición y por la bibliografía general, pero pronto encontré lo que necesitaba: a partir de un libro prestado conocí las teorías del doctor Faraday, a quien mi jefe, Durán, veneraba. Se lo tenía por el mejor en la materia: Faraday escribía sus casos con un lenguaje aséptico que nunca se permitía la duda; al leerlo se tenía la impresión de que la verdad consistía en la ausencia de compasión. Era la máxima autoridad mundial en algo que llamaba «síndrome de Etgart»; y no me extrañó que lo fuera, ya que nadie más parecía saber de qué se trataba. Faraday vivía en los Estados Unidos desde 1970.

Mi jefe, Durán, comenzó a concentrar en una pequeña sala de la que sólo él tenía la llave todas las historias clínicas de excombatientes perturbados por la guerra. Ansiosos por liberarse de sus archivos —donde insistentes periodistas empezaban a hurgar—, los directores de remotos hospitales le remitían a Durán sobres de papel madera y cajas de cartón. Yo me encerraba durante horas con aquellos papeles. A medida que mis lecturas avanzaban y los informes crecían, se dejaba ver en el centro de aquellas vidas rotas un enigma que desde entonces no ha dejado de obsesionarme: la elevada, anormal, tasa de suicidios. Mis propios pacientes no escaparon de la norma: ya habían muerto tres y pronto otros cuatro siguieron el mismo camino. Si tenían oportunidad, utilizaban las armas de fuego, si no, las vías del tren. Elegían lo más violento. Elegían lo que destrozaba. Elegían el invierno. Querían morir como si la guerra, postergada y secreta, al fin los hubiera alcanzado.

En una revista académica —que dirigía el mismo doctor Faraday— publiqué, con la venia del director del hospital, un trabajo sobre mis investigaciones. A último momento —y ya firmado el *nihil obstat*— agregué una llamada donde figuraba la cantidad de suicidios registrados. Esa cifra, aunque anotada con la tipografía diminuta de las citas al pie, fue considerada una traición. Dos meses después llegó el castigo: se me informó de mi traslado a un hospital militar del sur. No me extrañó en absoluto que se quisieran deshacer de mí. En la carta se me avisaba que el doctor Faraday en persona me esperaba allá. ¿Qué estaba haciendo Faraday entre nosotros? ¿Por qué elegiría ese hospital en medio de la nada? Pero el mensaje decía con claridad: «El doctor Faraday tiene un paciente que quiere mostrarle».

3

Viajé rumbo al sur en un tren destartado y lentísimo. Había llevado una novela para leer, pero renuncié para no tener que sacar las manos de los bolsillos de la campera. Al principio del viaje unos mochileros me fastidiaron con sus canciones de fogón; a medida que el viaje se alargaba, los ruidos se acallaron, como si entráramos en un país extranjero cuyo idioma era el susurro.

El viaje duró más de veinte horas. Llegué con dolor de cabeza y el cuerpo entumecido. Estaban avisados de mi llegada, pero nadie había ido a buscarme. Iba a preguntar al jefe de estación dónde estaba el hospital militar, pero apenas levanté la vista lo vi, a dos o tres cuadras de distancia. Arrastré la valija por las calles: algunas casas, una bicicletería, un almacén, baldíos. Una mujer barría la vereda, levantando un polvo blanco.

El hospital parecía una fortaleza abandonada. Sobre la entrada flameaba una bandera, pálida y deshilachada. En un banco largo de madera dormitaba un soldado que, cuando me acerqué, se levantó de golpe e hizo ridículamente la venia. Cuando le pregunté por el doctor Faraday, me miró desconcertado. Después invocó alguna tarea urgente y se alejó. Me interné en pasillos, subí por una escalera, hasta que al fin apareció un sargento que se ofreció a llevarme la valija.

—No sé quién es el doctor Faraday pero sé quién es usted, me avisaron que vendría. La voy a llevar a su habitación. Tendrá un sector del edificio sólo para usted. No se alarme si a la noche escucha ruidos; es el viento que encuentra siempre cosas para hacer sonar.

Me tendió la mano, me dijo que se llamaba Vega y que se ocupaba de la seguridad del hospital. Me guió hasta mi cuarto, a través de un largo patio. Era una habitación bastante grande, con una mesa de luz pintada de blanco y un armario de metal.

—Al fondo del pasillo tiene la cocina. Después le traigo una estufa eléctrica. A la noche baja mucho la temperatura.

El sargento Vega se marchó. Acomodé las cosas, mis pocas cosas, en el ropero. Me eché sobre la cama, un elástico de hierro, con la idea de dormir un par de horas de siesta.

Me despertaron unos golpes a la puerta. Atendí de mal humor, pero descubrí con agrado una cara amable: era una enfermera menuda, de ojos grandes. De inmediato le encontré un parecido con una cantante de bailanta cuya cara repetían las revistas del corazón.

—Quería presentarme, doctora. Mi nombre es Stella Maris, me dicen «Estel».

Soy una de las pocas enfermeras que quedan. Este hospital lo van a cerrar, nos van a trasladar a todos.

—¿Adónde?

—No sabemos todavía. Pero no hay de qué preocuparse: cualquier lugar es mejor que éste. Yo extraño la ciudad. Acá los sábados a la noche no hay dónde ir. En todas partes las mismas caras.

La enfermera suspiró. Suspirar es una forma instantánea de meditar sobre las oportunidades perdidas. Yo no sé suspirar.

—¿Y el doctor Faraday?

—Sé que va a venir alguien de afuera, pero no sé cómo se llama. Tendría que consultar con Prim, el director, pero yo no se lo aconsejo. Siempre está de mal humor.

Me sonrió y se fue.

Eran las seis de la tarde y ya era de noche. Salí a caminar por el pueblo. A un costado había una escuela-hogar, donde estudiaban —y dormían— los hijos de los peones que trabajaban en las estancias. En un bar pasaban películas en video; anunciaban una de *La guerra de las galaxias*. Tomé un café en un local que era confitería y pizzería y que tenía en el fondo una mesa de pool y un metegol. El mozo, un chileno, me recibió con una perorata sobre la ceniza volcánica: hacía mal a los pulmones, corroía la chapa de los autos, arruinaba las bombas de agua y los motores en general. Yo asentía en silencio. Siempre me impacienta que me hablen los mozos de los bares, los porteros, los taxistas. Un hombre alto, canoso, sentado a una mesa vecina, interrumpió la resolución del crucigrama y se sacó los lentes para decirme:

—La ceniza volcánica es el tema favorito de la gente del pueblo, doctora. Entre ellos no pueden mencionar el tema, porque están hartos, pero cuando ven alguien de afuera...

—¿Cómo sabe que soy médica?

—Acá todo se sabe. Llega alguien y es como si llegara el circo.

Me dijo que se llamaba Frías, que era viajante de comercio. Estuvo a punto de tenderme la mano de mesa a mesa, pero se arrepintió. Iba y venía por la zona, y una vez al mes visitaba la casa central de su empresa, en Buenos Aires. Observé que tenía las manos delicadas, de dedos largos.

—Me falta una palabra: «trastorno del ritmo cardíaco, latido adelantado».

—Extrasístole.

—Gracias, doctora.

No me gustan las conversaciones largas con desconocidos. Terminé el café y me fui. Se había levantado viento. Antes de volver al hospital estuve mirando la ropa que vendían en lo que parecía un gran almacén de ramos generales. Bombachas de campo, pantalones y camisas Grafa, alpargatas, guantes y tijeras para esquiladores. El pueblo eran pocas cuadras: el juzgado de paz, una escribanía, la comisaría. El único

cine estaba cerrado. Lo último que había, antes de que empezara el campo, era la estación de servicio. Di por sentado que ya había visto todo lo que había para ver.

4

Los lugares desconocidos nos inquietan a la noche con sus ruidos. Varias veces me desperté con la idea de que alguien rondaba la puerta. Abría los ojos y veía la estufa eléctrica, con sus dos tubos incandescentes, brillando en la oscuridad. Fue un alivio que llegara el amanecer.

A las ocho, con la cara lavada, fui a las oficinas del director del hospital, Prim, que no se había molestado en venir a saludarme. Tenía el despacho en el primer piso. Como todos los oficiales médicos que extrañan una vida puramente militar, el mayor Prim lucía unos recios bigotes negros. Apenas me saludó, me dijo:

—Yo creo que es un error que haya venido aquí. Lo mejor que puede hacer es irse.

—Gracias por la bienvenida. Pero recuerde que ustedes me llamaron.

—Yo no la llamé, doctora. Habrá sido Faraday.

—¿Dónde está?

—Estuvo trabajando en el quinto piso, pero después se fue sin avisar. Nadie sabe dónde está. Imagino que anda haciendo turismo por la zona.

—¿Y su paciente?

—No tiene ningún paciente, que yo sepa.

—¿No ha estado viendo a un excombatiente?

—Faraday vino solo y no vio a nadie. No hay excombatientes entre los pacientes que quedan. Tengo órdenes de alojarlo, y de brindarle todo mi apoyo...

—¿Y tiene órdenes de ayudarme a mí?

—Bueno, con usted no fueron tan específicos...

Le pedí ver el quinto piso. Movié la cabeza a un lado y otro, con fingida desazón.

—No, cuánto lo lamento. Faraday me pidió que nadie pase. —Después se encaramó sobre el escritorio, como si quisiera hacerme una confidencia, y dijo en voz baja: —Aproveche ahora que él no está para irse. Nadie la va a detener.

En los días siguientes Faraday tampoco apareció, pero decidí dejar de esperarlo y organicé mi rutina. Atendí a algunos pacientes de clínica general. Una mañana, bien temprano, Stella Maris —Estel, como quería que la llamara— me trajo a un hombre tan borracho que casi no se podía mantener de pie. Reconocí al sargento Vega, que me había recibido el primer día.

—Quiere irse, lo encontraron congelándose en la estación, pero hoy no viene ningún tren —dijo Estel—. Tengo miedo de que haga una locura.

Estel me preguntó si iba a poder sola con él y dije que sí. Lo llevé a uno de los consultorios. Lo hice sentar en un sillón giratorio, yo me senté en una enclenque silla de madera. Parecía tranquilo. Había estado esperando la oportunidad de poder interrogar a alguien que tuviera las defensas bajas, y el sargento Vega —si permanecía despierto— era el candidato ideal. Le convidé un cigarrillo y le pregunté si había visto a alguien en el quinto piso.

—No sé si hay alguien, doctora. —Vega hacía girar el sillón a un lado y a otro. — Sólo sé que llevé papeles, que pesaban muchísimo.

—¿Qué papeles?

—Cajas de cartón que llegaron en el tren. —La palabra «tren» pareció traer a su mente una serie de asociaciones, porque dijo: —No aguanto más este pueblo de mierda, perdón por la palabra. Me quiero ir, doctora. Soy de San Luis.

—¿Y por qué no vuelve a su provincia?

—Ahí debo una muerte. Pero no piense mal de mí. Fue de pibe, en una pelea. Por eso tengo que aguantar acá. Yo odio el viento y el frío.

Empezó, confuso, a contarme su vida: una desgracia tras otra. ¡Qué extrañas que nos han parecido siempre, a los médicos de clase media, las vidas de los pobres! Aproveché un silencio para volver sobre mis intereses.

—La cerradura está rota. Puede ver esos papeles, si le interesan tanto —dijo en tono de reproche.

Le dije que no me interesaban, que sólo quería apartarlo de aquello que lo angustiaba. Yo le hablé despacio; encontré, en alguna parte de mí ese susurro del que casi no era consciente. El sargento dejó de sollozar y de temblar, agachó la cabeza y se quedó dormido.

5

A la tarde vino Estel, maquillada con exageración, como si le hubieran encargado disfrazarse de Cleopatra en una fiesta escolar. Pensé que me iba a venir bien un poco de compañía. Me puse sobre el guardapolvo un cárdigan negro y fuimos a la cocina que había en el fondo del pasillo y, sin que yo se lo pidiera, me preparó un poco de té. De improviso me apartó un mechón de pelo de la cara y me dijo que tenía lindos ojos. ¿Por qué no me maquillaba? ¿Por qué no ponía un poco de color en los labios? Iba a contestarle que no era asunto suyo, pero me contuve y le pregunté dónde guardaban la sacarina. Me la alcanzó. Al ver las pastillitas diminutas, dijo:

—No puedo dormir, doctora. Necesito que me dé algo. ¿Habrás traído con

usted...? —preguntó, y empezó a recitar nombres de ansiolíticos. Era un verdadero *vademecum*.

—No puedo darte pastillas así como así.

Pequeña como era, se irguió con ademán desafiante.

—Antes las conseguía yendo a la noche con el que cuida el dispensario. Pero no quiero hacerlo más.

Se quedó mirándome. Me hacía responsable de su virtud. Así ejercía su discreto chantaje. ¿Pero quién puede resistir los deseos de una pequeña Cleopatra? Le dije que mañana, que quizá, que buscaría en el fondo de la valija...

Dos días más tarde, a la hora de la siesta, aproveché la calma para subir por las escaleras del fondo hasta el quinto piso. El ejercicio me dio calor y me saqué el viejo cárdigan negro que llevaba. Al llegar al quinto reconocí que el sargento tenía razón: si uno empujaba un poco, la puerta cedía. Entré en un largo pasillo que olía a lavandina. A un lado y a otro, puertas, algunas abiertas, otras cerradas con llave. Me asomé a cada una de las habitaciones sin llave: en una había camillas; en otra, materiales de construcción, sillas rotas, tubos de oxígeno. Ningún paciente a la espera del doctor Faraday. Al fin encontré las cajas de cartón que se apilaban hasta el techo. Reconocí de inmediato que era el archivo del hospital militar. Imaginé que habían trasladado los papeles para que no cayeran en manos inadecuadas. Dejé el abrigo sobre unas cajas y me puse a buscar a ver si estaban allí mis propios casos. Las historias parecían repetirse: los mismos episodios de fobia, el aislamiento, las depresiones prolongadas. No hice a tiempo a leer más, porque escuché pasos en el pasillo. ¿Sería el paciente del doctor Faraday? Me apuré a salir, pero no vi a nadie. Por las dudas, busqué la escalera: no quería que el doctor Prim encontrara en mi excursión una excusa para echarme. Al llegar a mi cuarto, me di cuenta de que arriba había dejado mi saquito negro.

6

En la calle principal, junto al juzgado de paz, había una biblioteca popular. Como no había librerías en el pueblo, entré. La bibliotecaria, Doris, era una maestra jubilada que usaba unos anticuados lentes de carey. Me presenté, le di la mano por encima del mostrador y le pregunté si me podía llevar algún libro. No era lo habitual que se autorizara el traslado a domicilio en la primera visita, pero como se trataba de una médica del hospital, haría una excepción. Me hizo llenar una ficha con mis datos.

—Y si trajo con usted alguna novela que ya leyó, no nos vendría mal una

donación.

Mientras buscaba en los estantes, entró Frías, el viajante de comercio que había conocido en el bar. Sin pedir permiso se puso a mirar los libros que yo había separado.

—Stefan Zweig, el doctor Cronin, Van der Meersch. Ésos no son autores de su generación.

Me agaché a recoger una página de *La ciudadela*, que había ido a parar al suelo.

—Tiene razón. Los leía mi padre. Pero no hay mucho para elegir.

La bibliotecaria acusó el golpe.

—Si quiere novedades, busque en el fondo los best sellers. Tenemos *Tiburón*, *Coma*, *Petróleo*... Claro, yo prefiero leer a los clásicos.

Entraron de golpe unos chicos de colegio, que extendieron sobre las mesas carpetas y lápices de colores. Hora de irme: no soportaba el bullicio. Frías se cruzó en mi camino.

—¿No quiere que le muestre los alrededores? A cuarenta kilómetros hay un poblado abandonado; lo dejaron todo, cuando fue lo del volcán. En algunas casas se ve por la ventana la mesa puesta, los vasos y los platos cubiertos por el polvo que entra por las rendijas.

Me miraba con insistencia; adiviné que esperaba una cita. Los hombres que trabajan viajando siempre están a la espera de romances de una noche: a la mañana quedan libres, se van, si te he visto no me acuerdo. Dije que no, gracias, y traté de sonreír.

De regreso al hospital subí sigilosamente las escaleras para ir a buscar el cárdigan negro; pero la puerta estaba cerrada. Habían cambiado la cerradura.

A la noche me visitó, como ya era costumbre, Estel. Pagué su compañía con pastillas rosas y verdes. Agradecida, me besó fugazmente los labios. Disimulé mi turbación y le pregunté por el paciente de Faraday.

—Que yo sepa no ha llegado nadie. Pero han estado llevando cosas arriba.

—Ese Prim quiere obligarme a irme antes de que llegue Faraday.

Me puso la mano en la espalda.

—Ahora soy yo la que debe calmarla, doctora. Prim es difícil, ya sé, pero no es así sólo con usted, lo es con todos. Está nervioso por su traslado. ¡Creo que tiene miedo de que lo manden a trabajar cerca de su esposa! Cuando llegue su doctor Faraday, todo se tranquilizará.

A la noche vi al sargento Vega subir las escaleras. Iba a llamarlo pero me contuve; parecía un perro apaleado. Murmuraba para sí una letanía de autoconmiseración.

Adiviné que lo habían reprendido por su comportamiento. ¿Se había emborrachado de nuevo? ¿O lo habían castigado por hablar conmigo?

Salí a caminar y a fumar. Hacía frío. Miré hacia arriba: en una de las ventanas había una luz tenue y me pareció ver a alguien de espaldas. ¿Ése era el paciente de Faraday? ¿También él esperaba, como yo? ¿Me estaba mirando? Hice unos círculos en el aire con la brasa del cigarrillo, como si fuera un saludo, una señal.

7

Me desperté en medio de la noche. Había escuchado ruidos confusos: una sirena, un bocinazo, ruido de motores. Me puse la campera encima del camisón largo y salí. Eran las cuatro de la mañana, y el frío cortaba la respiración. Cerca de la entrada había un auto de la policía y una camioneta de la gendarmería. Dos policías tiritaban, apoyados contra el capó. Pronto apareció Prim, vestido con una *robe de chambre* escocesa. Los bigotes y su actitud marcial contrastaban con la bata. Todos fumaban y el humo se confundía con el vapor que salía de nuestras bocas. Le pedí a uno de los policías un cigarrillo; me miró con cara de «¿Y ésta quién es?», pero me convidó. Le pregunté qué había pasado e hizo una vaga señal hacia una zona oscura.

Rodeados de uniformes, la bata escocesa y mi camisón largo de algodón creaban entre Prim y yo una especie de alianza. Pero ni eso me hacía merecer su simpatía: cuando me acerqué para preguntarle qué había pasado, dio vuelta la cara. Un cabo se cuadró frente a él y le informó:

—Lo encontramos hace veinte minutos, mi mayor.

—¿Desde dónde saltó?

Uno de los soldados señaló una ventana abierta. Era en el quinto piso.

El cabo tuvo de pronto en las manos, como por arte de magia, una linterna encendida, con la que iluminó un bulto en el suelo. La ceniza volcánica ya había absorbido la sangre. Era el sargento Vega, que seguía con los ojos abiertos. Tenía las piernas torcidas, quebradas en varios puntos. A un metro y medio la caída había dejado un pozo.

—Cayó de pie y luego rebotó hasta donde está —dijo Prim, mientras movía el haz de la linterna que le había arrebatado al cabo. Los otros hombres asintieron con gravedad a su veredicto.

Era inútil tratar de dormir, así que me vestí y fui hasta la cocina a hacerme un té. Pronto apareció Prim, que seguía con su bata escocesa.

—En unas horas sale un tren para Buenos Aires. Veo que ya se ha vestido, así que

sólo queda hacer el equipaje.

—No me voy a ir, doctor. Tengo que ver al paciente de Faraday. Para eso me llamaron. No hice dos mil kilómetros para irme sin ver nada.

Bruscamente me tomó de los brazos y acercó su cara a la mía. Olía a whisky; había estado tomando para poder enfrentarse a las obligaciones de esa noche: las llamadas telefónicas, el traslado del cuerpo, las amenazas a la psiquiatra recién llegada de Buenos Aires. Me había empujado contra la mesada de la piletta y el borde empezaba a lastimarme la espalda.

—¿Qué está haciendo, doctor?

Le había hablado, a pesar de mi alarma, con voz tranquila. Prim de inmediato abandonó el forcejeo. Pero no pidió disculpas. Desanimado, como si ya no le quedaran fuerzas para luchar, dijo:

—Usted es la causa de nuestras desgracias. Usted y ese Faraday.

—¿En serio cree que fue por mi culpa?

—Por supuesto que fue por su culpa. Usted habló con el sargento. Él tenía prohibido hablar con usted.

—¿Usted lo empujó? ¿O hizo que lo empujaran?

—¿Qué está diciendo? ¿Cree que necesitaba que alguien lo empujara? ¿No reconoce, doctora, a los de su clase? Tienen su desgracia tatuada en la frente.

8

Siempre me acostumbro a todo. Me acostumbré al pueblo. A las siestas, a las charlas con Frías, el viajante de comercio, que ya no insistía en llevarme a ninguna parte; a las películas en el bar, cuya cinta se trababa a menudo; a las visitas de Estel. A veces hasta deseaba que todo siguiera así, que no hubiera cambios, que no aparecieran Faraday ni su paciente. Después de su estallido histérico, la noche de la muerte del sargento, Prim dejó de molestarme.

Atendí pacientes: un maestro, aquejado de depresión; la bibliotecaria, que me hablaba de la importancia de la ortografía y de la decadencia de la educación; la mujer de un peón, que sufría episodios de desorientación y ataques de llanto. Y escuchaba largamente a Estel: sentí, como me había pasado con otros pacientes, que ella no hablaba conmigo sino con mi padre y que yo estaba escondida, deseando que todo terminara, que ya no hubiera dolor en el mundo. Le daba las pastillas, y ella repetía el beso que se había hecho costumbre y a veces se demoraba un segundo más.

Un viernes vino con un vestido nuevo, blanco con flores azules, y un lápiz labial de regalo. El color era muy fuerte para mí, pero me sentí halagada por el gesto. Contó que había conocido a alguien y que se iría del pueblo en tres días. Me costó reprimir

mi enojo; le hubiera hecho tragar el lápiz labial. Pero pude tranquilizarme y le aconsejé que no tomara decisiones apuradas. En mi voz ya vibraba ese susurro que no parecía ser mío. Ella de pronto despertó para decirme:

—Use el lápiz, doctora. Los besos sin rouge no dejan marcas.

9

Dos meses después de mi llegada un enfermero golpeó a mi puerta para anunciarme que había llegado el doctor Faraday. Sentí una alegría infantil. Siempre esperamos que alguien venga para que nos dé nuestro lugar, alguien que diga a los otros quiénes somos y cuánto valemos. Me vestí con lo mejor que tenía e inclusive me puse un poco de color en los labios, con el rouge que me había regalado Estel. Desistí de ponerme el guardapolvo. Estaba un poco desabrigada, con esa camisa fucsia, pero no me importó.

Yo había dado por sentado que la llegada de Faraday agregaría movimiento a la desidia del hospital, pero el gran hall de entrada estaba vacío. Me disponía a subir al quinto piso cuando sentí en mi brazo una garra: era Prim. Empezó arrastrarme hacia el fondo del pasillo.

—¿Qué hace?

—Váyase ahora. Es por su bien.

—¿Piensa que me voy a ir justo ahora? ¿Ahora, que vino Faraday?

—Por eso quiero que se vaya. Porque vino Faraday.

Quise resistirme, pero era más fuerte que yo. Me arrastró por el pasillo a la zona donde se alojaban las enfermeras. Abrió la puerta de uno de los cuartos y me empujó al interior, para que mirara. Estel estaba en la cama, completamente desnuda. La cabeza vuelta a un lado, el brazo caído, casi tocando el suelo. Prim levantó del suelo una frazada y la cubrió. Después volvió al umbral de la habitación, como si estuviera obligado a hacer guardia allí.

—Las últimas pastillas no llegó a tragarlas, se las encontramos en la boca. ¿Quién se las dio, doctora?

—Las usaba para dormir —dije sin voz.

—Las fue guardando y las tomó todas juntas. Espero que esto la haya convencido. Hay un tren que sale en una hora. Y ahora váyase, antes de que la vea Faraday.

Pero ya era tarde. Desde su puesto en el umbral, Prim miró el pasillo con estupor y casi con vergüenza, como si lo hubieran sorprendido en algún acto inconfesable.

—Doctor Faraday —dijo Prim—. Pensé que estaba arriba...

Y en ese instante todas sus bravuconadas y su encono se disolvieron. Me alegró verlo así.

Me asomé al pasillo y no vi a ningún Faraday, sino a Frías, ahora vestido de traje y corbata. Quise aclararle a Prim que no era Faraday, el especialista en cuadros post-traumáticos, el mayor especialista mundial en el llamado «síndrome de Etagart», sino un viajante de comercio que trabajaba la zona.

Frías me saludó con una sonrisa de complicidad.

—No se preocupe en presentarnos, mayor. Con la doctora ya nos conocemos.

Ahí estaba Faraday. Ahí había estado siempre. En vez de pedirle explicaciones, le pregunté:

—¿Está el paciente?

Faraday dijo que sí con la cabeza.

Pensé: «Ahora que Faraday ha llegado, ahora que todos saben quién es, todos se van a acercar, le van a pedir solución a sus problemas». Sin embargo nadie se acercó.

10

—El ascensor no funciona —me disculpé, como si el hospital fuera mi responsabilidad.

Caminamos hacia las escaleras. Prim había quedado atrás, en el umbral de Estel, vencido.

—El director del hospital me ha hecho la vida insostenible.

—Prim no cuenta. Hoy mismo, en una hora o dos, recibirá nota de su traslado.

Subimos al quinto. Él llegó sin aire y caminó muy despacio por el pasillo hasta una de las puertas. «Ahora veré por fin al paciente de Faraday», me dije. Él abrió la puerta y vi que la habitación estaba vacía. No me sorprendió. Cuando de niños nos damos cuenta de que los Reyes Magos no existen, no sólo nos damos cuenta de eso, sino también de que ya lo sabíamos desde antes.

La habitación vacía y luminosa. Una cama en el centro. En la mesita de luz un vaso con unos jazmines recién cortados. Cerca de la ventana había un perchero de pie, y ahí estaba colgado mi cardigan negro. Eso era lo que había confundido con una silueta, con el paciente de Faraday.

—¿Le han hablado del síndrome de Etagart? Mis enemigos dicen que lo inventé yo, pero es mentira. Es una forma exagerada de la compasión. En un pueblo de Austria hubo siete suicidios de jóvenes; luego se descubrió que todos conocían a cierto maestro que había destinado noches enteras a aconsejarlos. Hablaba en susurros, como usted. Quería liberar a todos de su dolor. Y los liberó del «dolor de estar vivo», como dijo Rubén Darío. ¿Estaba el divino Rubén en la biblioteca de su padre?

Yo iba a protestar, a negar todo, pero me callé. Después de todo, él era el mayor

experto mundial en el síndrome de Etgart, si es que existía tal cosa.

—Ya el doctor Durán me había escrito sobre usted. Hace años que sigo con atención su carrera. Conozco con perfecto detalle la muerte de cada uno de sus pacientes. Le confieso que puse al sargento en su camino, para verla actuar. Vega tenía la rajadura, esa debilidad esencial, por donde el susurro puede entrar. Lo de la enfermera, en cambio, fue una sorpresa, no lo había planeado. Sus poderes son más grandes de lo que creí en un primer momento. Hay tanto para estudiar.

Estaba asustada y pensé en escaparme. ¿A qué hora había dicho Prim que salía el tren? ¿Podía alcanzarlo todavía? Pero no tenía fuerzas. Siempre odié hacer el equipaje. Doblar la ropa, acomodarla, hacer que cierre la valija.

—Descanse. Mañana empezamos a trabajar —dijo Faraday al salir.

Hacía frío en la habitación. Me puse el cárdigan negro y me acosté en la cama.

Yo siempre me acostumbro a todo. Ya me estaba acostumbrando a ser la paciente de Faraday.

Aníbal Torres y su bandoneón regresan de la muerte

José Pablo Feinmann

1

El 3 de abril de 1995 será recordado como uno de los días más tristes, más luctuosos de la frondosa historia de la música de Buenos Aires, el tango. Murió, ese día, Aníbal Torres, el gran compositor, el gran bandoneonista y el gran amigo de tantos y tantos que lo fueron a llorar primero a su casa de la calle Arroyo, donde lo velaron, y luego a la Chacarita, donde prolija y devotamente le dieron sepultura.

Que Aníbal Torres viviera los largos últimos años de su vida, los últimos veinte de una vida que se prolongó, digna y tercamente, hasta los ochenta, en su fastuoso y hasta descomedido departamento de la calle Arroyo había desatado, en sus viejos y también tercicos y dignos admiradores, en esos seres anónimos que se bebían su música ya como el más exquisito champán o como el más áspero y malevo de los vinos, dolorosas y hasta lacerantes discusiones, porque nada es más doloroso, nada es más lacerante que poner en duda, que cuestionar la moral, la dignidad, la fidelidad al mandato esencial de aquellos seres que apasionadamente se admiran, como era el caso de Aníbal Torres, fallecido ese 3 de abril de 1995.

¿Por qué había elegido vivir en la calle Arroyo? ¿No vivían ahí los pitucos, los pudientes, esa oligarquía ostentosa para la que el tango era una frivolidad más y no una tempestad del corazón, una cuestión de vida o muerte, como lo era para los fieles seguidores del maestro? Misterios que celosamente reposan en el alma de los genios, indescifrables, lejanos. Nadie, jamás, podría saberlo. Tal vez fue la fama, el dinero o la presión de una familia que siempre quiso olvidar sus orígenes populares. Nunca amainaron, sin embargo, los que atribuyeron esa decisión aristocratizante al mismísimo Aníbal Torres. No había sido otro sino él quien le diera al tango una elegancia, un vuelo, una complejidad que lo alejaron de las ramplonerías del dos por cuatro. No en vano —a partir de la década del cincuenta, cuando apareciera en el Astral con un esmoquin negro cuyas solapas, por decirlo así, brillaban como un asfalto al mediodía— todos decidieron, todos aceptaron decirle «el Conde», el Conde del tango, canción de Buenos Aires.

2

Don Arnoldo Rosen, un hombre gordo, buenazo, tanguero, judío y ya cercano a cumplir gloriosos noventa años, presidía el club Nostalgias desde su fundación, en 1936, cuando el tango inmortal de Cobián y Cadícamo devastara corazones desde las radios, desde los teatros y los clubes. Ahí, durante el tórrido, definitivo verano de 1937, un joven que respondía al nombre de Aníbal Torres tocó ese tango con la orquesta de la institución y con un bandoneón que el mismísimo Arnoldo Rosen le comprara porque confiaba en su talento, porque quería verlo triunfar y porque nunca se equivocaba cuando su instinto le decía: «sí, esto es bueno, esto vale».

Esa noche se transformó en leyenda. Aníbal Torres tocó *Nostalgias* con un fraseo, una elegancia y un desborde —que a veces era desborde y a veces la insinuación o la amenaza del desborde— que pasmó a todos, a los caballeros, a las damas y hasta a los niños que correteaban por el patio del club cazando grillos o mariposas. La noche se cubrió de aplausos y vivas. Aníbal Torres saludó y don Arnoldo, una semana después, lo puso al frente de la orquesta y lo contrató para los carnavales de febrero. Ahora, apenas cincuenta y ocho años más tarde, Aníbal Torres había muerto; lo velaban lejos del Nostalgias, lejos del club de Boedo antiguo que lo viera triunfar; lo velaban en la calle Arroyo y nadie había invitado a don Arnoldo Rosen al triste, crepuscular evento. Aparecieron, como si buscaran amainar esa ausencia esencial, otros personajes cercanos o casi fundidos, como pegoteados, como abrazados, no a un rencor, sino al corazón generoso, siempre abierto, de Aníbal Torres. Se destacó por sobre todos el sublime cantante Edmundo Romero, que hiciera de *Sur* una creación inmortal, como bendecida por los dioses del compás, acompañado por Aníbal Torres, a quienes, los que sabían, le adjudicaban los mayores méritos, ya que —susurraban secretamente, ladeando la boca con el claro intento de lograr que esa palabras riesgosas al menos se oyeran desde un solo lado, si es que se oían— sin el genio de don Aníbal, sin su soporte orquestal, Edmundo Romero habría desafinado como un perro, algo que solía hacer siempre que otra orquesta —la de Juan D’Alessandro, por ejemplo, apodado el Rey del Compás Extraviado— solía acompañarlo.

No bien detectaron la presencia de Romero algunos periodistas se le acercaron con una premura que omitió el recato, la conducta mesurada que exige todo lugar en que se velan los restos mortales de un ser humano, sobre todo si de Aníbal Torres se trata, un ser humano tan relevante que lo era más que todos, pues, ¿quién podría negar que él no pertenecía a esa clase vulgar, tediosa y sobre todo mediocre a la que se denomina «el común de los mortales», sino a otra clase, la de mortales infrecuentes, los que llegan a acariciar con sus dedos, con su arte, el cielo luminoso de lo divino? Edmundo Romero exigió calma y se prestó a un interrogatorio que pidió, por respeto a don Aníbal, fuera breve.

—¿A qué se debe su presencia en este lugar, don Edmundo? —fue la pregunta, un poco obvia, del vespertino *Crónica*, diario popular al servicio de los apetitos paganos

de esa clase de personas, no muy pulidas en general, a las que se suele llamar «pueblo», «el pueblo» o, con frecuencia, sencillamente «la negrada».

—¿Cómo a qué se debe? —respondió algo sorprendido el gran cantante—. ¿A qué podría deberse? Vengo a acompañar a don Aníbal en este triste momento que está viviendo.

Nada podía amenguar la dolorosa ausencia de Arnoldo Rosen. El agravio era todavía mayor si se pensaba —como muchos pensaron, como otros no pudieron evitar pensar— que Aníbal Torres, a lo largo de su deslumbrante carrera, jamás había requerido otro bandoneón sino el que don Arnoldo, lejanamente, en el tórrido verano de 1937, cincuenta y ocho años atrás, le regalara. ¿Por qué semejante agravio? ¿Hasta tal extremo quería la familia ocultar los orígenes humildes del maestro?

Obstinado —de puro guapo, como quien dice—, don Arnoldo Rosen fue al velatorio. No era gente lo que ahí faltaba: había políticos, escritores, bailarines, coreógrafos, músicos, y actores y actrices, de los buenos y de los otros, que son, según se sabe, pensó Rosen, mayoría. Tampoco faltaba Aníbal Torres. Estaba en un negro y destellante ataúd, en el imponente centro del salón, pálido, con las manos sobre el pecho, y con su esmoquin, cuyas solapas brillaban, también ahí, en el ahogo del ataúd, como solían brillar, es decir, como un asfalto al mediodía. Don Arnoldo Rosen permaneció tieso junto al ataúd; no se persignó porque, claro, era judío y no es de judíos andar persignándose, pero ningún rostro, ni el de la viuda, exhibió más dolor que el suyo. Permaneció así, largamente, entremetido con su dolor, vuelto hacia adentro, buscando en sus recuerdos los mejores momentos que había compartido con el finado, y también algunos de los peores, para compensar. De pronto, una mano se depositó sobre su hombro, sacándolo de ese ensimismamiento triste, de ese ejercicio memorioso en que estaba. Era José Pedro Fellmann, un escritor que andaba por la cincuentena, había cultivado la amistad de Aníbal Torres y hasta había escrito unos sonetos para exaltar su arte, logrando así, según algunos maledicentes, denigrarlo con elogios huecos y reflexiones oscuras, incomprensibles, tal vez hegelianas. Rosen y Fellmann se conocían, no sólo por incurrir ambos en la religión de Abraham y Moisés, sino por incurrir también en los desmadres de la gula y sus feroces consecuencias: el exceso de peso. Fellmann abrazó a Rosen y lo sostuvo largamente contra su pecho. Los dos lloraron lágrimas viriles y verdaderas. Fellmann, luego, le dijo que había sugerido a la familia —y que la familia había aceptado— sepultar a Torres con su bandoneón, tal como en Hollywood se había hecho con un querido y desdichado actor a quien habían depositado en el féretro del final con la capa del personaje que lo hiciera famoso en la pantalla. (Fellmann, que era fanático del cine de California, creyó innecesario decirle a Rosen quién era ese actor, de modo tal que Rosen, que no era fanático del cine de California, quedó sin saberlo.)

Rosen se fue sereno, en paz consigo y con los demás, del departamento de la calle

Arroyo. Nadie lo había importunado, nadie le había preguntado qué hacía ahí un hombre como él, de origen humilde, que presidía un club también humilde, el Nostalgias, ése en el que, lejanamente, según ha sido dicho, iniciara el camino a la gloria don Aníbal Torres. Además, para su honda alegría, para su orgullo legítimo, se le había acercado, ahí, junto al ataúd del maestro, José Pedro Fellmann, el vate de Aníbal Torres, nada menos. Y le había comunicado esa decisión que a nadie honraba más que a él, a don Arnoldo Rosen, porque si era verdad, y cómo no habría de serlo, que Aníbal Torres sería enterrado con su bandoneón, sería, entonces, enterrado con eso que él, Rosen, le diera, tempranamente, en el viejo pasado; sería enterrado con algo que los hermanaba, que era parte de la amistad que habían construido, porque el bandoneón era de Torres, pero era, también, de Rosen, ya que era Rosen quien lo había depositado en sus manos jóvenes, ágiles, destinadas a la gloria. Un orgullo súbito, una alegría transparente lo colmó: Aníbal Torres reposaría toda la eternidad con un objeto, con un maravilloso objeto que era parte de don Arnoldo Rosen. Era, se dijo, como yacer junto a él. Pensamiento que inesperada y casi brutalmente lo inquietó hasta los confines del terror. Porque —es el momento de decirlo— Arnoldo Rosen le tenía terror a la muerte, un territorio en el que, sospechaba, no había tangos, amigos, vino abundante ni baréniques.

De este modo, cuando cruzó la entrada del Nostalgias, cuando regresó a su hábitat cotidiano, ya no estaba sereno, ni en paz consigo ni con los demás. Tenía miedo. ¡Maldita idea la de Fellmann! ¡Maldita idea la de ese vate presumido, que no había hecho otra cosa en su vida sino injuriar al maestro con sonetos efímeros, decididamente imbéciles! ¿Qué demonios tenía que ver Aníbal Torres con un actor de Hollywood?

3

Hacia el atardecer lo enterraron. Arnoldo Rosen acudió sólo para verificar si era cierta la versión que Fellmann le diera: que a Torres lo sepultaban con el bandoneón. Sí, era cierta. Luego de depositar el féretro, colocaron sobre éste un paño verde y sobre el paño el bandoneón del maestro, envuelto en una tela bordó, que a Rosen se le antojó de pésimo gusto, prostibularia. Luego Fellmann —quien parecía obstinado en adueñarse de todas las situaciones— recitó un soneto fúnebre —que a Rosen también se le antojó de pésimo gusto, aunque no prostibulario— y los sepultureros echaron algunas paladas de tierra. Rosen se fue sin saludar a nadie, sobre todo a Fellmann.

Tomó un taxi, encendió un cigarrillo —no sin antes consultar al chofer si podía hacerlo— y se consagró a pulir dos o tres gigantescas ideas que lo asediaban. No podía alejar de sí el terror que le producía imaginar bajo tierra al bandoneón del

maestro, a su bandoneón, porque era suyo, porque él se lo había dado, y si era suyo era, sin más, él, era él quien estaba allí, bajo tierra, muerto. Era él quien debía salir de esa tumba. Era él quien debía sacar de ahí ese bandoneón. O quien debía impartir esa orden a quien pudiera hacerlo. O a quienes; ya que uno solo, difícil.

Había, también, otra cuestión. ¿Cómo aceptar que el glorioso bandoneón de Torres quedara bajo tierra sólo por la estúpida sugerencia de ese estúpido vate injurioso, mediocre, excedido de peso? Enterrar ese bandoneón era escamotearlo al conocimiento, a la veneración, a la sana curiosidad de quienes habitan, aún, este mundo y querrán ver y tocar el instrumento en que Torres hizo su música. Así, exultante, don Arnoldo Rosen tomó una decisión sin retorno, definitiva: había que despojar de la tumba el bandoneón de Aníbal Torres, había que traerlo al Nostalgias, y exhibirlo al público, a los admiradores del maestro, a quienes desearan mirarlo y a quienes —luego de pagar un razonable, no excesivo sobreprecio— quisieran tocarlo. No por otro motivo hizo llamar a Perico López y a Rolo Galván.

4

Les dijo:

—Vayan a la Chacarita, lleven dos palas, abran la tumba de Aníbal Torres y tráiganme el bandoneón.

Perico López y Rolo Galván eran jóvenes. Perico tendría veinticuatro y Rolo, veintiséis o veintisiete, no más. Perico jugaba de centro en el equipo de básquet del club y Rolo era músico de la pequeña orquesta. Bandoneonista, por decirlo todo. Tenían veneración por Aníbal Torres, habían llorado su muerte no bien se enteraron de ella y ahora, ahí, frente a don Arnoldo Rosen, sintieron que esa orden, ese mandato que el presidente de Nostalgias les encargaba era un mandato celestial. Que si por algo habían llegado alguna vez a este mundo era, sencillamente, para llevarlo a cabo. Tal vez esto suene exagerado, pero Perico y Rolo eran jóvenes y ser joven es pertenecer al universo de la exageración. De aquí que Arnoldo Rosen —que no desconocía esa verdad— los eligiera para tan extraña tarea. Para cuyo refuerzo, como garantía de su realización implacable, añadió:

—La realización de esta tarea ha de ser perfecta —dijo—. Supérense. Vayan más allá de ustedes mismos. Sean infalibles, implacables. Hay cien pesos para cada uno.

Perico y Rolo se hicieron de dos palas, las cargaron en un pequeño, muy pequeño y destartalado camión, y partieron, a marcha lenta, hacia el cementerio. Como músico que era, Rolo hizo algunos comentarios acerca de la maravillosa aventura que los aguardaba: tener entre sus manos el bandoneón de Aníbal Torres, el instrumento con que el maestro había tocado sus tangos, o los había compuesto. Perico, mesurado o

quizá temeroso, se permitió mencionar algunos inconvenientes: que los guardias del cementerio los descubrieran, por ejemplo. Rolo Galván hizo un gesto desdeñoso.

—Nada ni nadie nos detiene esta noche —dijo, y encendió un cigarrillo. Y añadió—: El bandoneón de don Aníbal pertenece al Nostalgias y no hay fuerza sobre este mundo que pueda impedir que eso sea así.

Llegaron al cementerio. Descendieron del camioncito, se adueñaron de las palas y caminaron hasta la entrada. No había nadie.

—Es increíble —dijo Perico López—. Siempre hay vigilancia aquí.

—No esta noche —dijo Rolo Galván—. Los dioses de la música nos protegen.

Entraron. La luna estaba alta y era circular y fría. Los grillos cantaban quedamente y las luciérnagas, aunque no muchas, se apagaban y se encendían sin cesar, inquietas, de un lugar a otro, aquí, allá. Perico le dijo a Rolo —y se lo dijo muy seriamente, como una trabajosa confesión— que nunca había entrado de noche en un cementerio.

—De día, a veces —abundó—. No me gustan los muertos. Siempre que alguien se muere, pienso que algún día me voy a morir yo, y me viene como un mareo.

Rolo le dijo, evitando toda tersura, que no fuera idiota, que esa noche no buscaban un muerto sino un bandoneón. Que, admitió, estaba, por esas cosas de la vida, en la tumba de un muerto.

—Pero ese muerto —añadió— es Aníbal Torres, y Aníbal Torres es inmortal. O sea, es como si no fuera un muerto.

El impecable argumento cautivó y sosegó a Perico López quien, aunque nada dijo, agradeció íntimamente a Rolo el haberlo expuesto. Ahora, todo estaba claro. Aníbal Torres era inmortal y, por serlo, no era un muerto y ellos, meramente, iban en busca de un bandoneón. Además, recordó, los dioses de la música los protegían. ¿O no había Rolo asegurado eso? ¿Por qué habría de mentir?

Sin mayor demora —don Arnoldo Rosen les había entregado un minucioso mapa del lugar—, encontraron la tumba de Aníbal Torres.

—Seamos breves —dijo Rolo, quien, qué duda cabe ya, era más inteligente que Perico López y ejercía cierta autoridad sobre él.

Apartaron algunas coronas, las arrojaron a un costado, empuñaron las palas y empezaron a cavar.

—¿La religión no condena a los violadores de tumbas? —dijo, siempre importuno, Perico López.

—Nosotros no violamos una tumba —dijo Rolo Galván, y ladeando la boca, con algún enojo, agregó—: Buscamos un bandoneón.

Siguieron cavando.

—Tengo frío —confesó, con brusquedad, Perico López.

Rolo Galván se detuvo; lo miró duramente.

—Tenés miedo —dijo.

Perico negó con la cabeza: no, era frío, nada más, frío y no miedo. Rolo, aflojándose, sonrió y dijo que ya había pensado en eso. A unos metros había dejado un bolso. Lo abrió y sacó una botella de vino tinto. Se la alcanzó a Perico, quien la descorchó con los dientes y la llevó a su boca, inclinándose hacia atrás la cabeza. Bebió largamente, tanto que Rolo le dijo:

—Pará idiota, tenés que sacarte el frío, no emborracharte.

Perico le dio la razón. Bebió algo más y le entregó la botella. Rolo bebió un trago y dijo:

—Es verdad, hace frío. Yo también necesitaba algo de vino.

Dejó la botella en el suelo, cerca del bolso, y siguieron, más tibios y, quizá, más alegres, cavando.

De pronto, la pala de Rolo dio contra algo.

—Ya está —dijo—. Cuidado ahora.

Así, con cuidado, con reverencial sutileza, continuaron cavando. Hicieron un trabajo perfecto. Cavaron alrededor del bandoneón y hasta quitaron mucha de la tierra que reposaba sobre el ataúd para poder extraerlo sin violentarlo. Sólo entonces extendieron sus manos —algo tíasas por el frío, pero igualmente temblorosas por la trascendencia de ese instante— y le arrebataron el bandoneón a esa tumba, la tumba de Aníbal Torres. La luna era generosa, irradiaba como si deseara ayudarlos, como si fuera parte de esa aventura tal vez insensata, pero estremecedora, fuerte como la vida y temible como la muerte. Depositaron el bandoneón sobre un banco de piedra, lo despojaron de la tela bordó y perseveraron, durante un tiempo que fue como estar fuera del tiempo, en mirarlo extasiados.

—El bandoneón de Aníbal Torres —murmuró Rolo Galván, despacio, quedo, como si necesitara verificar con palabras la maravilla que veían sus ojos.

Entonces escucharon ese ruido.

Fue una crepitación doliente. Fue como si se abriera la vieja puerta de un viejo castillo. Fue un quejido largo, lento, majestuoso. Fue la tapa del ataúd de Aníbal Torres. Que se abrió. Que fue abierta por Aníbal Torres, quien, con lentitud, se incorporó, se dejó estar sentado en el ataúd, miró a los dos jóvenes, sonrió complaciente, satisfecho, sonrió, abundemos, con trasparente gratitud y dijo:

—Mil gracias, muchachos.

Como es razonable suponer, Rolo Galván y Perico López se asombraron en alto grado. Digamos, extremadamente. Sin embargo, ¡se lo veía tan bien a don Aníbal Torres! Descartaron la idea de estar frente a un fantasma. Y más aún la descartaron cuando lo oyeron decir:

—No soy un fantasma, muchachos. Soy una víctima de la codicia de mi familia.

Aníbal Torres salió de la tumba, sacudió su esmoquin y se sentó en el banco de

piedra, junto a su bandoneón. Dijo:

—Desde hace unos años vengo sufriendo ataques epilépticos. Algunos derivan en estados catatónicos, en los que parezco estar muerto. Mis familiares, los muy malvados, enfermos de apetencia y mezquindad, aprovecharon el último para darme por muerto ante el mundo y empezar a cobrar las regalías de mis tangos. Que son muchas, infortunadamente muchas, porque despiertan en los míos el deseo de mi muerte.

Perico López, que era sensible a todo tipo de desdichas, aun a las más extrañas, derramó lágrimas abundantes y verdaderas. Aníbal Torres se apiadó de él.

—No llores, muchacho. Ésta es noche de alegría. Ustedes vinieron a salvarme y lo consiguieron.

Rolo Galván, que se jactaba de sincero, confesó al maestro que no habían ido a salvarlo sino a salvar su bandoneón, ya que don Arnoldo Rosen les había encomendado esa tarea y les había ofrecido cien pesos por llevarla a cabo.

—¿Nada más que cien pesos? —dijo Aníbal Torres, y meneando, entre triste y resignado, su engominada y negra cabeza, comentó—: ¡Este Rosen nunca va a cambiar!

Perico y Rolo miraban absortos al maestro. Sentían —porque era más sentimiento que comprensión— que estaban viviendo algo extraordinario, algo que habrían de contar a amigos y parientes durante el resto de sus días. Frente a ellos, ahí, regresado de la tumba, estaba el gran hombre del tango. Y lucía una sonrisa amplia, saludable. Y ahora tomaba entre sus sabias manos el bandoneón y lo depositaba sobre sus rodillas y los miraba —a ellos los miraba, que eran dos simples muchachos del club Nostalgias— y preguntaba, increíblemente preguntaba:

—¿Cómo puedo agradecerles lo que hicieron por mí?

—Mire que fue por el bandoneón —insistió, algo obstinado en su sinceridad, Rolo Galván.

—No, muchachos —negó Aníbal Torres—. Ustedes vinieron a salvarme a mí. ¿O salvar mi bandoneón no es salvarme a mí? Los dioses de la música los enviaron, muchachos. —Y los miró fijamente a los dos, con ternura y casi como un padre, y agregó: —¿O ustedes no creen en los dioses de la música?

—¡Claro que sí! —dijo muy satisfecho Rolo Galván, y señalando a Perico agregó—: Si yo se lo dije a este idiota desde el principio, en la mismísima entrada del cementerio. «Los dioses de la música están con nosotros», le dije.

Entonces, con una destreza pasmosa, los dedos de Aníbal Torres jugaron entre las teclas del bandoneón y un sonido mágico, hondamente tanguero, el sonido del viejo, eterno espíritu del suburbio los envolvió a los tres. Y la luna estaba alta y era circular y fría y don Aníbal Torres otra vez dijo:

—¿Cómo puedo agradecerles lo que hicieron por mí?

Las caras de Rolo y Perico se iluminaron, pero no ahora por la luna, sino por una luz que les venía de adentro y que era la luz de una alegría pura, única, que los colmaba como nunca antes algo los había colmado. Y dijeron. Los dos dijeron:

—Tóquese un tango, maestro.

—Díganme cuál —dijo, pródigo, Aníbal Torres.

—El que usted quiera.

Inesperadamente disquisitivo, Torres dijo que su tango predilecto era *Melodía de arrabal*, aunque, añadió, reconocía que los había mejores, pero, siguió, no existía para él, dijo, una frase más perfecta que la frase primera de ese tango, frase que, a continuación, dijo lentamente, como silabeándola. «Barrio plateado por la luna», dijo.

—¿Se dan cuenta, muchachos? Todo el hondo espíritu del tango yace en esa frase. El barrio y la luna. El barrio y la noche. La noche plateada por la luna. Porque el tango es hijo de la noche y del barrio. El tango es hijo de la luna. Por eso es inmortal.

Incurriendo en la adulación, aunque hondamente sincero, Perico López dijo:

—Usted es inmortal, maestro.

—No se nos muera nunca, don Aníbal —se exaltó Rolo Galván.

Algo enigmáticamente, Aníbal Torres sonrió.

—Si es por eso, no tienen por qué preocuparse, muchachos. —Hizo una pausa, una luz brusca destelló en sus ojos. —Nunca me voy a morir —dijo, y añadió—: No puedo morirme ni aunque lo desee.

—Claro —dijeron, cada uno a su modo, y como si buscaran tranquilizarse, Rolo y Perico—, ¿cómo se va a morir usted? Si usted es un gran artista y los grandes artistas...

—¿Nunca mueren, no? —dijo Aníbal Torres—. Pero no es por eso, muchachos. No es por eso que yo soy inmortal. —Bruscamente pareció cambiar de tema: —¿Cómo anda el viejo Rosen?

Rolo y Perico dijeron que bien, que como siempre, que seguramente con ganas de verlo, porque, agregaron, don Arnoldo se iba a alegrar más que nadie al saber que usted, don Torres, está vivo, y si nos prometió cien pesos por llevarle el bandoneón, ahora, ahora que lo vamos a llevar a usted, nos va a dar por lo menos mil, ¿no le parece? Y Torres dijo que sí, que podía ser, aunque también podía ser que no, que les diera sólo doscientos o trescientos, no más, porque ustedes saben cómo es don Arnoldo, generosidad no derrocha, ¿o me equivoco? Rolo y Perico dijeron que no, que no se equivocaba. Y entonces el rostro de Aníbal Torres se ensombreció y dijo que tenía muchas, pero muchas ganas de visitarlo al viejo Rosen, y también, dijo, también a otros, también a ese José Pedro Fellmann, que tanto dijo siempre ser mi amigo y que tanto se apuró a decir poemas en mi tumba, a pedido de mis canallescocos familiares y, no lo dudo, en connivencia con ellos.

—A todos ellos los voy a visitar —insistió. Y luego dijo:— Pero a ustedes, aquí,

esta noche, les voy a dar lo que quieran. Pídanme lo que quieran, muchachos. Lo que más quieran.

Un sentimiento grandioso se apoderó de Rolo Galván y de Perico López. Y pidieron, se animaron a pedir lo que más deseaban. Eso que sabían imposible, pero tan deseable que no pudieron evitar pedirlo, exigirlo casi.

—Queremos ser inmortales como usted, maestro.

—Eso es muy fácil, muchachos —dijo Aníbal Torres—. Va a ser un placer para mí concederles algo que tan largamente se extiende a través del tiempo. Algo que dura tanto, sea tediosa o no esa duración. Pero, tediosa o no, ¡eterna! De ella carecen por completo los mortales, seres finitos, efímeros. Porque sólo los dioses o los grandes demonios participan del arte de lo infinito, negado a casi todos, concedido a unos pocos. ¿Cómo se los voy a negar? Será un placer. —Los miró. Y otra vez destelló esa luz en sus ojos. Que fue aún más intensa cuando dijo: —Un placer irrefrenable.

Y Aníbal Torres, el Conde del tango, echó hacia atrás su cabeza y largó una carcajada enorme, helada, urdida por la crueldad. Y fue en ese exacto instante, en medio de un terror indoblegable, cuando ellos, Rolo Galván y Perico López, vieron sus colmillos largos, filosos. Plateados por la luna.

El cuarto escalón

Gabriel Rolón

Tardó un poco en abrir los ojos. Inspiró, y el aire que llenó sus pulmones le produjo una sensación de placer y bienestar que creía olvidada. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Por lo general, al despertar tenía el dolor característico de las contracturas nocturnas, pero no esta vez. Muy por el contrario, nada le dolía. Sin embargo, y aunque no podía decir qué, supo al instante que algo no estaba bien.

Por empezar, y a pesar de que el ambiente tenía una rara familiaridad, no podía identificar dónde se encontraba. Delante de sus ojos, tres o cuatro paredes se sucedían en forma de abanico, de modo tal que podía percibir las todas. Un cable se extendía horizontalmente sosteniendo dos lámparas que parecían desafiar la ley de gravedad, y un agujero vidriado le permitía ver un horizonte gris. Confundido aún, quiso girar sobre sí mismo para ver mejor, pero no pudo. Intentó, entonces, ayudarse con las manos, pero éstas tampoco lo obedecieron. «Tranquilo», se dijo. «Esto no es más que un sueño.»

Sus sienes empezaron a latir con fuerza, y comprendió que su corazón debía de haberse acelerado. Pero junto con esa sensación, una aun mucho más fuerte lo sobresaltó: no sentía los latidos en el pecho. «Debo de estar muerto», pensó antes de volver a caer en un pesado sueño. Se equivocaba. No tenía tanta suerte.

Un aliento intenso lo despertó al tiempo que una fuerza inesperada lo sacudía. Gritó. Su cabeza quedó de costado, y pudo ver que, en realidad, se trataba de su perro, un ovejero alemán llamado Tyson. El animal, que había escapado ante su grito, se detuvo a unos tres metros de él y lo miró extrañado. Se sentó y se mantuvo alerta. Él intentó calmarse y evaluó la situación en la que se encontraba y, de a poco, los detalles fueron aclarándose en su mente.

Las paredes blancas e inmaculadas, las ventanas de madera, el damero del piso y la puerta cancel que daba al hall de entrada no dejaban dudas: estaba en el recibidor de su casa. Pero ¿por qué se veía todo tan extraño?

Otra vez intentó mover la cabeza, y otra vez su cuerpo se negó a obedecerlo. Aun así, pudo mirar y discernir que lo que había creído que eran paredes sucesivas no eran sino los desniveles de la planta superior, y que el agujero vidriado en la pared era en realidad la claraboya. Volvió a mirar hacia el otro lado y constató que se encontraba tirado sobre la escalera. ¿Por qué causa había llegado a esa situación?

Como solía hacer cuando perdía algo, intentó reconstruir los pasos anteriores en

busca de una respuesta. Lo último que recordaba era haber discutido con Inés. El motivo había sido insignificante, pero lo cierto es que la situación derivó en una pelea.

—¿Qué es lo que querés que haga? —le había preguntado ella llorando.

—Que me dejés en paz. Eso quiero. Que te vayas.

No le importó ser cruel. En general, la crueldad era algo que le salía bastante bien. Era un hombre exitoso y algo solitario, al que le costaba poner límites de buen modo. Por eso había adquirido esa forma patológica de terminar con las cosas. Llevaba todo hasta un punto sin retorno y allí lanzaba la estocada final, sin evaluar el daño que pudiera producir en los demás. Tal vez por eso, todos los que habían pasado por su vida lo odiaban. No era una mala persona pero, a veces, la enfermedad lastima mucho más que la maldad.

Inés guardó en la cartera el cepillo de dientes, alguna ropa interior que dejaba para las ocasiones en las que se quedaba a dormir —que era casi siempre—, y salió del cuarto.

—Sos un hijo de puta —fue lo último que dijo.

Él se quedó acostado y ni siquiera bajó a acompañarla. Después de todo, odiaba las despedidas. Un portazo le confirmó que Inés se había ido.

Esteban la había conocido una noche, en una reunión empresarial de fin de año en una casa quinta. Tomaba algo al borde de la piletta cuando la vio sentada en el otro extremo, mojándose los pies y con los zapatos en la mano. Era hermosa.

—¿Y si nos vamos? —le preguntó sin siquiera acercarse.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Perdón?

—Dije si no te gustaría que nos fuéramos. La fiesta se acabó; los dueños de casa ya están borrachos, como la mayoría de los invitados, y hace rato que esto ya no tiene ningún sentido.

Inés fijó sus ojos en él. Qué lindos eran sus ojos. Casi lo había olvidado. Fatalidades de la rutina.

—No lo sé. ¿Para dónde vas?

—Adonde quieras.

Ella sonrió.

—¿Sabés cómo me llamo?

—No.

—En cambio yo sí, y sé quién sos vos.

—No me digas...

—Sí te digo. Esteban Melgarejo, el nuevo accionista que va a rescatar la empresa del desastre y que va a permitirnos conservar todo esto —le dijo, y con un movimiento de su mano pareció abarcar toda la propiedad.

Él se acercó y se puso en cuclillas.

—¿Y vos quién sos?

—Inés, la hija menor de tus socios, los dueños de casa borrachos. Así que supongo que tengo que agradecerte de alguna manera, ¿no? —expresó ella y le tendió la mano.

Esteban la ayudó a levantarse y le respondió:

—No hace falta. Además, no me gusta lograr cosas por gratitud. La gratitud me deserotiza.

Ella sonrió y se fue con él. Esa noche durmieron juntos por primera vez. De eso hacía algo más de dos años. Esteban se enamoró de ella al instante. Es más, aún la amaba. Pero eso no significaba mucho, ya que siempre terminaba expulsando de su lado a la gente que quería.

Tal vez fuera el gesto de contrariedad que el recuerdo le produjo, o quizás una mera reacción instintiva, pero justo cuando pensó en eso, Tyson se levantó y caminó hacia él. Se arrimó y le lamió la cara. Esteban quiso correrlo, pero su cuerpo seguía inerte. Además, el contacto le hizo bien. Por los vidrios espejados de la puerta cancel pudo ver el reloj: eran las seis y cuarto. Pero ¿de la mañana o de la tarde? ¿De qué día? ¿Cuánto tiempo llevaba en esa situación? No lo sabía. Volvió a mirar el patio por el espejo y vio el árbol sin hojas movido por el viento. Empezaba a hacer frío, y la luz que entraba por la puerta comenzaba a desaparecer. Sin duda eran las seis y cuarto de la tarde y, aunque el dato no tuviera demasiada importancia, se tranquilizó.

El reloj marcaba ya las dos cuando el ladrido lo despertó y, al abrir los ojos, la oscuridad con la que se encontró fue tal que lo mismo hubiera dado mantenerlos cerrados. Seguía en la misma posición anterior. Nada había cambiado, excepto que ahora el frío era aun mayor, le dolía la cabeza y tenía la boca seca.

—Tengo sed —dijo, y su voz resonó en el silencio.

Sintió miedo y quiso gritar, pero el sonido que salió de su boca no fue más que un susurro. Le pareció escuchar un ruido que venía del comedor.

—Ayúdeme, por favor.

El bulto que fue hacia él no necesitó de luz para moverse con seguridad. El aliento ácido le indicó que se trataba de Tyson, que acudía a su llamado sin saber muy bien qué se esperaba de él. Tal vez por eso, luego de olfatearlo un poco, empezó a dar vueltas, desconcertado.

—Tyson, ladrá —dijo con un hilo de voz.

Pero Tyson no daba señales de haber entendido el mensaje.

—Pensá, Esteban —se dijo a sí mismo como si hablara con otra persona—. ¿Qué fue lo que pasó?

Y de a poco los recuerdos fueron abriéndose paso en su memoria.

El portazo que indicaba que Inés se había ido de la casa lo encontró sentado en la cama, descalzo y apenas vestido con una camisa. Habían tenido sexo. Pero entonces, ¿por qué habían discutido? Cerró los ojos y la escena pasó frente a él como si se tratara de una película.

—¿Tanto te cuesta acompañarme? —le reprochó ella mientras se vestía.

—Sí. Odio esas reuniones. No tengo nada que ver con esa gente.

—Puede ser. Pero resulta que esa gente es mi familia.

—Vos lo dijiste. Es *tu* familia, no la mía.

Ella lo atravesó con la mirada.

—¿Qué me mirás así? —continuó Esteban—. Nunca te mentí. Sabés que los detesto.

—No, si ya sé que no te gustamos. A lo mejor es porque nosotros no encerramos a nuestros padres en un geriátrico para que se mueran solos.

Esteban acusó el golpe. Inés hizo una breve pausa y continuó:

—Pobre tu viejo. Qué vida de mierda. Primero la mujer que ama muere en un accidente y él queda solo con su hijo apenas nacido. Y años después, ese hijo al que le dedicó la vida lo deposita en un asilo y no lo visita nunca más —dijo y lo miró desafiante—. Decime: ¿sabés la fecha exacta de su muerte? Digo, porque a lo mejor, las enfermeras se dieron cuenta tarde y, como vos no estabas allí...

De pronto Inés se detuvo avergonzada de sí misma.

—Perdoname. Mirá en lo que me estoy convirtiendo. Yo no quiero ser así. No quiero. Esteban, por favor, no nos lastimemos más. Yo te amo.

—¿En serio? —dijo él mientras rechazaba su abrazo—. Entonces haceme un favor.

—¿Qué es lo que querés que haga?

—Que me dejés en paz. Eso quiero. Que te vayas.

—¿Estás seguro de que eso es lo que querés? Mirá que si me voy, no voy a volver nunca más.

El silencio fue la única respuesta.

—Está bien. Quedate tranquilo que no vas a saber nada de mí nunca más.

Tirado sobre la escalera, Esteban esperó a escuchar el portazo, pero nada quebró el silencio de la noche. Abrió los ojos en la oscuridad a la que ya se había acostumbrado. Estaba temblando. Y de pronto se dio cuenta de algo atroz: realmente Inés no iba a volver nunca más. Era la única persona que tenía llaves de su casa, y eso quería decir que nadie iba a acudir en su auxilio.

Una vez que Inés se fue, se tomó un somnífero e intentó dormir. Le hacía falta. Sabía que se había excedido con ella y estaba dispuesto a disculparse, después de todo la amaba. Pero no iba a hacerlo ahora. Lo haría más tarde, cuando despertara. Ahora necesitaba descansar. Apagó todas las luces y el ruido de fondo del televisor lo fue arrullando hasta que, de a poco, se quedó dormido.

Un par de horas después, un ruido proveniente del comedor lo despertó.

—¿Quién es? —preguntó elevando la voz.

Nadie respondió. Aún bajo los efectos del somnífero, se levantó y caminó torpemente hasta la escalera. Al llegar se detuvo y volvió a preguntar.

—¿Inés, sos vos?

Pero todo era silencio. Suspiró molesto, se tomó de la baranda y descendió hasta el descanso. Desde allí podían verse el patio, el living y parte de la cocina. No parecía haber nadie. Seguramente Tyson había provocado el ruido. Se dio vuelta para volver a la cama, pero se detuvo. Se conocía bien y sabía que no iba a poder dormirse otra vez si no constataba que, efectivamente, nadie había entrado en la casa. De modo que encaró el primero de los doce escalones que conducían abajo. Pero apenas unos escalones después, pisó algo que no pudo distinguir, y perdió la estabilidad. Cayó de espaldas y se desbarrancó hasta quedar desmayado antes de llegar al piso.

Si no hubiera estado bajo los efectos del psicofármaco, quizás hubiera podido intentar alguna maniobra defensiva, pero no lo hizo y, en la caída, el cuarto escalón lo golpeó a la altura de la séptima vértebra cervical y cortó para siempre toda ligazón entre su cuerpo y su cerebro. Esteban jamás volvería a ponerse de pie, ni a caminar, ni a disfrutar de los placeres del sexo. Pero ojalá eso hubiera sido lo peor que le esperaba.

Tyson se levantó y buscó algo debajo de la escalera. Era un hueso de cuero. Esteban lo vio y supo que eso era lo que había pisado al descender. Lo miró con un odio irracional.

—Hijo de puta. Fuiste vos.

El perro ni siquiera reaccionó, concentrado como estaba en morder con voracidad el hueso. «Al menos —pensó Esteban— Tyson podía moverse y tenía qué comer.» Y una sensación de temor que no pudo racionalizar se apoderó de él.

El ruido del perro arrastrando el pote en el que habitualmente tomaba agua lo despertó. Era algo que él mismo le había enseñado. No podía estar en tantas cosas a la vez todo el tiempo, de modo que Tyson debía colaborar. Así fue que aprendió a pedir agua y comida cuando lo necesitaba. El perro se sentó, ladró y el pote rodó por el piso.

—No puedo —murmuró angustiado.

Tirado sobre la escalera, Esteban evaluó su situación. Era más que evidente que sufría una parálisis de su cuerpo, pero ésta podía ser total o parcial. En el primer caso, sólo le quedaba esperar el milagro de que alguien lo descubriera antes de que muriera deshidratado. Si en cambio la lesión era parcial, quizás habría alguna esperanza para él. No lo sabía.

Hacía mucho frío, y las sensaciones de hambre y sed no habían desaparecido. Por el contrario, eran insoportables, lo cual significaba que las terminaciones nerviosas no se habían cortado del todo. Entonces, quizás esto que le ocurría fuera sólo algo pasajero. Tuvo un asomo de esperanza, pero no duró demasiado.

El reflejo de la luna en los vidrios espejados atrajo su atención y se sobresaltó porque, al mirar, la imagen de un desconocido se reveló con toda claridad. Pero a pesar del miedo, comprendió que tal vez no fuera tan malo no estar solo. Hubiera querido darse vuelta para enfrentarlo, pero ya sabía que eso no era posible. Al menos, no por ahora.

No sabía quién era ese hombre, pero tampoco le importaba. Si era un ladrón, que se llevara todo. Estaba dispuesto incluso a darle la combinación de la caja fuerte. Había mucho dinero, pero eso ya no significaba nada para él. Lo único que quería era que el desconocido, antes de irse, llamara al 911. Estaba muy lastimado y sabía que, si no recibía ayuda pronto, iba a morir.

Volvió a mirarlo sólo para comprobar que el hombre no se había movido de su sitio. El rostro barbado y delgado lo observaba con atención.

Intentó hablarle, pero su voz se quebró y se puso a llorar. Sin embargo, no obtuvo más respuesta que el silencio. Atraído por su llanto, Tyson se acercó y lo lamió, y Esteban comprobó que las cosas estaban aun peor de lo que pensaba. En el espejo vio cómo el perro lamía al desconocido y comprendió tres cosas: que estaba solo, que ese rostro delgado y barbudo era el suyo, y que eso significaba que hacía mucho tiempo que yacía tirado en la escalera de su casa.

La situación parecía ser la peor. Pero no era así. El verdadero infierno aún no había comenzado.

No volvió a dormirse. Cada vez que buscaba el reloj a través de los vidrios de la puerta, que se habían transformado en su único contacto con el mundo, encontraba su extraño rostro y las agujas perezosas. Y aunque el tiempo parecía no pasar, sabía que no era así: su sensación de debilidad era cada vez mayor y su confusión aumentaba, casi tanto como el hambre. Aunque lo peor de todo era la sed. Sentía un ardor insoportable en la garganta y ya le costaba separar los labios pegados y pastosos.

Escuchó el sonido de la lluvia incipiente e intuyó que algunas gotas comenzaban a caer. Sonrió involuntariamente. Siempre le había gustado la lluvia, por eso se había hecho construir un patio interno y descubierto en medio de la casa. Además plantó

allí un árbol, cuya copa asomaba por la ventana de su cuarto. Parecía algo desubicado, sin embargo le daba al ambiente una belleza particular y, además, como siempre lo había querido, cuando llovía, llovía adentro. Como cuando era chico.

A los pocos minutos, la llovizna se hizo lluvia y la lluvia, tormenta. Escuchó el viento y los truenos y vio reflejados los relámpagos. La sensación de sed aumentó. Estaba seguro de que si tan sólo pudiera abrir la boca debajo de la lluvia, eso lo calmaría, pero no podía.

A Tyson, en cambio, lo asustaban las tormentas. Desde cachorro había sido así, por eso se acurrucó debajo de la escalera y se envolvió en su propio cuerpo. Esteban hubiera querido abrazarlo, decirle que no tenía nada que temer. La lluvia era algo hermoso y él hubiera dado cualquier cosa por sentir cómo mojaba su cuerpo una vez más. Recordó que Tyson había aprendido también a abrir la puerta del patio y eso le dio un motivo de distracción.

—Tyson, afuera —le ordenó con su voz casi inaudible.

El perro levantó las orejas y lo miró. Lentamente salió de su escondite y se dirigió al patio. Al llegar a la puerta vidriada volvió a mirarlo para asegurarse de que realmente su amo le pedía que saliera a la tormenta. Esteban lo vio por el espejo y repitió:

—Afuera, Tyson... Afuera.

Tras un momento de duda, la parte domesticada del ovejero venció al instinto y de un salto colocó sus patas sobre el picaporte y la puerta se abrió de golpe. Dudó antes de hacerlo, miró hacia arriba, y al final salió al patio con desgano. Dio un par de vueltas alrededor del árbol y orinó. Después pasó su lengua desesperadamente por el piso intentando calmar su sed, volvió a entrar y se sacudió. Algunas de las gotas de agua cayeron sobre el cuerpo de Esteban, pero no llegó a percibir las.

Con la puerta del patio abierta, podía escucharse mejor el sonido de la lluvia, y eso era hermoso, pero el viento que entraba enfrió la casa en un segundo. Esteban pensó que tanto frío iba a matarlo y, en ese momento, decidió que no iba a entregarse sin luchar. Tal vez había aún una oportunidad antes de abandonarse pasivamente a una muerte que parecía inevitable. Quizá, si lograba que Tyson se acostara sobre él, el cuerpo del animal podría darle un calor que le proporcionara algunas horas más de vida. Se dijo que, al menos, debía intentarlo.

—Tyson, vení —murmuró.

El perro apenas si levantó la cabeza y se quedó mirándolo fijamente. Y de pronto, sin que mediara ninguna explicación, Tyson gruñó de esa manera desafiante con la que los perros presagian una pelea. Los grandes colmillos quedaron a la vista y el rostro tierno y juguetón dio paso a la imagen lobuna del ovejero.

Esteban sintió miedo. No podía ser. Tyson siempre había sido un perro tranquilo y obediente. Demasiado acachorrado, incluso, para los seis años que tenía. Sin embargo

allí estaba, mirándolo de manera fija y amenazante. ¿Qué podría haberle pasado?

Sólo le llevó un instante encontrar la respuesta. En definitiva, a Tyson no le pasaba nada que no le ocurriera a él. Hacía días que estaba encerrado, estresado, tenía sed y, lo que era peor, tenía hambre.

A partir del surgimiento de esa idea, toda su atención se centró en el perro, hasta el punto tal de resistir al sueño, lo cual le produjo un agotamiento que iba terminando con las pocas fuerzas que le quedaban.

El reloj marcaba las nueve. La mañana había vencido a la noche una vez más, pero la tormenta continuaba furiosa.

De pronto Tyson se puso de pie y volvió a gruñir. En las últimas horas había estado inquieto y no dejaba de mirarlo. No obstante, esta vez se dirigió a la puerta cancel y la arañó intentando abrirla. Un ruido que provenía de afuera lo enojó aun más y movido por la frustración se agazapó y ladró. Era el sonido de algo que se arrastraba intentando entrar a la casa. Esteban tuvo la imagen del villano de *Terminator 3*, aquel robot que podía licuarse para tomar luego su forma inicial. Pero sabía que eso era una locura; aunque si lo pensaba bien, todo lo que le estaba ocurriendo era una locura.

Intentó identificar el origen de ese ruido casi como un ejercicio para mantener sus funciones cerebrales con vida e instantáneamente lo supo. Con esa certeza que a veces nos invade y que no deja lugar a dudas. Era el chico del quiosco de revistas de la esquina, que intentaba pasar por debajo de la puerta la entrega semanal. Se trataba de unos fascículos coleccionables sobre mitología universal. Si la memoria no le fallaba, esa semana era el turno de los mitos nórdicos. Podía recordarlo porque lo había estado esperando con especial interés. La gesta de Odín y sus hijos enfrentando a los gigantes. Él admiraba especialmente a Thor, el Dios del Trueno, quizá porque había alimentado su fantasía de niño bajo la forma de dibujos animados. Después, la lectura le había dado los elementos necesarios para convertir aquel gusto infantil en un disfrute poético.

Pero lo que más lo atrajo fue constatar que, a diferencia de las religiones monoteístas, los dioses paganos se parecían a los hombres. Los había de todas clases: fuertes como Thor, heroicos como Valder o traidores como Loki. Lo mismo ocurría con la geografía celeste. En definitiva, los hombres siempre han construido los infiernos a la altura de sus miedos. Por eso, para los nórdicos el infierno no era un mundo de fuego, sino de hielo. Para él, por ejemplo, el infierno era ahora un lugar frío donde los condenados no podían mover sus cuerpos. Tyson volvió a gruñir amenazante y Esteban pensó en el lobo Fenris. Era evidente que, cada vez más, su demonio personal iba tomando la forma de su perro.

La vibración que produjo la puerta de calle lo sacó de sus pensamientos. Si su

hipótesis era cierta, eso quería decir que a cuatro metros de él estaba la salvación. Jamás le había prestado la menor atención al chico que repartía diarios, más allá de alguna propina ocasional. Pero ahora era como uno de esos dioses que podían liberarlo de sus ataduras y salvarlo de una muerte segura. Sólo tenía que gritar, pero al intentarlo, se dio cuenta de que ya no tenía fuerzas para hacerlo; por eso, lo que pretendió ser un grito de auxilio fue apenas un hilo de voz casi inaudible. De todos modos, siguió intentándolo en vano, hasta que dejó de escuchar el ruido, lo cual indicaba que el fascículo ya estaba en el piso del hall de entrada y que el Joven-Dios-Reparditor viajaba rumbo a otra misión sin haberlo escuchado. Una oleada de angustia le subió hasta la garganta y lloró. Tyson se le arrimó con gesto confuso.

—Fuera —le ordenó temeroso, pero el perro no se movió de su lado.

Esteban apretó los ojos deseando la muerte y, en ese mismo instante, un nuevo ruido lo sobresaltó.

«Es el timbre», pensó. «El chico me escuchó y viene a ayudarme. Estoy salvado.» Después de tantos días de horror, una sonrisa le iluminó la cara, aunque la euforia le duró apenas unos segundos.

Tyson siempre se abalanzaba contra la puerta cuando sonaba el timbre, pero esta vez apenas si giró la cabeza, aunque el ruido no cesaba. Comprendió, entonces, que ese timbre no era el de la puerta, sino el del teléfono. Después de tres timbres, arrancó el contestador automático y escuchó la voz de Inés.

—Hola. Imagino que no quieres atenderme. Yo tampoco quiero molestarte, pero necesito algunas cosas que dejé en tu casa. Llamame, por favor. Si no, mañana paso a buscarlas. Si no estás, todo bien. Entro con mi llave, saco mis cosas y te las dejo arriba de la mesa... Bueno, chau.

Después de un breve silencio, y tal vez movido por la esperanza, su mente comenzó a aclararse. Si el chico del quiosco había pasado a dejar el fascículo, eso quería decir que era sábado. La discusión con Inés había sido el miércoles, entonces hacía algo más de tres días que estaba tirado en la escalera. Tres días sin agua y sin comida. Seguramente estuvo desmayado mucho tiempo hasta reaccionar, de allí que hubiera perdido la noción del tiempo. Pero ya estaba. Le faltaba resistir tan sólo un poco más. Mañana vendría Inés, abriría la puerta, lo encontraría, llamaría al médico y lo salvarían. Sólo un día más.

Se sentía muy débil y eso lo asustó. La comida no era un problema. Un hombre podía vivir más de veinte días sin comer, pero no sin tomar líquido. A lo sumo soportaría cuatro o cinco días, si estaba muy entrenado. Y eso significaba que se acercaba al límite de su resistencia. ¿Aguantaría un día más?

Mientras reflexionaba sobre esto, Tyson empezó a gruñir de un modo salvaje y desesperado. Los ojos enrojecidos y los colmillos amenazantes. Por el costado de su boca un largo hilo de baba mojaba el piso.

—Aguantá... Falta poco.

Pero todo hacía pensar que para el perro el tiempo de la tolerancia había llegado a su fin. Seguramente él no había tenido la gracia de las horas de inconsciencia; el hambre y la sed habían acabado con todo resto de urbanidad y su instinto de supervivencia le indicaba que sólo había un alimento disponible: Esteban.

Lo vio acercarse con los pelos parados y un gesto feroz.

—No, Tyson... No —suplicó.

Pero lejos de obedecerlo, Tyson subió los escalones que los separaban y se arrojó con un aullido asesino.

Quizá fuera el hambre, la desesperación o sólo un error de cálculo; lo cierto es que, en el ataque, Tyson siguió de largo y su cuello quedó a la altura de la boca de Esteban.

Si hubiera pensado en lo que estaba por hacer, posiblemente no lo hubiera hecho, pero también en él un cierto instinto de conservación lo incitó a pelear. Cerró los ojos y apretó los dientes contra el cuello del animal, que rugió de dolor e intentó liberarse de esa mordida asesina. Pero Esteban no iba a soltarlo. Su vida dependía de eso. Tyson siguió peleando y gruñendo durante un tiempo que pareció eterno, hasta que sus gritos se fueron volviendo un gemido y sus movimientos se hicieron más débiles y más lentos.

En ese momento Esteban recordó el día en el que lo habían traído a su casa. Era apenas un peluche que temblaba en sus manos. Y mientras apretaba sus dientes, pensó que su relación con Tyson era lo más parecido a una familia que había podido construir en toda su vida. Por eso, cuando sintió que ya no se resistía, lo soltó. El perro apenas se movió y lo miró por última vez, como buscando una explicación a lo sucedido y, luego de algunas breves convulsiones, dejó de respirar.

Los ojos enormes y hermosos del ovejero quedaron abiertos, aunque habían perdido la mirada casi humana que siempre lo conmovía. Esteban empezó a llorar y en ese momento supo que jamás volvería a querer a nadie como quiso a Tyson. Lo que había hecho era horrible, pero no le había quedado ninguna otra opción. Ahora era cuestión de esperar hasta el día siguiente, con el cadáver del perro sobre su cuerpo como abrigo.

La sangre de Tyson cayó sobre sus labios y, en un gesto primitivo, la bebió. No tuvo asco. Por el contrario, su cuerpo experimentó una sensación de placer al sentir cómo un alimento líquido ingresaba después de tanto tiempo. Pensó en el Cristo y en la comunión, en la amistad y en la vida eterna, y tuvo la sensación de que había enloquecido.

Sin querer, sus ojos captaron la escena reflejada en los vidrios de la puerta y se sobresaltó. El cuadro que encontraría Inés sería horrible, pero aun así, se había salvado. Y fue entonces, mientras soñaba con esta salvación, cuando un aliento

repugnante le susurró en la cara.

—Gracias por sacar a esa bestia del medio. Ya era hora de que vos y yo conversáramos a solas.

«No puede ser», pensó aterrorizado. «Aquí no hay nadie. Me estoy volviendo loco.» Sin embargo, contradiciendo a su razón, la voz volvió a sonar en su cabeza: «Qué bueno volver a hablar un rato con vos».

Una furtiva mirada al espejo le alcanzó para comprobar que seguía tan solo como antes. Aunque una idea lo sobresaltó. Desde chico había sido amante de los cuentos de vampiros y aparecidos, y había aprendido que los muertos no se reflejan en los espejos. ¿Un muerto? Eso no era posible. Lo sabía. Tenía que resistir el embate del delirio. Pero, como si pudiera leer su pensamiento, la voz reapareció.

—Lo que no dicen las novelas es que les tememos a los perros. Los gatos son amistosos y disfrutan de nuestra compañía. La gente los ve extasiados en un rincón y creen que están solos en su mundo; no saben que están con nosotros. Creen que son sus mascotas cuando en realidad son las nuestras. Todo muerto elige un gato, lo visita y lo acaricia. Es para no sentirnos tan solos, ¿sabés? En cambio los perros... La creencia popular es que, en las noches, ladran a la luna y que aúllan de miedo en los velorios o en los cementerios. Mentira. Nos ladran a nosotros, y sus aullidos no son de miedo, sino de furia. Odian nuestra presencia, nuestro olor. ¿No viste cómo se me abalanzó ni bien me acerqué a vos?

Esa frase final quedó resonando en su mente. Si lo que la voz le decía era cierto, eso significaba que Tyson no había embestido contra él; al pensar en esto, un sentimiento de culpa y de dolor le recorrió el cuerpo. ¿Cómo había podido pensar siquiera que el animal era capaz de atacarlo? Por el contrario, ese perro era capaz de morir con tal de defenderlo.

—Seguro —le confirmó la voz—. Por eso, desde que llegué, se puso inquieto y agresivo. Temía que viniera a lastimarte. Y mirá vos cómo son las cosas... Él quiso protegerte y vos lo mataste. Pero te mentiría si dijera que eso me sorprendió. Después de todo, vos siempre fuiste un desagradecido.

Algo en la inflexión de esa voz le resultó familiar y, como quien descubre algo que en realidad siempre supo, la reconoció. Era la voz de su padre. Esteban hizo un silencio largo, peleando con su razón, que insistía con que eso no era posible. Pero la voz de su padre interrumpió sus pensamientos una vez más.

—Veo que me recordás. Yo también te recuerdo. De chico eras tan dulce, tan inteligente. ¿Sabés? Cuando nos quedamos solitos, todos me decían: «Augusto, no vas a poder con todo vos solo». Pero yo sabía que sí iba a poder. ¿Y sabés por qué?

Hubiera querido negar con la cabeza. Imposible. Tampoco dijo nada.

—Porque vos eras mi hijo y te merecías todo mi esfuerzo. Y tal vez ése fue mi error: vivir solamente para vos. No volver a casarme ni tener más hijos. Pero es que

tuve miedo de que ninguna mujer te quisiera lo suficiente y de que otro hijo me quitara tiempo para cuidarte. No podía permitírmelo. Ése era nuestro acuerdo tácito. Ser el uno para el otro —dijo, e hizo una pausa antes de continuar—. Y yo pensé que había cumplido.

La voz sonó triste y apesadumbrada. Esteban, por un momento, se había olvidado de su situación y estaba concentrado en el relato de su padre. Recién ahora, al escucharlo, se daba cuenta de cuánto lo extrañaba, y tuvo la necesidad de aliviarlo. Sin embargo, no comprendía el porqué de esa duda.

Claro que su padre había cumplido: le había dado una vida feliz y lo había ayudado a llevar adelante todos sus sueños. Esteban siempre sintió que había tenido el mejor padre del mundo.

En medio de su nebulosa, por un instante, todo fue silencio. Hasta que, apenas unos segundos después, la voz de su padre sonó aun más furiosa y atronadora que la tormenta que caía sobre la casa.

—Y entonces... ¿Por qué me hiciste eso?!

Esteban sintió que ese grito tenía peso, parecía que se le había depositado en el pecho. No entendía. Siempre había amado a su padre con devoción. Entonces ¿qué era lo que le había hecho?

—¡Me dejaste morir solo! ¿Vos sabés lo que es morir solo?

Esteban apretó los ojos y sintió cómo unas lágrimas empezaron a mojarle la cara. Lo que la voz decía era cierto. Cuando su padre empeoró y perdió la conciencia, víctima de los efectos del cáncer y la morfina, no pudo volver a verlo. Pero —intentó una disculpa consigo mismo— ¿qué podía hacer? Si, incluso, los mismos médicos le dijeron que no valía la pena que fuera a verlo, que su padre ya no se daba cuenta de nada.

—¿Y qué mierda saben los médicos? —preguntó la voz—. Ellos miran sus máquinas y confirman que el cuerpo ya no tiene más conciencia del dolor. Pero ¿y el alma? Allí se les acaba la ciencia. No saben cómo es esto de morir. Pero yo sí. Y te lo voy contar. Para eso vine. Así que escuchame bien.

La voz de Augusto hizo una pausa y Esteban sintió que le daba ese tiempo para subrayar la importancia de lo que iba a decirle.

—Cuando el cuerpo dice basta, cuando parece que uno ha dejado de sufrir, es cuando empieza el verdadero dolor. Sentís que una fuerza intenta desprenderte de tu cuerpo y vos, en vano, intentás aferrarte. Pero esa fuerza es demasiado grande, y te despega haciéndote hilachas, sin sangre, sin rastros visibles, sin que nadie se dé cuenta de lo que estás sufriendo. Y sólo una cosa puede aliviarte un poco.

La voz se detuvo como si estuviera considerando lo que iba a decir.

—Que alguien te dé la mano o te acaricie, o simplemente lllore a tu lado. ¿Y sabés qué? Nadie hizo eso por mí. Por eso morir me dolió tanto.

En medio de la noche se escuchó un trueno. A Esteban no le importó, e intentó aferrarse al último resquicio de razón que le quedaba. «Es la culpa —pensó—, sólo eso.» De todas maneras, la angustia lo ahogó. Esteban tosió y, en medio de esa situación extrema, apenas una palabra vino a su mente: «perdoname».

Unos instantes después, ya más calmada, la voz de su padre volvió a hablar en su cabeza.

—No. No me pidas perdón, si no vine a juzgarte. Vine a cumplir mi última responsabilidad con vos. A enseñarte cómo morir. Ésa es una obligación de los padres, ¿sabés? Pero como vos no estuviste a mi lado en ese momento, no pudiste aprender. Por eso es que vine. Para que no te sorprenda la muerte sin saber qué hacer.

Esteban intentó hablar, aunque ya no podía pronunciar palabra.

—Escuchame bien, que no nos queda mucho tiempo. Tenés que resistir la tentación del miedo, porque los cobardes van al infierno. Y si eso ocurre, no vamos a vernos nunca más.

Esteban se estremeció. Si lo que decía su padre era cierto, eso significaba que se iba a morir, pensó aterrorizado.

—Sí. Te vas a morir. Por eso estoy aquí, de otro modo no me hubieran permitido hablar con vos.

Un débil aullido de horror se sumó al llanto de Esteban.

—No, no llorés. Aguantá que falta poco. Mirá, yo te daría la mano, pero el contacto de un muerto lo hace todavía peor. Además, no tenés de qué quejarte. Después de todo, no fue una vida tan mala.

Esteban sintió cómo el aire se negaba a entrar en sus pulmones y se desesperó.

—Tranquilo —le dijo su padre—, no te resistas.

Tuvo miedo. Y una única idea cruzó su pensamiento: que su padre —alucinación o realidad— siguiera hablándole hasta el final.

—No puedo, Esteban. Me encantaría quedarme hasta que te durmieras para siempre —dijo la voz, luego de escuchar su deseo—. Como cuando eras chiquito, ¿te acordás? Pero tengo que irme. Vos también, como yo, vas a morir solo. Aunque antes quiero decirte dos cosas nomás. La primera es sobre tu mamá.

La voz hizo una pausa interminable.

—Te mentí, Esteban. Tu mamá no murió. Es más, vive todavía, no muy lejos de aquí. Te la cruzaste tantas veces en la calle... No voy a contarte quién es. Sólo voy a decirte que se fue ni bien naciste. ¿Y sabés por qué? Porque no quiso saber nada de vos. Te odió desde el instante en el que supo que estabas en su vientre.

El rostro de Esteban, casi inmóvil ya, tenía un gesto de profundo dolor.

—Y la segunda es que jamás te voy a perdonar lo que me hiciste. Qué cosa... Pensé que esta situación iba a conmovirme, pero la verdad es que ni aun ahora, que te veo así, puedo absolverte. Yo te amaba. Y vos lo arruinaste todo.

Un líquido blancuzco empezó a caer por las comisuras de la boca de Esteban. Con las pocas fuerzas que le quedaban, besó la cabeza del perro. Empezaba ya a constatar que estar muerto duele, y un abismo de horror se abrió ante él cuando dejó de respirar.

Inés introdujo la llave. Había tocado timbre dos veces sin que nadie la atendiera, de modo que dio por descontado que Esteban no estaba. Abrió la puerta con dificultad. Bastó sólo eso para que lo viera y pegara un grito: Esteban yacía sobre la escalera. Encima de él, Tyson parecía abrazarlo, como intentando protegerlo. Quiso acercarse, pero un ruido extraño la detuvo. Miró hacia el ventanal y vio que, sobre la mesa del patio, un enorme gato negro ronroneaba extasiado, como si por fin, después de mucho tiempo, hubiera encontrado un hogar.

El príncipe azul

Marcelo Birmajer

I

Cuando la llamó, ni siquiera se puso nerviosa. La citó en un bar y Marta dio por descontado que se trataba de un tema profesional: Alejandro dirigía una encuestadora. Por supuesto, no era para ofrecerle un trabajo. Aunque era contadora y no hubiera habido nada de extraño en que Alejandro quisiera contratar a alguien de confianza —por más que hacía diez años que no se veían—, ni siquiera a esa remota posibilidad se acercaba su imaginación. Alejandro, simplemente —especulaba Marta—, quería ponderar el testimonio de una contadora, un activo sociológico. Se acercaban las elecciones.

Se arregló elegante, dentro de sus límites infranqueables, pero sin ansiedad ni expectativas. Retrospectivamente, cuando recordaba aquel encuentro, aparecían como olas extemporáneas todas las dudas, anhelos, miserias y temores que hubieran despertado en cualquier mujer, de haberse permitido un intersticio de esperanza.

Alejandro era el muchacho más buen mozo en el colegio secundario. Seguía siendo el hombre más buen mozo que Marta hubiera conocido cuando volvieron a verse, en un reencuentro perdido de ex compañeros, siete años después del viaje de egresados. Desde aquel reencuentro, hasta el llamado que Marta ni siquiera percibió como curioso, pasaron diez años.

En la primera impresión, en la pizzería de Medrano y Rivadavia, Marta lo calificó silenciosamente como «hermoso», un adjetivo que sellaba en permanente el atractivo de Alejandro. En la adolescencia pudo haberse dejado llevar por la energía de la frescura; en el primer reencuentro, quizá por la sorpresa y la intersección entre la juventud y la cornisa de la madurez. Pero en la pizzería, en esa pizzería vulgar, inofensiva para una cita, Marta se dijo que Alejandro era y sería siempre el hombre más encantador y apasionante de su vida. La distancia entre ella y él, nuevamente, la tranquilizó.

A lo largo del secundario y en cada momento de su solitaria existencia, sin excepciones, Marta había sido desabrida. No era depresiva, ni antipática. Pero ella misma, aunque disfrutaba de estar viva, sentía la falta de savia vital. A Alejandro lo definía el entusiasmo. Irradiaba vida. En la pizzería, bajo la luz de los tubos fluorescentes, las primeras canas lo volvían un personaje, un galán de telenovela,

pero también de película clásica. El cabello de Marta, en algunas puntas, semejaba estopa. Su cara era excesivamente angulosa; y cuando quiso engordar para mejorarla, no resultó. No tenía pechos prominentes, era flaca sin ventajas. Nunca se habían burlado de ella. Tampoco la calificaban «fea». Pasaba desapercibida como mujer a desear.

Todas las chicas del secundario habían estado enamoradas de Alejandro. Y Greta Lavena, la más linda, si bien nunca se confesó cautivada, también había querido acostarse con él. Un día de la primavera las mujeres lo votaron como «El rey».

El primer signo de inquietud, en la pizzería, fue a la media hora, cuando Marta descubrió que Alejandro la había citado por nada en particular. La saludó con un beso en la mejilla, y la miró con una expresión que, de no haber sido por el escepticismo que la cegaba, Marta hubiera considerado embeleso. Pasaron los minutos sin que Alejandro le aclarara a qué venía aquel encuentro. «Es un caballero», pensó Marta. «Me citó porque necesita algo de mí. Pero deja pasar el tiempo, para que yo no lo tome a mal.»

Pero a los cuarenta y cinco minutos, Marta padecía la ansiedad y el impulso de preguntarle. Su primera hipótesis, al reponerse del desconcierto, fue que Alejandro quería en realidad preguntarle por Greta. Pero Alejandro sabía tan bien como ella que Greta se había casado con Roberto Silesi, dueño de una empresa de seguridad. Finalmente, la más coqueta, la veleidosa, la irresistible e indomable, se había buscado al carcelero perfecto: ya en el colegio daba miedo Roberto; y ninguno lo hubiera imaginado como el novio de Greta, mucho menos como su marido y padre de sus hijos. Vivían, casualmente, a pocas cuadras de aquel bar. Nunca se habían alejado mucho del colegio.

Greta era la única excompañera con la que Marta mantenía una relación, si bien aleatoria; se veían cada tantos meses, tomaban un café, quizás iban a comer. Había períodos en que se veían dos o tres semanas seguidas. Greta le contaba que Roberto era muy celoso, pero que ella lo amaba. Incluso tras los peores escándalos íntimos, pensaba en seguir a su lado. Y no sólo por los chicos, era amor. Por compromiso, hablaban unos minutos de Marta. Pero aunque Marta trabajaba y Greta no, aunque Marta era una mujer independiente y Greta no, todo lo que Marta contaba, por breve que fuera, resultaba insípido, y la hora y media del encuentro se dedicaba en un noventa por ciento a las peripecias de Greta. Más de una hora y media no podía, Roberto quería saber dónde estaba.

¿Querría saber Alejandro si Greta se había separado? No parecían una pareja infeliz. Pero Alejandro no mencionó a Greta, ni a ninguno de los excompañeros. Hablaron de sus respectivos trabajos. Alejandro quería, sobre todo, escucharla. Daba gusto hablarle. Su modo de escuchar parecía una melodía. Marta no era de hablar, ni confiaba en que pudiera interesarlo con nada de su cotidianidad. Pero con la atención

de Alejandro, a Marta le resultaba fácil narrar cualquier episodio de sus días como si valiera la pena. Desde lo que desayunaba, hasta los programas que veía en la tele, pasando por su indecisión a la hora de votar en las próximas elecciones. Le contó incluso sus dificultades con un subordinado, Ferrego: era buena persona en general y honesto en particular, pero hacía muy mal su trabajo, por remolón y descuidado. Alejandro la aconsejó. A Marta el consejo le pareció una joya de sabiduría, como si hubiera hablado un filósofo chino o hindú.

Entonces, a la hora y media, Alejandro le preguntó si se sentía a gusto, y si podían arreglar para alguna otra vez. A Marta la tomó tan de sorpresa que le respondió la verdad: hacía siglos que no se sentía tan a gusto con nadie —sin aclarar que hacía años que no se sentaba frente ningún hombre— y, por supuesto, podían volver a verse.

Los dos primeros días posteriores, antes de desesperarse junto al teléfono, a Marta la desesperó la curiosidad. ¿Qué quería Alejandro? ¿No se había animado a confesarlo? Aunque Alejandro estaba muy bien posicionado en su ramo, y su situación económica, hasta donde Marta sabía, era impecable, caviló toda clase de desmanes: la quería para que transportara droga, para lavar dinero, para que le prestara el departamento... ¿Seguiría casado? No habían visto a la esposa en el primer y único reencuentro, pero lo sabían casado, sin hijos. Cuando se agotó de especular pesadillas, lo extrañó. Quería volver a verlo como fuera. Incluso para que la decepcionara. Tal vez fuera un psicópata. Marta no quería morir, pero no se imaginaba cómo seguiría su vida si Alejandro no volvía a llamarla.

En esos días sucedió un episodio muy particular: Ferrego, que era casado, la invitó, sin ingenuidad, a tomar un café a la salida del trabajo. De no haber sido por el encuentro con Alejandro, ella hubiera aceptado.

El viernes Alejandro la llamó. Pasó a buscarla por su casa y fueron al cine. Cenaron en un sitio elegante, y la dejó nuevamente en su casa. Antes de despedirse con un beso en la mejilla, Alejandro preguntó si estaría bien un tercer encuentro. Marta no lo pensó, ni se arrepintió de responder: «Por favor».

Esta vez sólo esperó hasta el domingo. Alejandro la invitó a su casa luego de caminar por el parque Rivadavia. En la sobremesa de un almuerzo delicado, con vino tinto, le dijo: «La tercera es la vencida», y la besó. Marta supo en ese momento que la mataría. Pensó en la doble tragedia de morir joven y sin haber sido amada, y en la pena de sus padres. Buscó a su alrededor algo con qué defenderse. Pero Alejandro le hizo el amor como un ángel. Y ella no preguntó nada más.

Las amigas le contaban que los hombres huían después del revolcón. Nunca tenían más que un par de horas, o dejaban pasar al menos dos días entre un encuentro y otro. Ninguno quería mudarse, y mucho menos que se les fueran a vivir a sus casas. Ni siquiera que se olvidaran cosas. Pero Alejandro la invitó a vivir en su casa el

martes, y fue con el flete a buscar los muebles y la ropa. Antes había tenido miedo de que la matara, ahora tenía pánico del futuro. No podía dejar de descreer. Prefería la soledad de su resignación, a esa esperanza inabarcable que era a la vez un miedo infinito

Alejandro no le ofreció matrimonio, pero no se despegó de ella. Marta temía presentarles a sus padres; ellos desconfiarían. «¿Por qué te llamó, por qué te buscó, por qué te invitó a vivir con él?» Y la afirmación tácita detrás de cada pregunta: «Sos desabrida, ningún hombre te buscó nunca, carecés de cualquier atractivo». «¿Por qué a vos? ¿Qué busca? ¿Qué quiere?»

Alejandro nunca le pidió conocer a sus padres. Pero fatalmente Marta debió contarles: vivía con un hombre. No les dijo que se trataba de Alejandro, y les aclaró que no era algo serio. Los padres esperaban tan poco de Marta en el terreno sentimental que se dieron por contentos con la ignorancia. La madre intentó indagar un par de veces, pero finalmente se dio por vencida ante la reticencia de la hija. Prefería ese misterio a la nada. Los padres de Alejandro, contó él, habían muerto durante esos diez años en que no se habían visto: la madre en un accidente automovilístico, manejando sola, rumbo a Santa Fe; el padre se había caído de un tejado, pintando su propia casa quinta, unos años después.

Por momentos Marta era feliz, pero en muchos más el horror la embargaba. ¿Qué la unía a ella? ¿Por qué? ¿Cómo podía ser?

A los dos meses, no se pudo contener. En las postrimerías de un encuentro amoroso exultante, arruinó la calma preguntando:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —replicó él en un guion escrito miles de años atrás, y repetido por hombres y mujeres como si no hubiera escapatoria.

—¿Por qué me buscaste? ¿Por qué me trajiste a vivir con vos? No soy de otro planeta: conozco hombres y mujeres. Vos eras el más lindo, yo la más fea.

—Nunca escuché que te llamaran «fea» —interrumpió Alejandro.

—«La desabrida» —se resignó a aclarar ella. Hubiera preferido que él aceptara que era fea, pero que lo atraía igual. —En cualquier caso —siguió Marta, y un nudo de pena le atoró la garganta—, sos rico, buen mozo, libre. Nunca te pregunté sobre tu vida anterior, tengo pánico. Pero... no aguanto más. Ahora no tengo amigas. No veo a nadie (era mentira, cada tanto veía a Greta, pero no le había contado nada de Alejandro). Pero tuve amigas, y escucho a mis compañeras de trabajo: los hombres no quieren compromiso. Y vos... me trajiste a vivir de un día para el otro.

—¿Te querés separar?

Ella lo miró en silencio y se dejó caer contra su pecho.

—¿Separar? —le dijo llorando—. ¿Te parece que me quiero separar? Quiero saber cuándo me vas a decir la verdad. Quise entregarme sin preguntar. Pero no

puedo. Perdón.

—Te voy a decir la verdad —declaró Alejandro.

Se rindió tan rápido que Marta intuyó que le mentiría.

—Estuve casado —comenzó Alejandro—. Mi esposa me trató mal. Muy mal. Me engañó. Me hizo creer que me amaba. Me dominó, pero con dulzura, con belleza. Todo fue perfecto hasta que me rompió el corazón. Era una mentira espantosa. Pero...

Un ahogo lo dejó callado. Cerró los ojos. Pareció que dejaba de respirar. Marta le palpó el corazón: no latía. Antes de que chillara, él habló:

—No puedo hablar mucho de eso —revivió—. No lo soporto. No me obligues a hablar de eso.

—No, mi amor —dijo Marta, y lo besó.

Se habían cansado en la cama, gozosamente. Las caricias que se prodigaban ahora eran de compañía.

—Comencé a pensar en vos ni bien llegué a este departamento de separado.

—¿Tuvieron hijos? —lo interrumpió Marta.

La pregunta estalló como un disparo en la frente de Alejandro. Los ojos se le abrieron, pero como los de un muerto; un hombre al que le disparan dormido, y la muerte le abre los ojos. Hizo que no con la cabeza.

—Me acordé de vos —siguió Alejandro, con debilidad—. Te recordé como confiable. Buena compañera. Agradable, pura. Limpia. Vos no me ibas a engañar nunca. Yo podía confiar en vos. Y te amé. Te amé antes de reencontrarte. Cuando te llamé, ya quería vivir con vos. Que me acompañaras como me acompañás hoy. Llegar a casa y saber que me preparaste algo de comer, sentir la cama hecha por tus manos. Y que nadie te tocó, que sos toda mía.

Tomó aire, y dijo recuperado, quizá con insolencia:

—Que nadie más que yo te desea.

El cuerpo de Alejandro, con esta frase, se recuperó. Marta lo recibió.

II

Marta nunca le pidió hijos, si bien los deseaba con toda su alma. Alejandro tomaba las previsiones para no dejarla embarazada, y el tema no se tocaba. La aparición del niño puso todo en jaque. El niño no era un bebé. Tenía por lo menos diez años.

Ya llevaban seis meses juntos cuando un mediodía, que decidió pasar por casa para cocinarle algo a su hombre y recibirlo con la sorpresa a la noche, Marta vio desde la esquina cómo Alejandro abrazaba a un chico de diez años, y lo miraba

alejarse. Marta tomó aire y tardó en seguir camino a su casa.

«No preguntes nada», se dijo. «Cualquier cosa es mejor que la verdad.» «Ni siquiera menciones que lo viste», se gritó. «Directamente no vayas a casa», se obligó, mientras avanzaba, indetenible. «Tiene otra vida», se calmó, deteniéndose abruptamente en una baldosa. «Es lógico, tiene otra vida. Otra esposa, una linda, con la que sí quiere y tiene hijos.» Pero no era nada lógico, ¿cómo? ¿Cómo dividía el tiempo? ¿Qué le explicaba al chico en ese edificio? Ésa no era la mirada, ni la actitud, de un padre. «Volvé al trabajo, nunca estuviste acá, nunca lo viste, ni a él ni al chico. Volvé. Volvé atrás en el tiempo.»

Pero sabía que era imposible. Ya una mujer hubiera sido imposible de olvidar, aunque quizás hubiera logrado pasar un tiempo sin preguntar. Pero un chico. No había manera de borrar a un chico.

Con inercia llegó hasta su casa. A la que hasta ese instante había sido su casa. Tocó el portero eléctrico; un gesto absurdo, porque desde la primera semana de convivencia subía con su propia llave. Alejandro atendió asombrado y, antes de oprimir el timbre, preguntó:

—¿Te olvidaste la llave?

—Sí —replicó ella, abriendo con su llave.

En el ascensor pensó: «Es el sobrino». Fue su última esperanza. Bastó con entrar al departamento para saber que no alcanzaba con un sobrino desconocido hasta ese entonces.

—¿Cómo estás? —preguntó ella. Y la artificialidad del tono sólo fue superada por el modo en que él contestó «muy bien».

—¿Qué hacés en casa tan temprano? —preguntó él.

Marta señaló la bolsa de las compras.

—Pensé en una cena sorpresa.

La puerta del balcón estaba abierta: seguramente Alejandro había permanecido acodado, observando al chico hasta que se perdiera, doblando la esquina.

—Me tengo que ir —dijo Alejandro.

Marta asintió y miró para abajo.

Alejandro le alzó la cara para besarla antes de salir. Ella sintió en su cuello el dejo del perfume infantil.

Alejandro no encontraba las llaves. Eso le dio el tiempo necesario a Marta para pensar, sin mucha claridad, que estaba dispuesta a todo por él, excepto a hacerle daño a un niño. Cuando finalmente Alejandro encontró las llaves y abrió la puerta, Marta preguntó:

—¿Quién era ese chico?

Alejandro se detuvo en seco, giró hacia ella, e hizo la peor de las preguntas.

—¿Qué chico?

Marta bajó la cabeza y ahogó un gemido. Alejandro la miró con lo que a Marta le pareció desprecio. Una brisa cálida llegó del balcón. Marta supo que él estaba sopesando cuánto le costaría alzarla, levantarla por sobre la reja, arrojarla cinco pisos abajo. ¡No quería morir! Pero... ¿cómo permanecer callada? Alejandro miró el balcón y miró a Marta. Salió y cerró la puerta con un fuerte golpe.

Ella fue hasta el balcón y respiró como si hasta ese entonces le hubieran sumergido la cabeza en un balde con agua. El aire se negaba a llegar, y después se negaba a salir. Divisó a Alejandro en la vereda, desorientado, con una andar muy distinto de su prestancia habitual.

No se quería matar, Marta. Por ella, por sus padres. Hubiera querido volver a su vida, a su casa, a su tecito de la mañana y de la tarde. Quizá, si Alejandro la hubiera dejado en paz, podría haber ido a tomar ese café con Ferrego. ¿Y ahora qué? No podía hacer más que esperar. Él tenía que volver.

¿Y si no volvía nunca? Llamar a la policía, la mudanza... ¿La meterían presa? ¿Qué preferirían sus padres, verla muerta o presa?

No podía seguir sola. Llamó a Greta. No la había llamado desde la convivencia con Alejandro. Cada vez que se vieron fue porque llamó Greta. Greta invariablemente la llamaba al trabajo, los días hábiles; porque de noche o los fines de semana Roberto no quería verla «parloteando» con amigas. «Cuando llego a casa, después de todo un día de no vernos, te quiero para mí», reproducía Greta el sermón de su marido. En uno de sus encuentros Greta había comentado que ya ni recordaba dónde tenía el número de teléfono de la casa de Marta, pero que el del trabajo se lo sabía de memoria. Marta no hizo ningún esfuerzo por recordárselo. Ahora en su antiguo departamento vivía una pareja de inquilinos.

Pero en ese abismo, Marta llamó a su única amiga. A su excompañera. Greta dijo que estaba muy contenta de que la llamara. La necesitaba. Roberto empeoraba. Se amaban, como siempre, pero él la volvía loca con sus celos. No quería ni que viera amigas. Porque las amigas podían ser una mentira, o presentarle a otro. ¿Sería capaz de darse una vueltita por el barrio, cerca de su casa, le pidió Greta a Marta, para tomar algo quince minutos? Roberto no se enteraría. Marta estuvo a un tris de responder que no. Había necesitado llamarla porque no podía soportar esa angustia en soledad, pero no quería verla. Frente a Greta, representaría un esfuerzo inhumano no confesar su relación con Alejandro. Y no lo quería contar, mucho menos a Greta. Pero ella misma era su peor compañía en ese momento. Su propio cuerpo era una cárcel, su mente un torturador. No quería suicidarse, pero tampoco vivir.

Se encontró con Greta y se las arregló para contarle todo sin revelar a Alejandro. Redujo mucho la historia romántica: el hombre soñado que la invita, la conquista y la lleva a vivir con él. Inventó un amante del tipo de Ferrego, incluyendo la invitación real al café —que no le había contado antes a Greta— y, luego de fabular que la

esposa lo abandonaba, se ubicó junto a él en su departamento de recién separado. Era todo tan distinto de su historia con Alejandro que Marta se sorprendió de su capacidad de inventiva. Aquella historia inventada era mucho más probable que la realmente sucedida. Pero el resto lo dejó intacto: su llegada a cocinar al mediodía, la aparición del chico, el abrazo, la mirada de él... El terror a no sabía qué.

Greta le dijo que estaba loca. Evidentemente era su hijo, y el hombre no quería hablar de su hijo con la amante por la cual su esposa lo había dejado.

—Pero yo ya no soy la amante —replicó Marta, zurciendo su propia mentira—. Ahora somos concubinos... ¿Cómo no me va a contar eso?

—Los hombres son tan pudorosos con respecto a su familia como desvergonzados con sus amantes —recitó Greta.

—¿De dónde sacaste eso?

—La idea es mía. Pero la forma de la frase la saqué de una de Oscar Wilde. Igual la podría haber escrito yo... Es la descripción exacta de Roberto.

—¿Pero Roberto, tan celoso...?

—Es el hombre —informó Greta—. Su familia es sagrada. Yo también soy sagrada para él. Es parte de la razón por la que lo amo tanto.

A ambas les pareció un buen momento para dar por terminado el encuentro. A Greta, por miedo. A Marta, porque las declaraciones de su amiga la irritaban. Antes de vivir el amor con Alejandro, no daba mayor importancia a las reflexiones de Greta, porque no se atrevía a evaluar nada de una amiga cuya vida era tan superior a la propia. Pero ahora la veía sólo como una mujer excesivamente bella y loca, quizás estúpida. Sin embargo, en esa ocasión en particular, aunque no le había acercado ni un ápice de solución, le había servido para que pasara el tiempo, salir a la calle, olvidarse de sí misma.

Regresó a su casa; después de varios meses, volvía a parecerle la casa de Alejandro. Cuando desde la calle vio la luz del departamento encendida, se alegró. Cualquier cosa era mejor que esa incertidumbre.

Abrió la puerta y Alejandro cayó sobre ella llorando. Estaba completamente borracho.

—Me dijo que era mío —bramó Alejandro—. Que era mi hijo. Lo crié, lo cuidé, lo quise como a un hijo.

Alejandro desapareció del living, y Marta esperó escuchar el sonido de un disparo. Pero él regresó con un maletín negro, y lo abrió delante de ella. Salieron fotos: Alejandro con su esposa y un bebé. La esposa era muy bella. Tanto como Greta. En otras fotos, Alejandro sólo con el bebé. Suegros, padres de Alejandro, y el niño creciendo. Era el mismo niño que Marta había visto salir del edificio.

—Es de un amigo —sollozó Alejandro—. De un amigo en común. Y Agustín ya sabe que yo no soy su papá biológico, pero quiere que siga siendo su papá. Y yo no lo

puedo ni ver. Porque tiene la cara del otro. ¡Es igual!

Alejandro se derrumbó sobre Marta, la abrazó por las piernas. Lloraba como una mujer. Se deshizo en lágrimas hasta quedarse dormido en su regazo.

Marta fue a la habitación compartida y retiró el acolchado, las frazadas y las sábanas. Llevó la muda al living y se las arregló para girar el cuerpo de Alejandro dormido hasta envolverlo en las mantas. Ella se acostó en el sofá. Lo miró respirar, hasta quedar dormida también ella.

III

La mañana siguiente, silenciosa como la de cualquier sábado, Marta sintió una calma interna y externa que no había conocido en su vida. Por primera vez, sintió suyo a Alejandro, y se sintió de él. Sólo con esa verdad, ahora desnuda, se atrevió a poner blanco sobre negro el terror que la había asfixiado hasta que Alejandro abrió el maletín negro: que su amado era un pedófilo y que ella no era más que la mascarada, el tinglado con que se protegía de la intromisión del mundo. Pero ahora lo veía al propio Alejandro como a un niño perdido. ¿Para qué necesitaban hijos, si ella podía cuidarlo por el resto de su vida? Como nunca, Marta se sintió mujer.

Pasaron el día tomando café, mirando la tele —ella le fue a comprar un analgésico para el estómago y la cabeza, un «mata-resacas» de marca—, queriéndose. Marta lo acariciaba. Se recuperaban.

El mes que siguió fue imposible de calificar para Marta. Por una vez, creía haber encontrado las motivaciones últimas de Alejandro, y encontraba una lógica en que estuviera a su lado; pero esa misma certeza volvía igualmente insufrible la sospecha de que lo perdería. A lo largo de ese año en que le había resultado incomprensible la aparición y la compañía de Alejandro, la posibilidad de perderlo, si bien acuciante, formaba parte de un toma y daca del destino: te lo doy porque sí, te lo quito porque sí. Pero ahora que Marta sabía a ciencia cierta lo que Alejandro precisaba de ella — realmente era la tranquilidad, la necesidad de posesión indudable, el hogar— y por qué era suyo, llegar a perderlo, por el motivo que fuera, se le antojaba una injusticia inaceptable. ¿Cómo lo perdería? ¿Se recuperaría y se marcharía? ¿Se aburriría de ella? Un vividor, un farsante, le garantizaba un tiempo de felicidad preciso mientras durara la puesta en escena. El verdadero amor, en cambio, podía terminarse en cualquier momento. Y sin embargo, Alejandro no daba muestras de necesitar más de lo que había buscado y conseguido. Continuaba tratándola como a una reina, y recibiendo sus cuidados como un niño mimado.

Un sábado tocó el timbre Greta.

Cuando Marta, que había atendido al portero eléctrico, escuchó su nombre, olvidó

por un momento la realidad y pensó que estaba en el trabajo. Le dijo a Alejandro: «Es Greta», como si le hablara a su jefe. Y sólo mientras bajaba a abrirle, en el ascensor, se preguntó de dónde había salido Greta, cómo había llegado a su casa, por qué la visitaba un fin de semana, por qué no la había llamado el viernes al trabajo.

Sus preguntas parecieron responderse con el aspecto de Greta. Incluso detrás de la puerta de calle se la veía desarreglada; el maquillaje desparramado por el rostro como la sangre de un soldado muerto; la posición del cuerpo encorvada, como congelada en un sollozo. Marta no sólo no se compadeció, la insultó por lo bajo, y le abrió sin preguntar.

En el ascensor, Greta le dijo que Roberto la había amenazado con pegarle porque ella se había maquillado, según él, como una puta. Nunca le había pasado algo así. Era cierto: a veces no la dejaba salir. O se oponía a que viera a una amiga. Pero... ese sábado, ¡iban a salir juntos, ellos dos, sin los chicos! ¡Se estaba maquillando para él! ¿Por qué la insultaba?

Entraron al departamento y Alejandro las recibió sorprendido. Marta se sintió extrañamente solidaria con Roberto. Greta se abrazó a Marta llorando, y Alejandro dijo que mejor se iba y dejaba que las amigas conversaran tranquilas. Marta intentó que Alejandro se quedara aún un rato, pero él no le dio posibilidad de insistir.

Cuando quedaron solas, en una pausa en la crisis de nervios, Marta le preguntó:

—¿Cómo sabías esta dirección? ¿Cómo sabías que yo vivía acá?

—¿Ale no te contó?

Ese «Ale» atravesó el corazón de Marta como una hoja de afeitar. ¿Cuánto hacía que no lo veía? O al revés, ¿desde cuándo lo veía?

—Me lo encontré de casualidad en el bar de Medrano y Rivadavia, a tres cuadras de casa. Como en la época del colegio. Me contó de ustedes dos. ¿Por qué nunca me dijiste nada?

—No sé —respondió Marta—. ¿Y vos por qué no me preguntaste?

—Me dijo que llevaban seis meses juntos. Yo puse cara de que no nos veíamos. Me hablaba como si no supiera que nosotras dos nos encontrábamos cada tanto. Respeté tu silencio. Yo sé de eso... por Roberto.

—¿Y entonces por qué viniste hoy? —preguntó Marta sin piedad.

—Porque no podía aguantar más —confesó Greta.

Marta la entendía, a ella le había pasado lo mismo el día de la aparición del niño. Lo entendía, pero no lo aceptaba.

—¿Y cómo conseguiste la dirección?

—Se la pedí a Demetri, que la tenía.

Demetri era otra excompañera. Luciana Demetri. Marta acabó el interrogatorio. Greta se explayó en sus estupideces habituales: Roberto la amaba, y ella a él, pero sus celos terminarían por matarlos a los dos. No quería que los chicos presenciaran esas

escenas. Afortunadamente ese sábado estaban con su madre, pero ¿hasta cuándo podría preservarlos de la furia insensata del padre? Por primera vez se planteaba la idea de recurrir a ayuda profesional.

—¿Y separarte? —se escuchó preguntar Marta.

—Ni se me pasa por la cabeza —replicó Greta.

A Marta, como nunca antes, la hirió profundamente comprobar que con el maquillaje corrido, la voz tomada, la nariz sucia, la cara hinchada por el llanto, la estupidez y la locura cabalgando cada una de sus palabras, Greta era poderosamente atractiva, y Marta ni siquiera era agradable.

IV

Cuando por fin recuperaron la intimidad del hogar, en la cama, antes de dormirse —en realidad, ella fingió somnolencia, no lo hubiera logrado ni con narcóticos—, con los ojos cerrados, como si no tuviera importancia, Marta le preguntó a Alejandro cómo había encontrado a Greta y, luego, por qué no le había dicho nada.

La explicación era sencilla y verosímil. Se la había encontrado aquel mismo día de la aparición del niño, cuando fue a emborracharse a la misma pizzería donde se había reencontrado con Marta. Greta había aparecido de casualidad, a comprar unas pizzas para llevar, para Roberto y los chicos. Alejandro le había comentado, fingiendo tranquilidad, de su reencuentro y concubinato. Había sonreído falsamente, y la había despedido como si no pasara nada. Ni bien Greta abandonó el local, comenzó a trasegar el vino de medio pelo y así siguió hasta tomar la decisión de regresar a casa y revelarles toda la verdad a Marta.

—Me dijo que Demetri tenía tu dirección —agregó Marta.

Hubo un silencio entre los dos, y Alejandro aclaró:

—Cuando acababa de venir a vivir acá, un grupo de compañeros intentó una reunión. Yo ofrecí mi casa. Después me pareció que era todo una estrategia de Demetri para verme. Al final no nos encontramos.

—¿Ni una vez? —preguntó Marta.

—Ni una vez —respondió Alejandro, y le dio la mano.

Al instante se durmió. Marta escuchó durante toda la noche su respiración acompasada. Greta había traído incertidumbre, hostilidad, desconfianza. Con las primeras luces del día, Marta se durmió.

Despertó entrado el domingo y le faltaba un brazo. Se lo buscó, desconcertada, como buscaría un par de pantuflas para no pisar el suelo descalza. Quería gritar, pero se le había paralizado la parte de la garganta, o del cerebro, encargada de emitir sonidos. Eso no era un sueño. Marta pensó con pánico en un accidente cerebro

vascular. Podía mover las piernas y el brazo izquierdo, abrir y cerrar los ojos; pero estaba incapacitada para hablar y le faltaba el brazo derecho. La primera consecuencia de aquella hecatombe sería que Alejandro la abandonaría. Una cosa era poseer a una mujer con la seguridad con la que se posee una heladera; otra muy distinta, tener que hacerse cargo de una lisiada. Lentamente, con los ojos, descubrió que su brazo derecho se hallaba bajo el cuerpo de Alejandro. Se le había dormido el brazo, y lo tenía por completo insensible. Seguramente había querido confirmar que su hombre permanecía en la cama mientras ella dormía, y prefería que le aplastara el brazo durante horas antes que pasar un segundo sin sentirlo cerca. Con el brazo izquierdo logró apartar a Alejandro hasta retirar el derecho, y se lo agitó —una extremidad completamente muerta, como un pedazo de goma—, hasta que, hormigueando, dolorosamente, comenzó a recuperar la vida. Abrió y cerró la mano. Alejandro se despertó.

Marta recuperó su voz, sorprendida.

—Buen día, mi amor.

El miércoles a la noche Greta llamó. Atendió Alejandro y le pasó de inmediato a Marta. Pero Marta no lograba escucharla. Intuía, como una voz que llegara de muy lejos, un eco remoto, que Greta le explicaba que las cosas con Roberto estaban mejor, que él había comenzado a tratarse, después de una sesión de terapia de pareja, y que ese llamado por la noche era parte de los cambios: ahora podía llamar a sus amigas. Marta sólo se preguntaba, una y otra vez, con una potente voz propia que tapaba la voz insustancial de Greta, por qué ésta mujer la llamaba a su casa, a la noche.

El jueves al mediodía, después de mucho tiempo, por primera vez desde que se había ido a vivir con Alejandro, Marta llamó a Greta. Había salido antes del trabajo, con el propósito de por fin prepararle aquella frustrada cena sorpresa a Alejandro. Le habló, con calma, mientras revolvía una salsa de castañas en la olla; como una mujer madura, que enfrenta sus temores. Marta invitó a Greta a su casa.

Era hora de poner blanco sobre negro. No podía perpetuar eternamente la posición de la mujer desabrida que teme a la menor mosquita muerta que le pasa por al lado a su hombre. Ni temblar a cada llamado, ni suplicarle ni ordenarle que no la llamara más.

Quedaron para verse al día siguiente, viernes, a la tardecita. Roberto debía aceptarlo como parte de su terapia. Tomarían un mate, comerían galletitas.

Llegó el viernes, llegó Marta, llegó Greta. Inesperadamente para Greta, llegó Alejandro. Ella pensaba que era un encuentro a solas. De mujeres. Alejandro también se sorprendió. Marta lo había llamado especialmente. Siguiendo las palabras textuales de su mujer, preguntó:

—¿Y? ¿Cuál es la sorpresa?

—Les tengo una sorpresa —respondió Marta con una mirada pícar—.
Aguárdenme un minuto.

Como había aprendido de Alejandro, sin darles lugar a réplica, abandonó el departamento y tomó el ascensor hasta la planta baja. Había tenido la precaución de avisarle a Roberto que estos dos pájaros se encontrarían a solas.

V

Cuando regresó, luego de un tiempo prudencial, en el edificio, en el pasillo de su piso, y en el propio departamento, antes de abrir, flotaba un silencio inhumano. ¿Por qué no había habido ruidos? Marta esperaba ambulancias, policías. Después de todo, Roberto era el jefe de una agencia de seguridad, se suponía que iba armado, o tenía fácil acceso a pistolas. De hecho, cuando le entregó las llaves del departamento, le pareció que iba armado. Pero aparentemente había hecho un trabajo artesanal.

La cabeza de Greta estaba prolijamente separada del cuerpo, como guillotizada. Aunque era evidente que Roberto la había cortado a cuchillo. La maldita puta seguía teniendo esas tetas lujosas, naturales, incluso sin cabeza. Marta estaba segura de que si daba vuelta el cuerpo decapitado, el culo seguiría llamando la atención. El propio Roberto, un valiente en todos los sentidos, un hombre de verdad, se había cortado la yugular con sus propias manos, empuñando él mismo el chuchillo. ¡Había que tener coraje! Pero el toque de gracia se lo había dado a Alejandro. Lo había acogotado con las manos, o eso parecía. La eyaculación del ahorcado manchaba el precioso pantalón de pana de Alejandro, su uniforme casual de los viernes. Pero lo que Marta valoró y agradeció *post mortem* a Roberto, fue que Alejandro quedara cianótico por el efecto de la asfixia. Ese color en el rostro. Por fin, eternamente, era su príncipe azul.

Los pasajeros de la desgracia

Guillermo Saccomanno

Había empezado a nevar desde hacía unas semanas. El Bebe pensó en los tipos que venían a la nieve y se la echaban en el vaso de whisky, vodka, ginebra, lo que fuera, para entonarlo a uno. Pero no quería pensar en eso. Hay muchos motivos para empezar a chupar. Pero uno solo para cortarla con el escabio: el miedo, pensaba el Bebe. Y no era precisamente el miedo a olvidarse de cerrar la llave de paso del gas en la cocina del hotel, donde había una pérdida. Aunque este miedo también estaba. El miedo esencial es el miedo a uno mismo, había aprendido. La cuestión es que había dejado de beber. Como quien deja atrás otra vida. Con mujer, hijos y todo. Al dejarlo, se habían ido a vivir con sus abuelos maternos. Y a olvidarlo. Como él mismo los había olvidado. O, más bien, trataba de mantenerlos en el fondo de un túnel. Cada tanto, especialmente los domingos, creía escuchar sus voces. Risas de chicos corriendo entre sábanas tendidas al sol en un jardín perdido. Odiaba los domingos. Porque al atacarlo la memoria volvía la sed. El impulso era el mismo de quien se para en lo alto de un precipicio y no aguanta las ganas de saltar al vacío. Prefería el miedo a la recaída que la recaída. La próxima vez que cediera, estaba seguro, no tendría retorno. No obstante, más de una vez en estos años lo venció el impulso, caminó la nieve hasta el almacén del pueblo y compró una botella de ginebra. Pero también, esas veces, antes de llegar al hotel, pudo controlarse y vaciaba la botella en la nieve del camino sin probar una gota. Como dejaba atrás el contenido de esas botellas, de igual modo había dejado atrás una vida. En esa otra vida, quedaban también un borroso intento de homicidio en estado de ebriedad, los años en Batán no tan borrosos, y la condicional. Acordarse de cómo había descendido hasta caer preso era un recuerdo que le pertenecía a otro, a un hermano lejano, tan diferente a él ahora. Al irse, despidiéndose para siempre del otro, se había venido acá. Acá donde muchos se suicidan por aburrimiento nomás. Pero el Bebe le había encontrado un atractivo al aburrimiento. Su estrategia consistía en combatirla a cada instante. Entonces cada actividad mínima, por intrascendente que le resultara a cualquiera, podía tener su atractivo. Por ejemplo, cortarse las uñas de los pies.

Acá es este caserío chato aplastado por el cielo denso en un valle de la precordillera, al que se accede por un camino de ripio. Un caserío disperso que si figura en las guías turísticas de la Patagonia es por la YPF al costado de la ruta. Un solo hotel, este edificio construido en los cincuenta. Todo el año, todo el tiempo, el viento, el desierto, la nada bajo la nieve durante meses. Ser el conserje de este hotel no definía del todo el trabajo del Bebe. Era el conserje, pero también cumplía las

funciones de portero, sereno y guardián: mantenía un 32 herrumbrado en un cajón del mostrador de la conserjería. Sabía usarlo. Pero dudaba, llegado el caso, que funcionara. Lo mismo, la computadora. Desde que la había atacado un virus, meses llevaba muerta, tan inerte como su deseo. No obstante estas funciones, su trabajo más importante se reducía a llamar a una mapuche para que limpiara de vez en cuando. Si bien la india no era una auténtica mucama, al menos dejaba al irse un punzante hedor amoniacal en todas partes que generaba una presunta atmósfera de restauración y pureza. Duraba poco esa sensación. El viento corroía el exterior del edificio, que pedía una mano de pintura. La humedad y los hongos se apoderaban de los cuartos. Un hedor a encierro ganaba todo. Las telarañas se reproducían. El viento se filtraba por debajo de la puerta principal cubriendo de polvo la alfombra de la recepción. En esta época del año, julio, nublado, nieve, bajo cero, quien viniera por hospedaje estaría huyendo, además de sí mismo, de algo. Como había huido él y se había conchabado de conserje. Por lástima lo habían empleado los dueños, un matrimonio de jubilados que recién venían en noviembre y se quedaban hasta Semana Santa. Cuando el invierno, como ahora, arrasaba la nada, el hotel era la cáscara que protegía su soledad.

Esa noche, se iba durmiendo, como de costumbre, con la radio portátil al lado. Con la radio era suficiente. La radio, bajo el volumen, lo acompañaba. Le gustaba resbalar en el sueño con un programa de corazones solitarios y boleros. Esas historias telefónicas de amor mal pago encontraban consuelo en las letras de las canciones, que siempre congeniaban con el drama de los oyentes celosos, despechados, incomprendidos y angustiados pidiendo un consejo que tenía bastante de contenido grito de auxilio. A su manera, el programa le resultaba tranquilizador: el Bebe no amaba a nadie y nadie lo amaba tampoco. Ése era uno de los beneficios de la soledad, quizás el principal. No tenía a nadie. Si él no se ocupaba de sí, nadie lo haría por él. Y esto lo obligaba a convertir sus manías en un sistema de protección. Al despertar en la madrugada para ir al baño, apagaba la radio. Así, esa noche. Se estaba quedando dormido cuando sonó el timbre.

Saltó de la cama con los botines sin medias, aterido. Eran dos. Gemelos. No mucho más de veinte debían tener. Pero lo que más le llamaba la atención en esos dos no era su similitud. Era su aspecto el que los volvía extraños. El peinado a la gomina, los trajes negros, con el saco cruzado, pasados de moda, húmedos por la nieve. Dos actores sacados de una película argentina del cuarenta. Les faltaba el sombrero. Lo despabilaron pasada la medianoche. Habían llegado caminando. El Bebe dedujo que habían bajado del Rápido Andino en la ruta, donde casi nunca frena a menos que baje alguien, lo que es inusual. El micro pasaba dos veces en el día, una al mediodía y otra, a la medianoche. A veces ni siquiera. Dos fugitivos, pensó. Y además raros. Raritos, más bien teniendo en cuenta su juventud. Qué raye los había llevado a

vestirse tan antiguo, se preguntó. Snobismo, pensó. Más que del micro y la ruta, estos dos venían del pasado. Desabrigados venían. Si escaparon de una fulera, pensó, se rajaron con lo puesto. No traían ni una miserable valija. Esas caras pálidas, como de velorio, avejentándolos. A viejo se puede llegar a los veinte, se dijo. Lo sabía por experiencia. Le daban piedad. Mejor no ahondar, pensó. Cada uno en lo suyo, era su lema. Los gemelos pagaron por esa noche. Que se quedara con el vuelto, le dijo el más ojeroso. Se marcharían al día siguiente.

Están de paso, los tanteó el Bebe. Siempre, dijo el más ojeroso. Algunos más que otros. Nosotros, por ejemplo, dijo. Nosotros siempre estamos de paso. No tenemos paz. Callate, querés, le dijo el otro. Tenía la voz de alguien lastimado. Quién era él, se preguntó el Bebe, para meterse en lo que no le importaba.

No traen equipaje, dijo. No necesitamos, dijo uno, el más ojeroso. Son prácticos, dijo el Bebe. Bastante tiene uno con cargarse a sí mismo, les sonrió. Una habitación, dijo el otro, que había permanecido silencioso. No somos nada, dijo el Bebe. Almas en pena, le dijo el más ojeroso, eso somos. El otro, el retraído, le tocó el brazo al ojeroso. Vamos, le dijo, imperativo, en el gesto.

Ahora esos dos, con esa pinta de luto, lo intimidaban. Prefirió no indagar en ese miedo, en su causa. Un trago le habría deparado el eco de un coraje extraviado, ese coraje que en una época le había dado el alcohol. Pero no, no iba a chupar. Además, se tenía prohibido guardar en el hotel una sola lata de cerveza. La perdición sería.

El ojeroso era el que hablaba. Somos los únicos en el hotel, preguntó. El Bebe se hizo el simpático. Estoy yo, para lo que necesiten. El callado siguió callado. El sin lengua, lo apodó el Bebe. Eran el ojeroso y el sin lengua. Les preguntó si querían café. No querían, le dijo el ojeroso. Está hecho, dijo él. El sin lengua negó con la cabeza. Lo siguieron escalera arriba.

Subir lo agitaba. Y le hacía doler las várices. Los dos se detuvieron ante la 17. La 17, la desgracia, les dijo el Bebe. En la quiniela, aclaró. Habrá que jugarle, dijo. Por qué no la 18, la sangre, preguntó el ojeroso. No seas redundante, le dijo el sin lengua. Y miró torcido a su gemelo. La que gusten, dijo el Bebe. La 17 está bien, dijo el ojeroso. Nos gusta, dijo. El sin lengua asintió. Después de todo, bromeó el Bebe, la desgracia y la sangre están pegadas. Pero la ocurrencia no tuvo repercusión. Les abrió la puerta. No anda la calefacción, aclaró el Bebe. Pero les puedo dar una estufa eléctrica. No se moleste, le contestó el ojeroso. Está nevando, dijo el Bebe. No sentimos el frío, le dijo el otro.

Entraron. Y cerraron. Ni tiempo le dieron a preguntar a qué hora querían que los despertara, si iban a desayunar. Permaneció inmóvil, jadeando todavía, solo en el pasillo.

Volvió a su cuarto. El informativo contaba miles de muertes en una guerra lejana. Las muertes estadísticas, tan distintas de una muerte individual y cercana. Prefería no

pensar en eso. En su época de borracho, había pensado que era posible anestesiar la memoria. Todo lo contrario. Aunque a veces la memoria regresaba. Tarascones de memoria. Como esa noche. El programa de los desconsolados se oía con chirridos. El vendaval cargaba de estática la transmisión. Apagó la radio.

En ese momento oyó el ruido de las camas. La 17 estaba justo sobre su cuarto. La desgracia tenía camas de una plaza, separadas por la mesa de luz. Por el ruido, calculó, estaban apartando la mesa de luz y juntando las camas. A esta edad pocas cosas lo sorprendían. No era asunto suyo. Que hicieran de su vida lo que más les gustara. La indiferencia era otra de las lecciones no escritas que se aprenden cuando se deja atrás todo.

Escuchó el viento. También unos golpes de madera. Se había soltado la puerta de la caja protectora de la bomba de agua en los fondos del hotel. Le daba más fastidio que pereza ir a cerrar esa puerta. Pero si no arreglaba esa puerta, no pegaría ojo en toda la noche. Además, considerando la precariedad de la instalación eléctrica, más le valía cuidar la bomba. Sólo faltaba un cortocircuito, quedarse sin luz ni agua, para rematar la depresión que era el hotel. Lo presintió, el insomnio ya estaba aquí. Tragó un valium sabiendo que tardaría en surtirle efecto. Esos dos lo habían desvelado con el ruido de las camas. Y ahora esa puerta sacudida por el viento. Mejor cerrar esa puerta antes de que uno de los gemelos, el ojeroso, seguro, viniera a reclamarle. Se puso el gamulán sobre la camiseta de frisa. En calzoncillos, con los botines otra vez sin medias, fue al cuartito de las herramientas, agarró alambre, una pinza. Salió. Y se adentró en la noche y el viento. Seguía nevando. Más tupido ahora.

Al flanquear el edificio cubierto de nieve pudo ver que había luz en la 17. Las sombras se recortaban en el vidrio. El rectángulo de luz con las dos sombras idénticas se proyectaba sobre el blanco. Uno, no pudo distinguir cuál, si el ojeroso o el sin lengua, miraba la noche. El otro, a su espalda, estaba parado detrás. El de atrás, le pareció, mordía el cuello del otro. El Bebe se movió con sigilo, evitó el rectángulo de luz amarilla que proyectaba la ventana. Resistió la tentación de espiarlos. Se agachó de espalda al viento. Y se concentró en arreglar la puerta de la bomba de agua. Le lloraban los ojos del frío. Los dedos congelados se las ingeniaban como podían.

Bajo la nieve, cuando volvió a pasar cerca de la ventana de la 17, la luz seguía prendida. Pero esta vez no vio a nadie en la ventana. Le pareció oír un grito de mujer. Pero podía ser el viento. El viento. Había veces que chillaba como una mujer el viento.

No era sugestionable. Pero que esos dos hubieran elegido la desgracia era para cruzar los dedos. Ahora estaba parado en la oscuridad, mirando esa ventana encendida. No soy supersticioso, se dijo. No podían ser lo que estaba pensando. El frío lo hizo tiritar. Pero no era sólo el frío, el viento helado, la nevada, eso que lo hacía temblar. Esos dos lo hacían sentir más solo que en su soledad.

Se apuró a volver a su cuarto. Pero antes retiró el 32 del cajón del mostrador. Y lo puso bajo la almohada. Sobre la cama había un crucifijo. Por las dudas, lo descolgó. Y lo puso sobre la cama. En la mesa de luz siempre tenía una jarra de agua. Tomó un vaso. Y después otro. Toda la jarra. Aún sabiendo que le hincharía la vejiga. Que tendría que levantarse cada cinco minutos. Se acostó agarrando el crucifijo. Se lo puso sobre el pecho. Y cada vez que tuvo que ir al baño lo llevó consigo. Ya bastante tenía con el miedo a la botella. A veces ese miedo se le volvía resignación. Lo había aprendido en la cárcel: uno se acostumbra a todo. Y también al miedo. Pero éste era distinto. Un miedo a lo desconocido, se dijo. Por qué iba a darle crédito a un crucifijo. Hacía tiempo que Dios lo había abandonado. Por qué iba a confiar en Dios justo ahora. Tuvo ganas de llorar. Se acordó de una historieta que lo había impresionado en la infancia. Unas gotas de sangre caían del techo. El protagonista subía al piso superior. En el piso superior, del techo también goteaba sangre. Y así a medida que ascendía. Piso tras piso, cuarto tras cuarto, siempre la gotera roja. Siempre estaba esa gotera de sangre. Tal vez para alcanzar el cielo era necesario un ascenso semejante. Acongojado, se durmió.

Un sueño pantanoso. Caminaba chapoteando en la oscuridad. Oía risas. Risas de chicos. Ropa tendida en el viento soleado. No mucho más. Hasta que despertó. La madrugada empezaba a clarear. El viento no había amainado. Sin embargo, desde el fondo del hotel, donde estaba la bomba de agua, unos árboles, los piletones y el tendedero, unos pajaritos cantaban. La negrura por fin quedaba atrás. Se preguntó si la noche no habría sido una pesadilla. Quizá los había soñado a esos dos. Pero ahí estaba el crucifijo, en la cama, para recordarle lo ocurrido, la visión nocturna: los gemelos en la ventana, uno detrás del otro, mordiéndole el cuello. Se había despertado de una pesadilla para entrar en otra: este cuarto, el techo.

Se levantó, se lavó. Al afeitarse, mirándose en el espejo, se preguntó si esos dos se reflejarían. No quería pensar más en ese sentido. Se propuso estar presentable: tenía huéspedes. Una camisa limpia, un pulóver decente y un vaquero nuevo. No le cerraba el vaquero. Pero cubriría la panza con el pulóver. Elegante. Miró el crucifijo en la cama. Si esos dos eran lo que había sospechado anoche, no iban a joderlo de día. No eran de andar jodiendo al prójimo a la luz del día. Además, de día las cosas se ven de otra manera. Vaciló. No pasó nada, se dijo. No pasó nada, repitió, hablando solo. Por las dudas, se puso el crucifijo en la cintura, debajo del pulóver: era un arma, pensó. Si era cierto lo ocurrido, si era cierto lo que había sospechado, el crucifijo lo salvaría. Tomó, como todas las mañanas, el losartán para la hipertensión. Prendió la salamandra de la sala. Esos dos, si eran normales, querían desayunar. Eran jóvenes. Después de una noche de sexo duro tendrían hambre. Les prepararía unas tostadas.

Tardaban en bajar. Hizo tiempo con lo que quedaba de un diario viejo. Quedaba la página de noticias fúnebres. La revisó a ver si encontraba un conocido. Dio con un tal

Stocker. Se preguntó por el apellido, le sonaba. El alcohol, lo admitía, le había lijado el pasado. También sus nombres. No era improbable, pensó, que pronto olvidara su propio nombre. El Bebe miró la hora. De pronto tuvo el pálpito de que tal vez no iban a desayunar. Si eran lo que pensaba, seguro, iban a dormir todo el día. Hasta el anochecer, imaginó. Al anochecer, pensó, tenían que desperezarse.

El miedo lo avergonzaba. Lo ponía nervioso. Y ya sabía cuál era la forma de calmar la ansiedad. Exprimió un limón en un vaso de agua, lo puso bajo la canilla. Tomó todo el vaso. Dio vueltas por la cocina, encontró pan de unos días atrás, abrió la llave del gas. Una pérdida en algún caño lo obligaba a mantener la conexión cerrada y a abrirla lo indispensable. Encendió un mechero, puso la cafetera en la llama azulada. Después, la tostadora. Abrió la heladera, sacó manteca, mermelada y leche. Tendría que disculparse si le pedían jugo de naranja. Ni una naranja. Miró la hora. Estaba precipitándose. Esos dos no se iban a levantar. No debía preocuparse por el desayuno. Apagó la tostadora, guardó la manteca, la mermelada y la leche. Cortó el paso del gas a la cocina.

Sus días transcurrían con una lentitud de cámara lenta. Pero esa mañana precisaba moverse. Se le ocurrió plumerear y barrer el lobby, sacar el polvo que se filtraba por debajo de la puerta. No usó la aspiradora. Temía hacer bochinche, despertarlos. Agarró una escoba. El crucifijo en la cintura empezó a molestarle. Pero no se animó a quitárselo. Siguió barriendo. Al terminar, enderezó los cuadros, unos paisajes montañosos descoloridos.

Levantó la persiana que daba a los cerros nevados, la cordillera, esos irregulares conos blancos. La nieve no paraba. Unas nubes aceradas volaban en dirección al hotel. Al mediodía iba a aflojar el vendaval, y asomaría un sol débil, plateado. Así fue.

Miró la hora. Después de prolijar el lobby, qué. Se instaló en la conserjería. Hacía tiempo que no ordenaba los papeles, los impuestos, los pagos y los impagos. Encontró la solicitud de moratoria de la Municipalidad. Pero no lograba concentrarse. No podía dejar de pensar en esos dos. Dormían, seguro que dormían. Como todos los de su especie. Después empezó a dudar de sus sospechas. Eran jóvenes. Los jóvenes siempre duermen hasta tarde. Con lo que le habían pagado esos dos alcanzaría para un par de cuotas de la moratoria. Una vez que se marcharan, si es que se marchaban, iría a la Municipalidad. Pero si no se marchaban, si decidían quedarse, entonces qué. No había motivos para que se quedaran, se dijo. Nadie pasaba acá más de una noche.

Después de clasificar papeles, abrió el libro de huéspedes. Anoche había olvidado registrar a esos dos. Si algo llegaba a pasar, pensó, mejor dicho, si algo llegaba a pasarle, esos dos jamás habían estado en el hotel. Se reprochó haber pasado por alto el registro. Y se dio cuenta de que tampoco él les había dicho cómo se llamaba. Después de todo, qué importaba. Un nombre, un apellido no decían mucho de quien

los portara. Los dramas que todos arrastramos parecen ser tan únicos como el número de documento de identidad, pero en el fondo son intercambiables. Cuanto uno menos supiera de los otros, menos sabrían los otros de uno. Así pensaba el Bebe. Y no quería saber nada de esos dos. Cuanto antes se marcharan, mejor.

Fue leyendo los nombres y los apellidos en el registro y sintió lo mismo que al leer los avisos fúnebres. Trató de recordar pasajeros. Caras, voces, gestos, tics, defectos. Hombres, mujeres, chicos. Más de una vez, en los meses de soledad, por las noches, sentía que algo de todos ellos perduraba en el lugar. Hubo noches en que escuchó sus pasos. Y noches en que escuchó sus voces. Las risas de los chicos. A menudo las risas de los chicos. Esos ecos le devolvían la urgencia de ir al almacén, comprar una botella de ginebra y basta. Pero resistía el impulso. Aunque esos chicos, siempre corriendo entre sábanas soleadas, se rieran de su tentación, no le torcerían el brazo en la pulseada.

No aguantaba más. Era una obsecuencia subirles el desayuno cuando no se lo habían pedido. Abrió otra vez la llave de paso del gas, prendió la cocina, puso la cafetera. Después, prendió la tostadora. Como la conexión telefónica interna entre la conserjería y las habitaciones estaba arruinada y el desperfecto, en esta época, podía esperar, tendría que golpearles la puerta. Subió al primer piso. El silencio, el viento. Silbaba en el pasillo el viento. La respiración entrecortada. Le faltaba el aire. Las escaleras lo agotaban. Tosió. Fue una tos para indicar presencia. Tosió más fuerte. Se quedó parado frente a la 17.

Dos golpes tímidos. Quizá debía ser más rudo. Si esos dos tenían el sueño pesado, sus nudillos serían inaudibles. Esperó antes de insistir. Esperar. Esperó. Se ajustó el crucifijo en la cintura. Increíble lo que puede durar medio minuto, la eternidad que es un minuto entero. Y los pensamientos que se atropellan. La espera, contra lo que se cree, no es un estado pasivo. La espera no es inercia. La espera es una acción imperceptible, de tan imperceptible parece quieta, muda. La espera exige un temple. Lo defiende a uno, pensaba el Bebe, te protege de tu peor enemigo: vos.

Otra vez, dos golpes, más sonoros. Secos, tajantes. No apoyó la oreja en la puerta ni espío por la cerradura. A ver si del otro lado abrían y lo encontraban en esa posición. Un ridículo. Estos dos turros habían logrado sugestionarlo. Basta, eran dos pibes. Raritos, pero dos pibes al fin de cuentas. Y si eran raritos no era un problema suyo. Qué pasaba si los dejaba dormir un rato más. Al fin de cuentas, llegar hasta aquí les había requerido un viaje largo. Debían tener los huesos todavía molidos por el viaje. Que durmieran nomás, no era para tanto. Pero, se preguntó, y si no dormían. Y si. Pensó en abrir la puerta de golpe, crucifijo en mano. Un ridículo, pensó. No quería soltarle la rienda a la imaginación. La mala noche pasada le estaba calentando la cabeza haciéndole pensar lo que se resistía a pensar. Bajó otra vez a la conserjería, cruzó el lobby y salió al día. La nieve. Aire puro. Respiraba clavos de hielo.

Subió una ladera nevada. Los embates del viento lo frenaron. Se quedó un rato mirando la nevada. Es cierto que la nieve puede tener un efecto hipnótico, en especial cuando arrecia una tormenta y la superficie de lo conocido se sumerge en el blanco. Pero el Bebe no miraba tanto el vendaval de copos, su furia, como un misterio mayor.

El Bebe, bajando la ladera, hundiéndose en la nieve, miró la hora. Ya era mediodía. Tenía que volver. Tropezó al bajar. Se apuró hacia el hotel. Casi corriendo volvió. Fatigado, sin aliento, se paró frente a la 17 y golpeó. Una, dos, tres veces. Su presentimiento se confirmaba. Agarró fuerte el crucifijo. Tardó en animarse a mover el picaporte. La puerta se abrió sola.

La ventana del cuarto también estaba abierta. Nadie. El viento, las ráfagas de nieve le enfriaron el sudor. Las dos camas juntas, revueltas, ensangrentadas, una porquería. La mesa de luz seguía a un costado.

El patio del vecino

Mariana Enríquez

Paula se miró las manos, enrojecidas y marcadas después de empujar varias canastas de libros, mientras Miguel les pagaba y se despedía de los hombres de la mudanza. Tenía hambre, estaba cansada, pero la casa le encantaba. Habían tenido mucha suerte. El alquiler no era caro y tenían tres habitaciones: una sería el estudio; la otra, el dormitorio; la tercera probablemente quedaría para las visitas. En el patio, el anterior inquilino había dejado plantas sencillas y muy lindas, un cactus crecido y una enredadera sana y alta, de un extraño verde oscurísimo. Y, lo mejor, la casa tenía terraza, con una parrilla y espacio para montar un quincho techado si la dueña no se oponía, y Paula creía que los dejaría hacer todas las modificaciones razonables que se les ocurrieran. Por un lado, le había parecido una mujer muy amable y tolerante («en el contrato dice que no pueden tener mascotas pero no le den pelota, a mí me encantan los bichos») y, por otro, creía que estaba ansiosa por alquilar; los había aceptado con una sola garantía —la de los padres de Miguel: generalmente los dueños pedían dos— y con un solo sueldo, también el de Miguel, porque Paula estaba sin trabajo por el momento. A lo mejor necesitaba el dinero o quería tener la casa ocupada antes de que empezara a deteriorarse por falta de cuidado.

A Miguel esa actitud le había causado un poco de desconfianza y antes de firmar el contrato pidió visitar la casa una vez más. No encontró nada preocupante: el baño funcionaba perfectamente, aunque debían cambiar la cortina de la ducha que tenía hongos; la casa era luminosa, no resultaba ruidosa a pesar de que daba a la calle y el barrio de casas bajas parecía muy tranquilo pero activo, con mucha gente en los negocios de la cuadra y hasta un sencillo bar en la esquina. Tuvo que admitir que se había puesto paranoico. Paula, en cambio, había confiado desde el principio en la casa y en su dueña. Ya tenía planeada la distribución del escritorio y los libros, ya tenía ganas de estudiar en el patio y de comprar un sillón cómodo para sentarse ahí con sus papeles y un café. Tenía planeado terminar su carrera, rendir los tres exámenes que le faltaban para recibirse y quería hacerlo en un año, para después volver a trabajar. Por primera vez ponía plazos, diseñaba los meses por venir, y la casa le parecía ideal para la misión.

Desarmaron cajas y armaron pilas de libros hasta que el desorden resultó insoportable y pidieron una pizza por teléfono. La comieron en el patio, con la radio encendida. Miguel odiaba los primeros días en una casa nueva, cuando aún no había televisión ni Internet y sentía un malhumor anticipado pensando en los llamados que tendría que hacer durante semanas hasta que todo estuviera en orden y conectado.

Pero estaba demasiado cansado para preocuparse. Después de fumar un cigarrillo, se acostó sobre el somier sin sábanas y se quedó dormido. Paula se quedó despierta un rato más y llevó la radio a la terraza para escuchar un poco de música bajo las estrellas. Muy cerca podía ver los edificios de la avenida; en algunos años, creía, las casas como la suya —la sentía suya— iban a ser compradas y demolidas para hacer torres: el barrio no estaba de moda todavía, pero era cuestión de tiempo. No quedaba demasiado lejos del centro, tenía estación de subterráneo y fama de apacible. Debía disfrutarlo mientras resultara indiferente.

La terraza estaba bordeada por los habituales muros bajos pero también tenía un alambrado bastante alto, seguramente la dueña había tenido allí un perro, a eso se refería con que adoraba los bichos, y de esta manera evitaba que se escapara. En una esquina, sin embargo, el alambre se había caído. Desde ahí era posible asomarse y se alcanzaba a ver un pedazo del patio del vecino, apenas unas cuatro o cinco baldosas rojas. Bajó y buscó una manta liviana para taparse en la cama: la noche se había puesto fresca.

Los golpes que la despertaron eran tan fuertes que la hicieron dudar: debía ser una pesadilla. Hacían vibrar la casa. Los golpes en la puerta sonaban como puñetazos de unas manos enormes, manos de bestia, puños de gigante. Paula se sentó en la cama y sintió cómo la cara le quemaba y el sudor le empapaba la nuca. En la oscuridad los golpes sonaban como algo a punto de entrar, a punto de derribar la puerta. Encendió la luz. ¡Miguel dormía! Era increíble: debía estar enfermo, desmayado. Lo sacudió brutalmente, asustada; pero para entonces ya no se escuchaban los golpes.

—¿Qué pasa?

—¿No escuchaste?

—¿Qué pasa, Pau? ¿Por qué llorás, qué pasa?

—No puedo creer que no te hayan despertado. ¿No escuchaste los golpes en la puerta? ¡La estaban pateando!

—¿La puerta de calle? Voy a ver.

—¡No!

Paula había gritado. Un grito muy gruñido, animal en su terror. Miguel se dio vuelta mientras se subía los pantalones y le dijo:

—No empecemos.

Entonces Paula apretó tanto los dientes que se mordió la lengua y se puso a llorar. Otra vez él la miraba así y sabía cómo iba a seguir. Primero se ponía impaciente y después demasiado comprensivo, tranquilizador; en un rato Miguel iba a hacer lo que ella más odiaba: la iba a tratar de loca. Que lo mate, pensó. Si es un chorro armado el que quiere entrar, si él es tan pelotudo de abrir la puerta porque no me cree, que lo mate, mejor, disfruto sola de esta casa, me tiene harta. Pero Paula se levantó, corrió

detrás de Miguel y le pidió por favor que no abriera. Él vio algo en su mirada: le creyó.

—Vamos a mirar por la terraza, se tiene que ver la calle.

—Está toda alambrada la terraza.

—Ya me fijé, pero está flojo el alambre, se saca fácil.

Miguel arrancó el alambre sin esfuerzo, estaba prácticamente desprendido. Se asomó con confianza. En la vereda no había nadie. La luz de la calle iluminaba la puerta de la casa, y no dejaba dudas. Toda la cuadra estaba bastante iluminada. Enfrente había dos autos estacionados, pero por las ventanillas se veía que estaban vacíos. Salvo que alguien se escondiera acostándose en el asiento trasero, pero ¿quién querría acecharlos así?

—Vamos a la cama —dijo Miguel.

Paula lo siguió, llorando, todavía algo furiosa pero también aliviada. Ni siquiera le importaba tanto que él no le creyera. Hasta se alegraba de haber tenido un sueño demasiado vívido, si había sido eso. Miguel se volvió a acostar sin decir nada: no quería hablar, no quería discutir y ella se lo agradeció.

A la mañana, los golpes parecían muy lejanos y Paula se resignó a aceptar que debían haber ocurrido en sus pesadillas. Ayudaba que Miguel ya se hubiera ido a trabajar cuando ella se levantó, así no tenía que enfrentarlo ni hablar de lo que había escuchado. No tenía que aguantarle la cara de tristeza. Era tan injusto. Porque había estado deprimida, como tanta gente, porque tomaba medicación —en una dosis muy baja—, Miguel creía que estaba enferma. La sorprendió mucho descubrir que su marido era prejuicioso, pero en el último año había quedado claro: al principio de la depresión él insistía en sacarla de la cama, le decía que saliera a correr, que fuera al gimnasio, que abriera las ventanas, que visitara amigas. Cuando Paula decidió consultar con un psiquiatra, Miguel tuvo un ataque de furia y le dijo que ni se le ocurriera ir a ver a uno de esos chantas, qué tenía que contarle cosas, acaso no confiaba en él. Incluso le había dicho que probablemente necesitaban tener un bebé, que el reloj biológico y un montón de ocurrencias extrañas que en ese momento poco le importaron, pero cuando empezó a recuperarse le molestaron y la preocuparon al punto de plantearse si quería seguir estando en pareja con Miguel. Él nunca había demostrado ningún otro tipo de prejuicio: estaba dirigido exclusivamente a los psiquiatras, a los problemas mentales, a la locura. Habían conversado sobre el tema hacía poco: Miguel le confesó que, en su opinión, salvo las enfermedades graves, todos los problemas emocionales se podían mejorar *a voluntad*.

—Eso es una terrible pavada —le dijo ella—. ¿Acaso te pensás que un obsesivo puede dejar de, no sé, lavarse las manos compulsivamente?

Resultaba que a Miguel le parecía que sí. Que un alcohólico podía dejar de tomar y una anoréxica volver a comer si realmente querían hacerlo. Estaba haciendo un

esfuerzo muy grande, y se lo dijo mirando el piso, para aceptar que ella fuera a un psiquiatra y tomara pastillas, porque él creía que no servía para nada, que se le iba a pasar solo, que era normal estar triste después de los problemas que ella había tenido en el laburo.

—Es que no estoy triste nada más, Miguel —le contestó ella, fría y avergonzada, avergonzada de su ignorancia, y poco dispuesta a tolerarla.

—Ya sé, ya sé —dijo él.

Paula sabía que su suegra, que era encantadora y la quería, había hablado con Miguel; mejor dicho: le había pegado cuatro gritos a Miguel.

—Yo no sé, Paulita, de dónde salió tan necio mi hijo —le dijo mientras se tomaban un café—. En mi casa nadie piensa así, si ninguno de nosotros hace terapia es porque gracias a Dios no necesitamos. Aunque a lo mejor el salame de mi hijo lo necesita. Te pido disculpas, nena.

Ahora esperaba a su suegra, Mónica, que debía traer a Eli, la gata. Habían decidido mudarla un día después del gran traslado para que no molestara ni se pusiera demasiado nerviosa. La gata y la suegra llegaron cuando Paula terminaba de acomodar ollas, platos y sartenes en la cocina. Preparó café para Mónica mientras la gata inspeccionaba la nueva casa oliendo todo, sobresaltada, con la cola entre las patas.

—Una hermosa casa —dijo la suegra—. ¡Qué amplia, cuánta luz, qué suerte tuvieron! Está *imposible alquilar* en Buenos Aires.

Quiso ver el patio, prometió traer plantitas la próxima, y quedó encantada con la terraza; prometió carne para un asado ni bien se terminaran de acomodar. Se fue con besos a Paula y a la gata y dejó un pequeño ramo de fresas de regalo. Paula quería mucho a su suegra por cosas así: por no instalarse en sus visitas, por jamás criticar salvo que le pidieran una opinión, por saber ayudar sin exagerar.

Desde que había visto la terraza estaba preocupada por Eli, porque aunque estaba castrada y seguramente no se iría lejos, probablemente decidiera investigar los techos por primera vez en su vida, antes había vivido sólo en departamentos. No había nada que hacer: no podía solucionar ese problema. Incluso el alambrado era inútil para detener a una gata, hasta la ayudaría a trepar. Hacía calor y Paula subió a la terraza. No tenía ganas de empezar a estudiar. Sentada en el muro, vio pasar en el patio del vecino a un gato enorme, gris, de pelo corto. El novio de Eli, pensó, y se alegró de tener un vecino con gato que le podría recomendar la mejor veterinaria del barrio y ayudarla a buscar a Eli si se escapaba.

Esa noche Miguel tampoco mencionó los golpes y ella se lo agradeció. Comieron un guiso de lentejas de la roticería que resultó muy rico, y se fueron a dormir temprano. Miguel estaba cansado y se durmió enseguida. A Paula le costó más. Escuchaba a Eli, que todavía no se había tranquilizado y daba vueltas por la casa,

atacaba cajas con las uñas, se trepaba a canastas y a la cocina. Y esperaba los golpes en la puerta. Había dejado encendida la luz del patio, que alcanzaba la habitación, para no dormir totalmente a oscuras. Los golpes no volvieron.

En algún momento de la madrugada, sin embargo, vio que alguien, muy pequeño, estaba sentado a los pies de la cama. Pensó que sería Eli, pero era demasiado grande para ser un gato. No distinguía más que una sombra. Parecía un niño, pero no tenía pelo en la cabeza, se distinguía la línea clara de la calva, y era muy pequeño, delgado. Más curiosa que asustada, se sentó en la cama y, cuando lo hizo, el supuesto chico salió corriendo; pero la corrida fue demasiado veloz para ser la de un ser humano. Paula no quiso pensar. Seguro era Eli, porque corrió como un gato; era Eli y yo estoy medio dormida y no me doy cuenta de que estoy medio dormida y creo estar viendo duendes enanos, qué tarada. Sabía que le iba a costar dormirse, así que tomó una pastilla y no se enteró de nada hasta que despertó, muy tarde, la mañana siguiente.

Pasaron los días y no volvieron los golpes ni el enano-gato. Paula se convenció de que era el estrés de la mudanza: alguna vez había leído que estaba en el tercer lugar de las situaciones más estresantes, después del duelo y del despido. En los últimos dos años, ella había pasado por las tres: se había muerto su padre y la habían echado del trabajo. Y el tarado de su marido creía que podía superar todo con voluntad. Cuánto lo despreciaba a veces. En las tardes tranquilas de la casa nueva, mientras seguía ordenando y limpiando y estudiando, un poco, a veces pensaba en abandonarlo. Pero antes tenía que rearmar su vida. Recibirse de socióloga primero; un amigo encuestador ya le había ofrecido trabajo en su consultora ni bien tuviera el título. Podía empezar a trabajar antes, claro, pero Paula sabía que no estaba lista. El año que viene entonces; empiezo a trabajar y si esto sigue así, se termina. Hasta creía que Miguel estaría aliviado: hacía un año, por lo menos, que no tenían sexo. A Miguel no parecía importarle; ella ciertamente no tenía ganas. Vivían en una tranquilidad leve pero no amistosa. Faltaba tiempo, pensaba Paula; a lo mejor en un año hasta volvían a coger o finalmente se hacían amigos, separados de hecho, y la cosa se relajaba y podían seguir viviendo juntos, como le pasaba a tantas parejas que se querían pero ya no estaban enamoradas. Ahora tenía que rendir sus materias, eran solamente tres, y hasta el momento lo leído no le había resultado demasiado complejo.

Cuando lo vio, estaba en uno de sus recreos entre fotocopia y fotocopia, colgando ropa de la soga, en la terraza. Eli estaba durmiendo al sol; la gata no demostraba ningún interés en recorrer los techos del barrio y Paula se lo agradecía. Espió el patio del vecino, esas cinco o seis baldosas apenas, baldosas rojas, antiguas, como de casa colonial, buscando al gato gris que nunca había vuelto a ver. ¿Se habría muerto? Tampoco se lo escuchaba. El vecino de la casa de al lado era un hombre solo, de

anteojos, que tenía horarios muy extraños e impredecibles, y que saludaba con corrección pero sin simpatía. No vio al gato y cuando ya volvía a la ropa húmeda, percibió un movimiento en el patio. No era el gato: era una pierna. Una pierna de niño desnuda con una cadena en el tobillo. Paula respiró hondo y se estiró un poco más, casi a punto de caer de la terraza. Era una pierna sin duda y ahora podía ver parte del torso y confirmar que era un chico, no una persona mayor, sin duda un chico muy delgado y completamente desnudo; alcanzaba a verle los genitales. La piel estaba sucia, grisácea de mugre. Paula no sabía si gritarle, si bajar inmediatamente, si llamar a la policía... Nunca antes había visto la cadena en el patio —cierto que no espiaba el patio del vecino todos los días—, y jamás había escuchado la voz de un chico desde la terraza.

Chistó como si estuviera llamando a su gata para no alertar a los carceleros del chico, y entonces el pequeño cuerpo allá abajo se movió y quedó fuera de su vista. Sin embargo, sobre las cinco o seis baldosas se seguía viendo la cadena, ahora quieta, como si el chico estuviera atento, esperando el chistido, imposibilitado de escapar y tenso. Paula se llevó las manos a las mejillas. Ella sabía qué hacer en estos casos. Había trabajado durante años como trabajadora social. Pero después de lo que había pasado hacía un año —después del despido, y del sumario—, no quería siquiera pensar en volver a responsabilizarse por los chicos perdidos, los chicos dañados. Bajó corriendo la escalera y no llegó al baño: vomitó en el living, manchó una de las cajas de libros y lloró sentada, con el pelo desatado y llovido que casi tocaba el suelo, y la gata que la miraba con la cabeza ladeada y los ojos verdes redondos, curiosos.

Es el chico que vi a la noche hace semanas, al pie de la cama, pensó. Es el mismo. Qué estaba haciendo, lo dejan suelto a veces, qué hago. Lo primero que hizo fue limpiar el vómito, vaciar la caja de libros y tirar el cartón apestoso a la basura. Después volvió a la terraza y a asomarse. La cadena seguía en el mismo lugar, pero el chico se había movido un poco porque se veía su pie. No había duda alguna de que era un pie humano y el pie de un niño. Podía llamar a la Secretaría del Menor, a la policía; tenía muchas opciones, pero primero quería que Miguel lo viera. Quería que supiera, que la ayudara: si Miguel compartía la responsabilidad con ella y lograban hacer algo por el chico, sentía que a lo mejor podían recuperar algo de lo que habían tenido, esos años de irse los fines de semana con el auto a cualquier parte, a pueblos perdidos de la provincia para comerse un buen asado y sacar fotos de las casas antiguas, o los domingos de sexo con un colchón en el piso y la marihuana curada con miel que cultivaba el hermano de Miguel.

Paula decidió actuar con inteligencia. En casi un mes era la primera vez que veía al chico. No iba a llevar a Miguel corriendo a la terraza para mostrarle la cadena, el pie. Podía pasar que el chico atado se moviera de lugar, que dejara de verse, y no quería que Miguel dudara. Primero se lo contaría. Después irían juntos a la terraza.

Estuvo a punto de llamarlo por teléfono, pero se contuvo. Subió varias veces a la terraza, y siempre vio la cadena o la cadena con el pie. Pensó en la cantidad de historias sobre chicos amarrados a camas, encadenados, encerrados, que había escuchado en sus días como trabajadora social. Nunca le había tocado un caso así, eran raros en la ciudad. Decían que los chicos jamás se recuperaban. Que tenían vidas aterrorizadas y que las terminaban jóvenes, demasiado marcados, las cicatrices siempre a la vista.

No esperó que Miguel dejara el bolso sobre el sillón para contarle sobre el chico cuando llegó, un poco más temprano que de costumbre. Él solamente repetía qué, qué, y ella le insistía con que el vecino tiene un chico encadenado en el patio, no, no es tan raro, hay muchos casos así, no es una locura, subamos, subamos, fijate, tenemos que decidir qué hacer. Pero cuando se asomaron juntos para espiar el patio del vecino, la cadena no estaba más, ni el chico, ni su pierna, ni su pie. Paula chistó, pero lo único que consiguió fue que apareciera Eli, maullando contenta, creída de que la llamaban para darle de comer. Miguel hizo lo que Paula temía.

—Estás loca —dijo, y bajó.

En la cocina, arrojó un vaso contra la pared y cuando Paula entró, la recibió una llamarada de agudos vidrios.

—¡No te das cuenta —gritaba él—, no te das cuenta de que alucinás! Mirá que va a haber un chico atado en el patio, es re obvio. No te das cuenta de que es por lo de tu trabajo, estás obsesionada.

Paula también gritó, no sabía bien qué. Insultos, justificaciones; quiso atraparlo cuando él se fue dejando la puerta abierta, pero entonces una calma luminosa le encendió la frente. ¿Por qué se portaba como si estuviera loca de verdad? ¿Por qué le daba la razón a Miguel? Él había decidido desconfiar sin motivo, probablemente porque también quería dejarla, pero ella se comportaba como si hubiera algo racional en esta discusión sobre su salud mental. Había visto un chico en el patio del vecino, encadenado. Jamás había tenido alucinaciones antes. Si Miguel no le creía era un problema suyo. Subió a la terraza una vez más y se sentó en el muro a esperar que el chico estuviera a la vista otra vez. Miguel, creía, no iba a volver esa noche. No le importaba. Tenía alguien a quien salvar. Encontró en una caja la linterna y se sentó a esperar.

Lo que había pasado cuando la echaron había sido estrés también, pero a veces le parecía que Miguel no se lo perdonaba. Que Miguel pensaba, como los que la despidieron, como ella misma a veces, que era una hija de puta. Aquella semana había empezado pésimo. Paula estaba a cargo de uno de los hogares de tránsito para chicos de la zona sur, una casa bastante pequeña, con una sala de juegos húmeda y casi sin juegos, una televisión que era el único entretenimiento, una cocina y una habitación con tres cuquetas, seis camas solamente; esto era bueno, resultaba

demasiado complicado lidiar con muchas criaturas. El viernes a la noche, siempre un día complicado, la llamaron a su celular. Ella dormía profundamente, estaba cansada. Le pidieron que fuera inmediatamente, había un problema serio. Manejó medio dormida y se encontró con un cuadro increíble en su estupidez. Una de los chicos, de unos seis años, muy drogado —había llegado el día anterior, cuando ella tenía franco, y nadie lo había revisado con atención; debía tener la droga encima— se había hecho caca frente al televisor. El chico tenía diarrea y la sala de juegos apestaba. Una de las dos supervisoras a cargo, una imbécil importante, quería que el chico volviera a la calle. Según ella, el reglamento decía que ellos no tenían capacidad de lidiar con chicos con problemas de adicciones. La pelea con la otra supervisora, que insistía en que echarlo era en principio una crueldad y en última instancia abandono de persona, casi se había ido a las manos. El chico, mientras tanto, babeaba en su cama y ensuciaba de mierda las sábanas. Cuando Paula llegó tuvo que gritar, explicarles a las supervisoras cómo hacer su trabajo y después ayudarlas a limpiar —los encargados de limpieza no venían hasta el día siguiente. El chico fue trasladado y la supervisora que había querido echarlo, también. Pero como solía suceder en el área, iban a tardar un montón en reemplazarla. Entonces Paula decidió hacerse cargo hasta que llegara la nueva: turnos de doce horas rotados con la supervisora que quedaba, y un suplente, un chico muy eficiente que se llamaba Andrés.

El miércoles uno de los chicos se escapó. Logró treparse al techo por la ventana de la cocina. Se dieron cuenta de la huida al mediodía, pero no sabían cuándo podía haber pasado. Paula recordaba bien cómo temblaba de pies a cabeza, pensando en el chico, otra vez en la calle, entre los autos, robando hamburguesas a medio comer; era un chico de la Terminal de Ómnibus, que seguramente se prostituía en los baños, que conocía todos los recovecos de la ciudad, inclusive los aguantaderos de ladrones aunque tenía siete años, que era duro como un veterano de guerra —peor que un veterano, no tenía nada de orgullo—, y que hablaba un dialecto profundo que solamente entendían los otros chicos y algunos asistentes sociales más experimentados que ella.

El chico apareció en un hospital esa misma noche; se lo avisaron mientras patrullaba los alrededores de la Villa 21, donde las chicas adictas de doce años se subían a los camiones para chuparle la pija a los choferes y poder pagar la siguiente dosis. Estaba en un hospital: drogado, lo había atropellado un auto. Pero estaba bien, ni siquiera se había roto un hueso, solamente un poco golpeado. Paula no fue a verlo; se encargó de visitarlo Andrés. Ese chico también fue trasladado. Paula empezó a sentir que no podían cumplir con su trabajo, que los chicos se les escapaban de las manos. Al día siguiente llegó una nena de cinco años, la habían encontrado en la calle con un hombre y una mujer que no eran sus padres, sucia y muy cansada. Iba a quedarse en el hogar de tránsito hasta que encontraran a sus padres verdaderos o se

tomara otra decisión judicial. La nena no era desconfiada y callada como la mayoría de los chicos que pasaban por el hogar. Se reía con la televisión hasta que le dolía la panza. Hablaba mucho y contaba sus fantasías callejeras. Hablaba de un chico gato que había conocido en el Jardín Botánico, por ejemplo, un chico que vivía ahí entre los otros animales y que tenía ojos amarillos y podía ver en la oscuridad. A ella le encantaban los gatos y no le tenía miedo: era su amigo. La nena también hablaba de su madre y decía que la había perdido. No sabía dónde vivía, nada más sabía que llegaba en tren hasta su casa, pero no recordaba qué línea, y cuando describía la estación, mezclaba los detalles de las dos más grandes de la ciudad. Paula y sus compañeros confiaban en encontrar pronto a su familia.

El siguiente viernes Paula se quedó sola en el hogar, de guardia toda la noche. Miguel odiaba que hiciera eso, pero ella le había prometido que era nada más hasta que llegara el reemplazo, y no mentía, tampoco le gustaba la noche. En el hogar estaban solamente la nena simpática y un chico de unos ocho años que hablaba muy poco, pero se portaba bien. Paula llegó a las diez de la noche, cuando Andrés entregaba su turno. Los chicos ya dormían. Andrés, que la había pasado mal toda la semana —él trabajaba, además, en un servicio de noche que patrullaba la calle en busca de chicos—, le ofreció compartir una cerveza y fumar un porrito. Paula aceptó. Encendieron la radio también; después le dirían que estaba muy fuerte, que hasta los vecinos la escuchaban, pero a ella en ese momento le pareció que el volumen era normal, que le permitiría escuchar el timbre, o el teléfono, o a los chicos si se despertaban. Pasaron un par de horas tomando y riéndose y charlando, eso lo reconocía. En el momento no le parecía estar haciendo algo malo: sabía que era incorrecto, pero sentía que debían relajarse después de una semana complicada; eran dos compañeros de trabajo pasando un buen rato.

Nunca iba a olvidarse de la mirada en los ojos de la supervisora cuando entró a la cocina, desenchufó la radio de un tirón y les gritó qué mierda están haciendo, qué carajo hacen, hijos de puta. Sobre todo el «hijos de puta»: había sido tan sentido, tan sincero. Las cosas pasaron rápido, tuvieron que absorber la información medio borrachos y volados, absolutamente culpables. Un vecino había llamado a la supervisora —tenía el teléfono— porque escuchaba llorar a un chico en el hogar. La supervisora se extrañó porque Paula estaba de guardia, se lo dijo al vecino, pero él insistió en que una nena lloraba y que la música estaba muy fuerte. Lo de la música convenció a la supervisora, que inmediatamente pensó en ladrones, en algo grave. Cuando llegó, efectivamente algo grave pasaba, pero no lo que ella esperaba. La nena simpática se había caído de la cucheta y estaba llorando a los gritos en el piso, con el tobillo roto. El otro chico, el callado, la miraba desde la cama, pero no había ido a pedir ayuda. Y la música que venía desde la cocina estaba fuertísima, como si alguien ahí dentro estuviera de fiesta. Cuando abrió la puerta, se sorprendió y se enojó como

pocas veces en la vida, cuando vio a Paula y Andrés con dos botellas de cerveza vacías, un porro humeando en el cenicero y riéndose como imbéciles mientras una nena de la calle que confiaba en ellos gritaba de dolor en el suelo hacía por lo menos media hora.

La supervisora no tuvo piedad cuando se inició el sumario. Declaró y recomendó el despido para los dos. Era una mujer de experiencia, respetada: logró que los echaran casi de inmediato y sin mayor derecho a reclamar. (¿Qué iban a decir? ¿Qué estaban estresados? ¿Y la nena, que había perdido a su madre en la calle, y el chico mudo, al que habían encontrado escondido en un vagón de tren qué? ¿Ellos la pasaban bien?) Miguel siempre le dijo que la entendía, que eran unos exagerados, que la sobreexplotaban; la acompañó a las declaraciones y jamás la juzgó en voz alta. Pero ella sabía lo que pensaba, porque era lo único que se podía pensar: se merecía el despido. Se merecía el desprecio. Había actuado como una irresponsable, como una cínica, como una ignorante.

Después del despido llegó la depresión. No poder levantarse de la cama, no poder dormir ni comer ni querer bañarse y llorar y llorar; una depresión muy típica que solamente una vez había ido demasiado lejos, cuando mezcló pastillas con alcohol y durmió casi dos días sin parar. Pero incluso el psiquiatra reconocía que ese episodio no podía calificarse de intento de suicidio. Ni siquiera sugirió internarla. Le pidió a Miguel colaboración, que vigilara cuándo y cuánto tomaba, al menos por un tiempo. Miguel lo hizo a regañadientes, como si fuera un deber muy pesado, muy difícil. Para él lo era, pensaba Paula. Pero estaba exagerando: había sido una depresión intensa pero habitual. Ahora la había superado. Y él la trataba como la loca que nunca había sido por otro motivo: porque nunca le había perdonado que abandonara a esa nena, nunca había podido sacarse de la cabeza el llanto nocturno y el tobillo roto, ni la imagen de ella riéndose con toda la boca llena de olor a cerveza. Era por eso que ya no la deseaba. Porque había visto un lado demasiado oscuro. No quería tener sexo con ella; no quería tener hijos con ella, no sabía de lo que era capaz. Paula había pasado de ser una santa —la trabajadora social especializada en chicos en riesgo, tan maternal y abnegada— a convertirse en una empleada pública sádica y cruel que dejaba a los chicos tirados mientras escuchaba cumbia y se emborrachaba, se había convertido en la directora malvada de un orfanato de pesadilla.

Bien: lo que había entre ellos se había terminado entonces. Pero ella todavía podía hacer algo: podía salvar al chico encadenado. Iba a salvarlo.

Ni Miguel ni el chico volvieron esa noche que Paula pasó en la terraza. Desde ahí escuchó que su marido dejaba un mensaje en el contestador diciendo que estaba en la casa de su madre, que lo llamara, que tenían que hablar, pero que le diera unos días para volver. Bueno, lo que sea, pensó Paula. Hacía calor. Eli estuvo con ella toda la

noche, durmieron abrazadas sobre unas frazadas hasta que el sol ardiente de la mañana las despertó. Eli pidió agua de desayuno, como siempre, y Paula abrió la canilla para que tomara del chorrito; como a todos los gatos, le encantaba el agua fresca y corriente. Paula casi se puso a llorar mirando a la gata, tan hermosa, negra con sus piecitos blancos, sacando la lengua áspera. La quería más que a Miguel seguro.

El chico no estaba en el patio, pero Paula escuchó el ruido de la puerta de al lado, cruzó la terraza corriendo y vio al hombre, al vecino, que salía, caminando hacia la avenida. ¿Sería el padre del chico? ¿O lo tendría esclavizado...? No quería pensar tanto. Tomó una decisión demencial: entrar en la casa. Podía saltar de la terraza al patio. Lo había estado estudiando toda la noche. Tenía que ser inteligente, como un gato, saltar a la medianera, de ahí a un trasto viejo que se veía en el patio —¿un termotanque?—, algo así, un cilindro de metal, y ya estaba adentro. Desde la casa podía llamar a la policía por teléfono cuando encontrara al chico.

Llegar al patio fue fácil, más de lo que esperaba. Tuvo un pequeño pensamiento normal: eso quería decir, entonces, que era muy sencillo robar en la casa del vecino y en la suya. Pensaría en eso después, cuando terminara lo que tenía que hacer.

Desde el patio se entraba a la casa por dos puertas: una daba a un living, la otra a la cocina. No había rastros del chico en el patio. Ni siquiera la cadena estaba ahí. No había recipientes para comida o agua ni mugre; al contrario, apestaba a un desinfectante o a lavandina: alguien había baldeado. El chico debía estar adentro, salvo que el hombre lo hubiera sacado en el rato de la pelea con Miguel, o durante la mañana cuando ella se había dormido... ¡Tonta, floja, por haberse dormido!

Entró a la cocina, que estaba bastante oscura, pero la luz no encendía. Probó con otros interruptores, incluso uno del patio: la casa no tenía electricidad, tuvo que concluir. Tuvo miedo. La cocina apestaba. La adrenalina le había impedido recibir el impacto total del olor, que era atroz. Pero la mesada estaba limpia, también la mesa. Paula abrió la heladera y no encontró nada extraño: mayonesa, milanesas en un plato, tomates... Después abrió la alacena y el olor le llenó los ojos, la hizo lagrimear y la garganta se le cargó de líquido amargo; tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar, mientras su estómago se agitaba desesperado. No veía bien, pero no hacía falta: las alacenas estaban llenas de carne podrida sobre la que crecían y se solazaban los gusanos blancos de la descomposición. Lo peor era que no podía distinguir qué carne era: si carne vacuna común que por insania el hombre había dejado pudrir ahí o alguna otra cosa. No podía distinguir formas humanas, pero en realidad no podía distinguir ninguna forma: en la semioscuridad parecía que la carne vivía su muerte allí, crecía allí, como si fuera un hongo de la alacena. Salió de la cocina corriendo, porque no podía aguantar más las náuseas, sin cerrar la puerta de la alacena. Pensó que debía volver, cerrarla, cubrir sus huellas, pero no se sintió capaz. Que pasara lo

que tenía que pasar.

El resto de la casa, el vestíbulo, dos habitaciones, todo estaba muy oscuro. De todos modos Paula entró a la que debía ser la pieza del hombre. No tenía ventanas. En la penumbra distinguió que la cama estaba prolijamente hecha y que la cubría una manta abrigadísima, en pleno febrero. El empapelado de las paredes tenía un diseño muy sutil: parecían signos pequeños, como una trama arácnida. Paula lo tocó y para su sorpresa encontró la pintura rugosa de la pared. Se acercó y vio que no era empapelado: las paredes estaban escritas casi sin dejar espacio en blanco, con una letra elegante y pareja que ella había tomado por un dibujo delicado. No podía distinguir oraciones coherentes. Había fechas: veinte de marzo, leyó; diez de diciembre. Y algunas palabras: dormido, azul, entendimiento. Revisó los bolsillos, buscando el encendedor, pero no lo llevaba encima. No quería buscar uno en la cocina. Pensó que cuando se acostumbrara más a la oscuridad podría leer, pero después de esperar algunos minutos sintió que la transpiración le corría por la espalda y que el dolor de cabeza se hacía fuerte y tuvo miedo de desmayarse en esa casa horrible, esa casa a la que nunca debía haber entrado. Si no le había importado esa nena hermosa que se había roto el tobillo —y la mirada en la cara de la nena cuando se la llevó la ambulancia, la mirada de odio en sus ojos, la nena sabía que ella era la culpable, que era tan mala como la calle—, por qué le importaba este chico entrevistado en un patio que, si vivía con este loco, seguramente ya estaba arruinado para siempre, lejos de cualquier posibilidad de recuperación o de una vida normal. Lo piadoso de hacer, si llegaba a encontrarlo, era matarlo.

Pasó al living. También ordenado y vacío, pero allí encontró la cadena, sobre un sillón de cuerina marrón. El living, que daba al patio, estaba iluminado. Se atrevió a hablar.

—Hola —susurró—. ¿Estás acá?

Sabía que no necesitaba gritar en la casa: no era tan grande y estaba completamente silenciosa. Esperó, pero no escuchó nada en absoluto. Se acercó a una biblioteca con puertas de vidrio, podía distinguir pilas de papeles, pero, cuando la abrió, no sólo se decepcionó, sino que tuvo mucho miedo: todos los papeles eran boletas de luz, de gas, de teléfono, todas sin pagar y ordenadas cronológicamente. ¿Nadie se había dado cuenta de esto? ¿Nadie sabía que había un hombre viviendo en estas condiciones en un barrio de clase media? Era probable que hubiera otro tipo de papeles entre las facturas impagas, pero Paula debía apurarse y revisó los libros. Eran todos grandes y pesados libros de medicina de los años sesenta, con hojas satinadas y grandes láminas. El primero que hojeó no tenía marcas de ningún tipo, pero el segundo sí: era de anatomía y en las páginas que describían el aparato reproductor femenino alguien había dibujado con birome verde una pija enorme con espinas en el glande, y en el útero, un bebé de grandes ojos glaucos que no se chupaba el dedo, se

lo lamía con un gesto de lascivia que la hizo decir qué es esto en voz alta. Cuando escuchó la llave en la puerta de entrada de la casa, tiró el libro al piso; sintió que se le humedecían la bombacha y los pantalones y corrió al patio, trepó el tanque con desesperación —me caigo, me caigo, tengo las manos transpiradas, tengo la presión baja—, y con la velocidad del miedo llegó a la terraza. Bajó las escaleras corriendo y cerró la puerta del patio con llave, aunque le parecía que eso no iba a detener al hombre que seguro vendría tras ella porque tenía que haberla escuchado, porque había dejado abierta su fétida alacena, porque había visto su dibujo. ¿Qué otros dibujos habría ahí, qué dirían esas paredes? ¿Y el chico? ¿Era un chico? ¿O era el hombre, a quien a veces le gustaba encadenarse en el patio? A lo mejor era él; con la distancia y la sugestión por su propia historia con chicos a lo mejor le había parecido más pequeño de lo que era. Eso era un alivio: pensar que el chico no existía. Pero el alivio no la protegía. A lo mejor el loco no era peligroso y no le molestaba que hubiera intrusado su casa.

Pero Paula no se lo creía. Recordaba cosas vistas con el rabillo del ojo. Algo sobre el sillón que parecía una peluca. Algunas palabras en la pared que o bien estaban en un idioma que ella desconocía o en un idioma inventado o sencillamente eran letras agrupadas sin sentido. Todas las plantas del patio, secas pero con la tierra húmeda, como si siguieran regándolas, como si alguien no aceptara, o no entendiera, que estaban muertas.

Odió a Miguel claramente por primera vez. Por dejarla sola, por juzgarla, por cobarde, por huir ante el primer problema real, ¡por huir a lo de su mamita! Lo llamó. Sorete.

—No está —le dijo su suegra—. ¿Vos estás bien, querida?

—No, estoy como el culo. —Silencio.

—Llamalo al celular, hermosa, vas a estar bien, vos no te preocupes.

Le cortó. Miguel tenía apagado el celular hacía horas. En situaciones así extrañaba a su padre, un hombre complicado y poco cariñoso, pero claro y decidido, un hombre que jamás se hubiera espantado o enojado por tan poca cosa; ella recordaba cómo había cuidado a su madre, que se murió loca por un tumor cerebral, y cuando la escuchaba gritar no se le movía un músculo de la cara, pero tampoco le decía a ella que estaba todo bien. Porque no estaba todo bien y era una estupidez negarlo.

Como ahora: algo malo iba a pasar y era una estupidez negarlo.

Intentó llamar al celular una vez más, pero seguía apagado o fuera del área de cobertura. Entonces escuchó a Eli, que gruñía enojada y después maullaba asustada. Los gritos de la gata venían de la habitación. Paula corrió.

Un chico tenía a Eli sentada en su regazo. El chico estaba sobre la cama. La miró aunque tenía los ojos glaucos atravesados de capilares rojos y los párpados grises y

grasientos, como sardinas. Apestaba, también. Su olor llenaba la habitación. Estaba pelado y tan delgado que era increíble que viviera. Acariciaba a la gata brutalmente, ciegamente, con una mano demasiado grande para su cuerpo. Con la otra la tenía agarrada del cuello.

—¡Soltala! —gritó Paula.

Era el chico del patio del vecino. Tenía marcas de la cadena en el tobillo, que sangraba en partes y en otra supuraba infección. Cuando escuchó su voz, el chico sonrió y ella le vio los dientes. Se los habían limado y tenían forma triangular, eran como puntas de flecha, como un serrucho. El chico se llevó la gata a la boca con un movimiento velocísimo y le clavó los serruchos en la panza. Eli gritó y Paula vio la agonía en sus ojos mientras el chico escarbaba su vientre con los dientes, se hundía en las tripas con nariz y todo, respiraba adentro de la gata, que se moría mirando a su dueña, con ojos enojados y sorprendidos. Paula no huyó. No hizo nada mientras el chico devoraba las partes blandas del animal hasta que sus dientes chocaron con el espinazo y entonces arrojó el cadáver a un rincón.

—¿Por qué? —le preguntó Paula—. ¿Qué sos?

Pero el chico no le entendía. Se levantó con sus piernas de puro huesos, el sexo desproporcionadamente grande, la cara cubierta de sangre, tripas y los sedosos pelos negros de Eli. Pareció buscar algo sobre la cama; cuando lo encontró, lo levantó hacia la luz del techo, como para que Paula viera el objeto claramente.

Eran las llaves de la puerta. El chico las hizo tintinear y se rio, y su risa vino acompañada de un eructo sanguinolento. Paula quiso correr pero, como en las pesadillas, le pesaban las piernas, el cuerpo se negaba a darse vuelta, algo la sostenía clavada en la puerta de la habitación. Pero no soñaba. En los sueños no se siente dolor.

FEDERICO ANDAHAZI nació en Buenos Aires, en 1963. Cursó estudios de Psicología en la Universidad de Buenos Aires, donde obtuvo su título de licenciado. Trabajó como psicoanalista mientras, a la vez, comenzaba a escribir sus primeros relatos. La exitosa recepción de *El anatomista* (1997) marcaría el perfil de su carrera literaria: esta primera novela recibió el Premio de la Fundación Fortabat, fue un éxito rotundo de ventas y se tradujo a más de treinta idiomas. Luego publicó las novelas y libros de cuentos *Las piadosas* (1998), *El árbol de las tentaciones* (1998), *El príncipe* (2000), *El secreto de los flamencos* (2002), *Errante en la sombra* (2004), *La ciudad de los herejes* (2005), *El conquistador* (Premio Planeta de Novela 2006) y *El oficio de los santos* (2009). *Pecar como Dios manda* (2008) abre la trilogía de la serie de ensayos sobre la historia de la sexualidad de los argentinos, al que siguieron *Argentina con pecado concebida* (2009) y *Pecadores y pecadoras* (2010). El 6 de octubre de 2011 Federico Andahazi fue distinguido por la Legislatura de la Ciudad como Personalidad Destacada de la Cultura de la Ciudad de Buenos Aires.

MARCELO BIRMAJER nació en Buenos Aires, en 1966. Se desempeñó como periodista cultural; fue además guionista de historietas y cine, y humorista. Es autor de las novelas y libros de cuentos para adultos *Ser humano y otras desgracias* (1997), *Historias de hombres casados* (1999), *Tres mosqueteros* (2001), *Nuevas historias de hombres casados* (2002), *Últimas historias de hombres casados* (2004) y *El club de las necrológicas* (2012). También ha escrito varios libros para niños y jóvenes, entre los que figuran: *Un crimen secundario* (1992), *Derrotado por un muerto* (1993), *El alma al diablo* (1995), *Un veneno saludable* (1995), *Fábulas salvajes* (1996, Premio White Ravens), *El abogado del marciano* (1997, Finalista Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil 1996 otorgado por Grupo Editorial Norma y Fundalectura, Colombia), *No es la mariposa negra* (2000, Mención Premio al Mejor Libro de Literatura Juvenil otorgado por Fundación El libro y Destacados de ALIJA 2002), *Los caballeros de la rama* (2003), *La isla sin tesoro* (2008), *Juicio al ratón Pérez* (2009), *Garfios* (2010), *Un poco invisible* (2011) y *Las otras islas* (2012).

PABLO DE SANTIS nació en Buenos Aires, en 1963. Fue guionista de programas de televisión y jefe de redacción de la revista *Fierro*. Es autor, entre otros, de los siguientes libros de ficción, muchos de ellos dirigidos al público infantil y juvenil: *Espacio puro de tormenta* (1985), *El palacio de la noche* (1987), *Desde el ojo del pez* (1991), *La sombra del dinosaurio* (1992), *Pesadilla para hackers* (1992), *El último espía* (1992, Premio Los destacados de ALIJA 1993), *Lucas Lenz y el Museo del Universo* (1992), *Astronauta solo* (1993), *Transilvania Express. Guía de vampiros y de monstruos* (1994), *Las plantas carnívoras* (1995), *Enciclopedia en la*

hoguera (1995), *Páginas mezcladas* (1997), *Filosofía y Letras* (1998), *El teatro de la memoria* (2000), *El calígrafo de Voltaire* (2001), *El inventor de juegos* (2003), *Los anticuarios* (2010) y *El buscador de finales* (2011). Su novela *La traducción* resultó finalista del Premio Planeta 1998 y *El enigma de París* obtuvo el Premio Iberoamericano Planeta-Casa América de Narrativa 2007. Recibió en 2004 los premios Konex de Platino y el Diploma al Mérito, ambos en la categoría Literatura Juvenil.

MARIANA ENRÍQUEZ nació en Buenos Aires, en 1973. Es licenciada en Periodismo y Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata. Colabora frecuentemente en los suplementos *Radar*, *Radar libros* y *Las 12*, del diario *Página/12*. También escribe para las revistas *Rolling Stone*, *La Mano*, *Dulce Equis Negra*, *TXT* y *Lamujerdemivida*. Publicó las novelas *Bajar es lo peor* (1995, llevada al cine en 1999 por Leyla Grünberg) y *Cómo desaparecer completamente* (2004). Ha participado en las antologías *La joven guardia* (2006), *Una terraza propia* (2006), *En celo* (2007) y *Los días que vivimos en peligro* (2009). En 2009, publicó *Los peligros de fumar en la cama*, una docena de cuentos en los que está presente el terror y la crueldad, y en 2011, *Chicos que vuelven*, novela breve que surge de la expansión de «Cuando hablábamos con los muertos», el último cuento de su libro. Es una de las pocas autoras argentinas que ha elegido encuadrar sus historias dentro del género de terror de manera «explícita y bestial», como ella misma lo ha definido. En 2003 publicó el ensayo *Mitología celta* y fue distinguida con el Premio Estímulo al Periodismo Joven TEA, por su desempeño periodístico en *Radar* y *TXT*.

JOSÉ PABLO FEINMANN nació en Buenos Aires, en 1943. Se recibió de licenciado en Filosofía en la Universidad de Buenos Aires, donde ejerció como profesor. Ha publicado las novelas *Últimos días de la víctima* (1979), *Ni el tiro del final* (1982), *El ejército de ceniza* (1986), *La astucia de la razón* (1990), *El cadáver imposible* (1992), *Los crímenes de Van Gogh* (1994), *La sombra de Heidegger* (2005), *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu* (2009) y *Días de infancia* (2012). Es autor de los ensayos *El peronismo y la primacía de la política* (1974), *Filosofía y Nación* (1982, edición definitiva 1996), *El mito del eterno fracaso* (1985), *La creación de lo posible* (1986), *López Rega, la cara oscura de Perón* (1987), *Ignotos y famosos* (1994), *La sangre derramada* (1998), *¿Qué es la filosofía?* (2006), *La filosofía y el barro de la historia* (2009), *Peronismo: filosofía política de una persistencia argentina* (tomo I, 2010; tomo II, 2011) y *El Flaco. Diálogos irreverentes con Néstor Kirchner* (2011). Es autor de varios guiones cinematográficos. Recibió en 2001 el Premio Konex de Platino y el Diploma al

Mérito en la categoría Guión de Cine y Televisión, y en 2004 el Diploma al Mérito en la categoría Ensayo Político.

JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ nació en el barrio de Palermo, Buenos Aires, en 1960. Durante muchos años fue cronista policial de *La Razón*, en la época del editor Jacobo Timermann. Fue además analista político, jefe de redacción de diarios y director de revistas, y realizó también periodismo de investigación. Durante el tiempo que vivió en la Patagonia, se desempeñó como jefe de redacción de *El Diario de Neuquén*. Fue miembro fundador y subdirector del diario *Perfil* y estuvo a cargo de la dirección de la revista *Noticias*. Junto con Tomás Eloy Martínez, fundó *adnCultura*, el suplemento cultural del diario *La Nación*, del que es en la actualidad secretario de redacción. Es autor de las novelas *El asesinato del wing izquierdo* (1985), *El dilema de los próceres* (1997), *Mamá* (2002, Medalla de la Hispanidad 2003), *Fernández* (2006), *La logia de Cádiz* (2007), *La segunda vida de las flores* (2009) y *La hermandad del honor* (2010). Publicó también cuentos, biografías y ensayos: *El hombre que se inventó a sí mismo* (1991), *Corazones desatados* (2007) y *Las mujeres más solas del mundo* (2012). Recibió la Medalla de la Hispanidad (2003), el Premio Konex Diploma al Mérito (2007) y la Cruz de la Orden Isabel la Católica por sus aportes a la cultura.

FEDERICO JEANMAIRE nació en Baradero, provincia de Buenos Aires, en 1957. Se graduó de licenciado en Letras en la Universidad de Buenos Aires, donde ejerció como docente. Fue becado en 1990 por el Ministerio de Relaciones Exteriores de España para realizar una investigación sobre el Siglo de Oro español en la Sala de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid. Ese mismo año la novela *Miguel*, una biografía ficticia de Cervantes, quedó finalista del Premio Herralde de Novela. Ha publicado las siguientes novelas y libros de cuentos: *Un profundo vacío en el pie izquierdo* (1984), *Desatando casi los nudos* (1986), *Montevideo* (1997), *Los zumitas* (1999), *Mitre* (1998, Premio Especial Ricardo Rojas a la mejor novela argentina, bienio 1997-1999), *Una virgen peronista* (2001), *Papá* (2003), *Países bajos* (2004), *La Patria* (2006), *Vida interior* (XVIII Premio Emecé de Novela 2008), *Más liviano que el aire* (Premio Clarín de Novela 2009) y *Fernández mata a Fernández* (2011). En el año 2004 publicó el ensayo *Una lectura del Quijote* y realizó, junto con Ángeles Durini, una adaptación para niños de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

ALBERTO LAISECA nació en la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fe, en

1941. Fue cosechero, empleado telefónico, corrector de pruebas de galera en el diario *La Razón* y periodista. Entre sus novelas, libros de cuentos, poesía y ensayo, figuran: *Su turno para morir* (1976), *Aventuras de un novelista atonal* (1982), *Matando enanos a garrotazos* (1982), *Poemas chinos* (1987), *La hija de Kheops* (1989), *Por favor, ¡plágienme!* (1991), *El jardín de las máquinas parlantes* (1993), *Los Sorias* (1998), *La mujer en la muralla* (1999), *Aventuras de un novelista atonal* (2002), *Las aventuras del profesor Eusebio Filigranati* (2003), *Sí, soy mala poeta pero...* (2006) y *Manual sadomasoporno* (2008). Estuvo al frente del programa de televisión *Cuentos de terror* en I-Sat (Premio Martín Fierro a la producción en cable 2003), que daría origen ese mismo año a la publicación de una antología con idéntico título (selección y prólogo de Alberto Laiseca). También presentó películas en el ciclo *Cine de terror* en Retro. Fue coprotagonista de la película *El artista* (2009, dirigida por Gastón Duprat y Mariano Cohn), en la que se basó para escribir su novela homónima. Recibió la beca Guggenheim y el diploma al mérito en el rubro Novela otorgado por la Fundación Konex, quinquenio 1999-2003.

GUILLERMO MARTÍNEZ nació en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, en 1962. En 1985 se radicó en la capital, donde se doctoró en Ciencias Matemáticas. Luego residió dos años en Oxford, Gran Bretaña. Participó del International Writing Program de la Universidad de Iowa y obtuvo también becas del Banff Centre for the Arts y de las fundaciones MacDowell y Civitella Ranieri. Debutó como narrador con el libro de cuentos *Infierno grande*, que fue prologado por Liliana Heker (1989, Premio del Fondo Nacional de las Artes). Luego siguieron las novelas *Acerca de Roderer* (1992) y *La mujer del maestro* (1998). Con su tercera novela, *Crímenes imperceptibles* (Premio Planeta de Argentina 2003), obtuvo el reconocimiento internacional, ya que fue traducida a treinta y cinco idiomas y fue llevada al cine con el título *Los crímenes de Oxford* por el director Álex de la Iglesia. *La muerte lenta de Luciana B.* (2007) fue elegida por la crítica española como una de las diez mejores novelas del año. *Yo también tuve una novia bisexual* (2011) es su última novela publicada. Escribió también *Borges y la matemática* (2003), *La fórmula de la inmortalidad* (2005) y *Gödel (para todos)*, en colaboración con Gustavo Piñeiro.

PAULA PÉREZ ALONSO nació en la ciudad de Buenos Aires, en 1958. Estudió Periodismo y Letras en Buenos Aires y en Londres. Trabajó en la producción de programas periodísticos de radio y televisión, y colaboró también en diarios y revistas. En 1983 publicó, en colaboración con otros escritores, el libro de cuentos *Hecho en taller*. Su primera novela, *No sé si casarme o comprarme un perro* (1995), recibió excelentes críticas y fue un éxito de ventas en América latina y España. En el

año 2001 publicó *El agua en el agua*, que también obtuvo muy buena recepción. *Frágil*, su última novela, apareció en 2008. Algunos de sus cuentos se han publicado en la revista *Lamujerdemivida* y en el suplemento *Verano 12*, del diario *Página/12*. Entre los años 1990 y 2000 fue editora en Planeta Argentina; desde 2001 hasta 2004 fue editora en Editorial El Ateneo y, a mediados de ese año, volvió al Grupo Planeta como editora senior de ficción y no ficción. En 2002 publicó, en colaboración con otros autores, *El mundo de la edición de libros*.

CLAUDIA PIÑEIRO nació en Burzaco, provincia de Buenos Aires, en 1960. Se graduó en la Universidad de Buenos Aires como contadora en 1983. Es dramaturga, guionista de TV y colaboradora de algunos medios de prensa. Publicó en 2005 la novela breve *Tuya*, pero su nombre trascendió tras haber obtenido, ese mismo año, el Premio Clarín de Novela por *La viuda de los jueves*, que sería llevada al cine por Marcelo Piñeyro. Luego siguieron las novelas *Elena sabe* (2007, Premio LiBeraturpreis 2010), *Las grietas de Jara* (2009, Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2010) y *Betibú* (2012). Ha publicado además algunos libros infantiles: *Serafín, el escritor y la bruja* (2000) y *Un ladrón entre nosotros* (Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil 2005 otorgado por el Grupo Editorial Norma y Fundalectura, Colombia). Entre sus obras teatrales, se cuentan *Cuánto vale una heladera*, *Un mismo árbol verde*, *Morite, gordo* y *Tres viejas plumas*. Junto con otros autores —John Lee Anderson, Jorge Volpi, Edmundo Paz Soldán, Santiago Roncagliolo y Juan Pablo Meneses, entre otros—, integró el libro de crónicas *Sam no es mi tío: Veinticuatro crónicas migrantes y un sueño americano* (2012).

GABRIEL ROLÓN nació en Buenos Aires, en 1961. Se graduó como psicólogo en la Universidad de Buenos Aires, donde se especializó en psicoanálisis. Su participación sostenida en programas de radio y televisión —*Tarde negra*, *La venganza será terrible*, *Todos al diván*, *RSM*—, así como los sucesivos cursos que ha dado, entre otros lugares, en la Librería Clásica y Moderna, le han permitido acercarse a un público variado, que luego se ha contado entre sus numerosos lectores. En 2008 condujo sus propios programas: *Noche de diván* (Radio Mitre) y *Terapia (única sesión)* (América TV). Su primer libro, *Historias de diván* (2007), fue un éxito de ventas sin precedentes en la Argentina y se editó también en Brasil, México y España. En 2009 tuvo similar suerte su segundo libro, *Palabras cruzadas*. En 2010 debutó como narrador ficcional con su novela *Los padecientes*, un thriller psicológico que se convirtió de inmediato en best seller. Su último libro, *Encuentros. El lado B del amor*, publicado en 2012, también tuvo una magnífica recepción.

GUILLERMO SACCOMANNO nació en Buenos Aires, en 1948, y vive desde hace varios años en Villa Gesell. Trabajó en publicidad y fue guionista de historieta. Es autor, entre otros, del guión de *El aire* (1976, con ilustraciones de Alberto Breccia) y *Avenida Corrientes* (1981, ilustrado por Solano López). Escribió, en colaboración con Carlos Trillo, *Historia de la historieta argentina* (1980). Publicó como narrador, entre otros, los siguientes libros: *Prohibido escupir sangre* (1984), *Situación de peligro* (1986), *Bajo bandera* (1991, fue llevada al cine por Juan José Jusid), *Animales domésticos* (1994), *La indiferencia del mundo* (1997), *El buen dolor* (1999), *La lengua del malón* (2003), *El pibe* (2006), *77* (2008), *El oficinista* (2010, Premio Biblioteca Breve Seix Barral) y *Cámara Gesell* (2012). Ha ganado el Premio Crisis de Narrativa Latinoamericana, el Premio Club de los XIII, el Primer Premio Municipal de Cuento, el Premio Nacional de Novela y el Premio Dashiell Hammett. *Crónica de un maestro* (2011) recibió el Premio Rodolfo Walsh. Sus relatos fueron traducidos a diversos idiomas y adaptados al cine y a la televisión. En la actualidad es colaborador de *Página/12* y coordina un taller de narrativa.